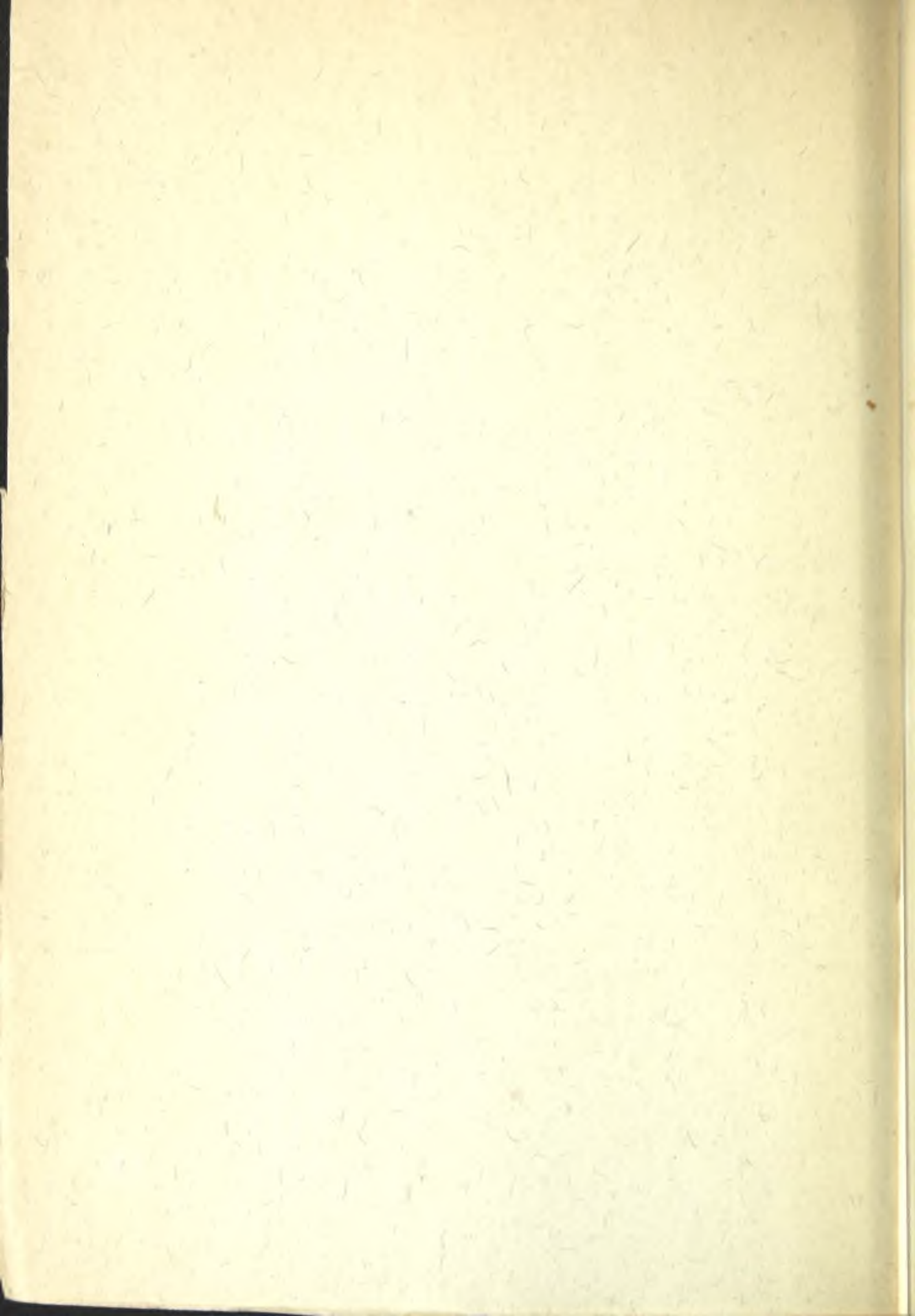
DANIEL D. VIDART

REGIONALISMO Y UNIVERSALISMO DE LA CULTURA GALLEGA

EDICIONES DEL BANCO DE GALICIA
MONTEVIDEO
1961



REGIONALISMO Y UNIVERSALISMO
DE LA
CULTURA GALLEGA

OBRAS DEL AUTOR

1946 — Tomás Berreta. (*Estudio sobre el proceso del caudillismo en el Uruguay y del enfrentamiento entre el campo y la ciudad*). *Premio Ministerio de Instrucción Pública.*

1948 — La Edad de Oro.

1949 — Esquema de una Sociología Rural Uruguaya. (*Trabajo que obtuvo el primer premio en el Concurso organizado por el Ministerio de Ganadería y Agricultura entre sus funcionarios técnicos y administrativos*).

1950 — Hesiodo, el poeta de la tierra. (*Ensayo donde se analizan los elementos sociológicos del poema Los trabajos y los Días*).

1955 — La vida rural uruguaya. (*Libro premiado en la categoría Ensayos por el Ministerio de Instrucción Pública*).

1958 — El caballo y su influencia en América indígena. (*Ensayo etnológico sobre la repercusión de las costumbres ecuestres en la cultura del aborígen americano*).

1958 — Sociedades marginales de América colonial. (*Estudio sociológico y etnológico sobre los marginales económicos, etnogeográficos y antropológicos de América durante el coloniaje*).

1960 — Sociología Rural. (2 t.). (*Tratado publicado por la Editorial Salvat, de Barcelona*).

1960 — Las sociedades campesinas del área rioplantese. (*Complementación del libro anterior, en el cual se intenta una caracterización del estrato campesino dentro de la sociedad global rioplatense*).

En prensa — *Sociología del tango y otros ensayos rioplatenses.*

DANIEL D. VIDART

REGIONALISMO y UNIVERSALISMO DE LA CULTURA GALLEGA

EDICIONES DEL BANCO DE GALICIA
1961

A mis hijos

Gabriel y Martín Vidart Novo

ADVERTENCIA

La inmensa mayoría de los libros constituye, en esencia, un triunfo sobre la ignorancia y el oscurantismo, un retroceso de las fuerzas nocivas; mas la publicación de este libro, señala una etapa doblemente promisoria, en bien de la difusión de la cultura, puesto que con ella se incorpora una nueva energía positiva en este campo de acción. El BANCO DE GALICIA, entidad uruguaya, nacida al conjuro de inquietudes guiadas por el propósito de enaltecer lo gallego, y que ha adoptado la Cruz de Santiago como emblema simbólico, ilumina sus raíces estatutarias, comunes a esta clase de empresas, con una previsión enaltecedora, que propende al fomento y difusión de la cultura española y uruguaya.

Son muchos ya los pasos dados en esta senda, por el BANCO DE GALICIA, en su relativamente corta trayectoria, y se cuentan, entre sus realizaciones más importantes, un concurso literario, y el patrocinio de una exposición de libros y fotos sobre Galicia, además de aportes y contribuciones al desarrollo de la cultura. Ahora, en un esfuerzo más en aras de ese incremento cultural que le encomendaran sus creadores, procede a otra realización positiva, llevando al libro, como primera edición de su sello, una obra del eminente sociólogo uruguayo, Profesor Daniel D. Vidart, obra escogida por la elocuente pedagogía que sobre el finisterre *entraña, además de sus intrínsecos valores intelectuales.*

Sobre la persona del autor debemos decir que Daniel D. Vidart nace en Paysandú, Uruguay, en 1920.

Se ha especializado en el estudio de las Ciencias del Hombre y como escritor, además de los temas concernientes a aquellas —en particular la Etnología, el Folklore y la Sociología— se ha dedicado al ensayo y a la crítica bibliográfica. Actualmente es Jefe del Departamento de Sociología Rural del Ministerio de Ganadería y Agricultura y dicta los tres cursos de Ciencias Geográficas en Enseñanza Secundaria.

Entre los años 1955 *y* 1958 *fue miembro del Directorio del SODRE (Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica), en el cual desempeñó la Vicepresidencia.*

A partir del año 1953 *redacta en el diario "El Plata" la Bibliografía de las Ciencias del Hombre.*

Desde 1959 *ejerce la Presidencia de la Asociación Uruguaya de Escritores. En* 1961 *funda con un grupo de discípulos el Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos Americanos "Dr. Paul Rivet", cuya dirección le ha sido confiada.*

El tema de la cultura gallega fue abordado en varios de sus artículos aparecidos en el Suplemento Dominical del diario "El Día" y en diversas conferencias en instituciones gallegas.

Capítulo I

EL PAISAJE GALLEGO Y SU HABITANTE



EL PAISAJE, CLAVE CULTURAL

En los estudios del siglo pasado y comienzos del presente, inspirados en un ingenuo determinismo geográfico a lo Buckle o a lo Taine, toda consideración sobre la cultura de un pueblo iba precedida por una descripción geográfica de la comarca donde el referido pueblo se asentaba. Dicha actitud no era una concesión estética ni obedecía a un desarrollo lógico. Se le pedía a la geografía nada menos que la razón de la historia; se pretendía explicar el obrar, el sentir y el querer de los hombres por la influencia de la tierra que los sustentaba y del clima que los acogía. En tal sentido Reclus llegó a decir que la geografía era la historia congelada en el espacio y que la historia era la geografía andando en el tiempo.

No nos seduce hacer tal tipo de concesiones previas ni nos mueve un secreto afán confirmatorio del determinismo geográfico al iniciar nuestro panorama de la cultura gallega con este capítulo dedicado al paisaje de Galicia. El hombre no es ya, a la altura de nuestra emancipada civilización de Occidente, un espejo físico y mental del solar que lo prohija. Se ha liberado de la ruda dependencia primaria del medio planetario. Entre la naturaleza y su personalidad biológica y psíquica ha interpuesto la muralla cultural de sus obras. Sólo sobre los grupos humanos denominados primitivos, esto es, los prealfabetos, incivilizados o salvajes que preservan en las profundidades de los bosques o en el aislamiento de las estepas la herencia de la prehistoria, la naturaleza gravita con implacable firmeza.

Hay, sin embargo, pueblos civilizados que en la actualidad mantienen una ligazón tácita y amorosa con el paisaje materno. Influye en esta actitud, quizá, un íntimo mecanismo espiritual antes que un servil acatamiento a los dictados del marco geográfico. La tierra no es en este caso el molde de la cultura sino que la cultura se engrandece y perfecciona en el diálogo que mantiene con aquella.

Tal es lo que sucede en Galicia. El pueblo gallego incorpora la tierra a su mundo cultural al tiempo que inserta en

ella los productos milenarios de su cultura. De este modo es un fabricante de paisajes, agrarios en su mayor parte, que mantiene, paralelamente, una actitud geofilial hacia la presencia afirmadora y sustantiva de la madre tierra.

Pero para ir en busca de los paisajes es necesario antes tener una visión lo más completa posible de la región donde tales paisajes, humanizados y docentes, se abren a la ancha luz de la historia.

Tal empresa nos conduce a la descripción de la naturaleza, del escenario geográfico en su plenitud cósmica. Y una vez logrado esto partiremos tras el hombre gallego y su actividad paisajística. Porque todo paisaje, como la escala de Jacob, se apoya en una firme base terrenal mientras que por sus peldaños suben y bajan los incansables ángeles obreros del espíritu humano.

SITUACIÓN Y CLIMA DE GALICIA

Galicia se halla en el noroeste de España, desafiando al Océano Atlántico con su perfil acuchillado por las rías mientras recibe en pleno rostro los vientos cargados de nubes y de humedad que vienen desde las salobres soledades del mar. Forma parte de la Iberia húmeda o atlántica, opuesta en tantos aspectos a la Iberia seca que se muere de sed junto a las aguas azules del Mediterráneo y de frío en los meses rigurosos del invierno castellano.

En las costas protegidas por las escotaduras de las rías el clima es benigno. No hay inviernos duros ni veranos sofocantes. Un suave aliento templado rige la vida costanera. Pero tierra adentro, donde las alturas son mayores y la lejanía del mar impide que se disfrute de los beneficios del suave clima occidental, los inviernos son más recios y los estíos más secos.

Galicia sostiene, a lo largo de todo el año, un perpetuo coloquio con las nubes. Cuando éstas llegan desde las praderas del Océano, con sus odres cargados de lluvia, las aguas del cielo repiquetean largamente sobre los tejados, brillan y corren en las calles enlosadas, empapan el pañuelo abierto de los campos, se escurren hacia el transparente venablo de los ríos.

La marca promedial del pluviómetro es, al cabo del año, 1.500 milímetros de agua llovida. En Santiago de Compostela caen casi 1.700 milímetros, como si el cielo quisiera exaltar con su fina caricia las glorias tradicionales de la ciudad apostólica y estudiosa.

Otras veces las nubes son un tenue telón entre la empapada tierra y el cielo lejano y exiliado. En tal sentido Galicia se inscribe en el grado de nubosidad 6, dentro de una escala que va del 1 al 10. Se asemeja , por lo tanto, al de la Bretaña francesa e Irlanda, hermanas célticas con las que comparte otras muchas similitudes.

Bien decía Aristófanes en su comedia homónima que las nubes son las únicas diosas. En Galicia las nubes se han aliado a los hombres para crear un conspicuo vergel, una tierra arropada por la gracia del árbol y la sonrisa del cereal que en ella prosperan.

Frecuentemente las aguas aéreas se confabulan con las divinidades de la penumbra para tejer una niebla delicada o espesa, según los casos, que todo lo envuelve con su túnica, que todo lo transfigura con su gris sortilegio. La niebla borra los contornos de las cosas, tamiza y esmerila la luz, llena el paisaje de pálidos fantasmas.

Lluvia y niebla son las húmedas madrinas del relieve y los espíritus: la lluvia modela, labra la tierra, erosiona y meteoriza la topografía; la niebla, que es en sí una escultura caprichosa, abre en el viento sus alas de Niké espectral y vuela alma adentro, cargada de inciertas alusiones, de plateado misterio, de faunas y floras fabulosas.

La luz de Galicia no es brutal y sonora como la del mediodía. Aquí el sol no hiere. Está envainado en una materia carnal y leve a un tiempo, que por momentos se rasga y deja ver el brillo noble, distante, de su vieja espada de oro.

No se crea, sin embargo, que Galicia tiene durante todo el año el pincel de Turner guardado en sus arcas crepusculares. Hay estaciones y lugares donde la niebla, que desvanece el perfil de las arboledas, y la lluvia, que redobla con sus finos palillos en el techo de los hórreos, dan paso a la luz franca, a los cielos abiertos. Entonces los medios tonos huyen, el misterio se deslíe. Todo tiene su ángulo y bisel precisos: el sembrado y la casa, la catedral románica y la ro-

ca solitaria. Las masas irrumpen en el paisaje con definido imperio: la *corredoira* atraviesa las mieses maduras, la aldea empina sus viviendas pétreas en el paisaje agrario, las grúas recortan sus estructuras de acero en los puertos luminosos. Es así como Lugo resplandece en los mediodías, firmemente cincelada, sobre un cielo de azul profundidad helénica. Por su parte, el valle del bajo Miño se abandona, durante el verano, a la agobiada siesta de los mirtos mientras el río padece los primeros síntomas del estiaje.

Pero el deslumbramiento estival es breve. El ojo se fatiga en la sostenida claridad; el alma adelgaza en la furia escueta de la luz. Vienen entonces, reparadoras, las lluvias y las nieblas trayendo otra vez uncidas a su carro las yuntas morosas de la gama del gris. Retorna la taumaturgia del agua. En un renovado juego de prestidigitación universal un amoratado resplandor hurta los dados del invisible sol resplandeciente y los arroja sobre la carpeta gorgoteante de la tierra, sobre la espalda musculosa del mar. Galicia vuelve a su crisálida, a su capullo de colores diluídos, a su intimidad sin perspectivas. Desciende desde las cumbres del oriente el dios del frío. Arrastra su desamparo por los campos, anega las rías, hunde sus largas y ateridas manos en el Atlántico. Habrá que esperar dilatados meses para que los paisajes emerjan nuevamente con su plástica y afirmativa presencia. Durante todo el otoño y el invierno el molusco de la humedad levantará un velámen de sepia. Comenzará el drama aéreo de la luz polarizada, viviseccionada, cegada en su mirada pura. Las cosas perderán su nombre y su esencia en las alegorías engañosas de la niebla.

Hasta que una delgada primavera salga del Atlántico y ascienda desde el borde de las rías hasta las tierras altas para derretir las moribundas nieves del Cebrero.

El relieve y la geología

La naturaleza, en Galicia, parece estar hecha a la medida del hombre. No tiene la tierra gallega la insurgencia juvenil de las comarcas alpinas ni la agria monotonía de la meseta de Castilla. La orografía ondulante, amable, que se multiplica en alturas de cúpulas redondeadas y valles acogedores.

es el trasunto de una gran antiguedad geológica. Esta penillanura replegada durante el episodio alpino ha sido trabajada incesantemente por la erosión. No llueve en vano sobre el inmenso caparazón del relieve gallego. Las aguas erosionan la tierra y exfolian el granito. Las rocas, así descubiertas y meteorizadas, sobresalen como jibas de monstruosos dromedarios. Y, no obstante la pertinacia de la vegetación, por doquier asoma el esqueleto primitivo del planeta.

Este macizo galaicoleonés, del cual forma parte Galicia, es el remate nordoccidental de la meseta castellana pero se diferencia de la misma por su relieve nervioso, incesante, a menudo atormentado. Durante el mioceno, o sea el penúltimo período de la era terciaria, el macizo galaicoleonés rejuveneció, irguió nuevamente sus montañas desgastadas y obligó a los ríos a trabajar con ahinco en la excavación de más hondos cauces. Sin embargo esta rebeldía miocénica se vió traicionada, en la aurora del cuaternario, por la abdicación de las costas. Un movimiento de balanceo hundió lentamente la región litoral y las aguas marinas ocuparon entonces el valle del curso inferior de los ríos. Hoy los brazos del mar penetran en la tierra que los somete. El agua salvaje venida de las inmensidades oceánicas aplaca su furor y reposa en las rías mansamente. Y allí, domesticada, prisionera, incorporada a los paisajes, se echa a dormir y a arrullar el sueño de los hombres.

Si bien es cierto que toda la tierra gallega semeja a un mar de ondas inmóviles que se hubiera coagulado sobre un cuerpo pétreo, hay en las alturas cierta orientación, cierto orden, que quita monotonía al innumerable subir y bajar del macizo. Amadeo Losada expresa en este sentido, que "de entre esas ondulaciones sobresalen algunas como olas poderosas cuajadas en su auge por la acción de los siglos; y así vemos a Galicia sembrada de numerosas alineaciones discontínuas de montañas generalmente poco relevantes, que elevan al cielo, entre fulgores azulados, la ofrenda de sus cimas donde rara vez florece la recia espuma del cuarzo".(1).

---

1 Amando Losada: **Glosa del paisaje gallego.** En Paisaxe e Cultura. Editorial Galaxia. Vigo, 1955; pág. 108.

Hay en estos Alpes en tono menor un pequeño San Gotardo desde donde se desprenden los radios de tres alineaciones divergentes. Se trata de la Cabeza de Manzaneda, en la región sudoriental, un macizo que no pasa los 1.800 mts., vinculado con las alturas de León, con las sierras portuguesas de la Provincia de Tras-os-Montes y con las costas gallegas del norte y del oeste.

Pero la montaña gallega, pese a que el invierno es en ella riguroso, no tiene ventisqueros infranqueables ni paredones empinados. Condiciona, en cambio, un género de vida que trasciende lo geoeconómico para convertirse en una forma de vida y en una concepción de la vida. El aldeano montañés es un ser terrígeno, tradicionalista, enraizado en un folklore inmemorial. Es muy diferente al hombre de las rías y los puertos que sigue con interés y militancia los problemas complejos del siglo XX.

Sólo en los límites con León la montaña gallega se rebela y rompe el molde apolíneo del equilibrio, del vaivén blando, del ritmo sosegado que oscila entre los valles amplios y las cumbres esféricas. En la Peña Trevinca y en los Picos de Ancares una mano ruda encrespa las alturas y conmueve los perfiles de las faldas. Pero esto es una despedida y un anuncio. La montaña quiere proclamar su grandeza telúrica antes de levantar en sus hombros el palanquín polvoriento y anaranjado donde se reclina, cansada de leguas y abrumada de historia heroica, la meseta de Castilla.

El subsuelo de Galicia no puede ser olvidado en esta rápida semblanza pues es un personaje protagónico en la arquitectura del paisaje. Testigo inicial de la evolución geológica del globo, si es interrogado con exactitud nos relatará los episodios de muy lejanos tiempos, cuando la corteza terrestre comenzaba a consolidarse y la trémula estrellita desprendida del sol apagaba su rojiza hoguera, presintiendo el milagro de la vida.

Rocas metamórficas y cristalinas sostienen con su hondo pedestal la estatua que los árboles y los hombres levantaron en el noroeste español, milenio tras milenio, civilización tras civilización. Pero en Galicia el humus agrícola no ha acallado la rebeldía geológica. Bajo el manto tenaz de los cultivos y el natural rebozo de la flora asoman el granito indo-

mable, el gneiss de brillos militares, la pizarra de apretado hojaldre. El hueso del planeta insiste en mostrarse bajo la carnadura de los paisajes. Y esta presencia del subsuelo, de la roca pelada, en vez de agraviar la gracia rural y la plenitud bucólica de las praderías les confiere un encanto venerable.

Prevaleciendo sobre otros tipos de rocas ígneas el granito condecora con su gris herrumbre la antiguedad de los campos y caminos gallegos. Ya florece en una colina como una dura rosa, ya disimula su fruto pétreo entre los surcos donde el maíz grana, ya descubre sus encías en el eterno combate litoral que libra con el Océano.

El hombre gallego de todos los tiempos ha utilizado generosamente el granito en sus artesanías. El granito, liberado de su cepo geológico, aparece por doquier como una perpetua alusión al subsuelo de Galicia. Se convierte así en crucero en la encrucijada de las rutas, se hace mojón en las lindes de los fundos, sustenta el rigor feudal de las fortalezas, pavimenta las calles, trepa con las escalinatas hacia el interior de los pazos nobiliarios, levanta cercos, pórticos y humildes viviendas campesina. Este granito infaltable en el agro y las ciudades de Galicia es el símbolo de un viejo pacto entre una cultura firmemente asentada sobre el solar nutricio y las subterráneas potencias del territorio que proclama la tenacidad de una humanidad trascendida y confirmada por la naturaleza.

Ríos, rías y costas

La hidrografía gallega está íntimamente relacionada con el clima y el relieve del suelo. Hija de las lluvias del clima atlántico y paciente escultora de la tierra, la red fluvial irriga todos los rincones de la "verde esquina" del noroeste ibérico.

Salvo el Miño y el Sil los ríos gallegos son de curso breve. La presencia de alturas cercanas a la costa impide un amplio desarrollo en la extensión fluvial, presente en los ríos de llanura como el Ebro o de meseta como el Tajo. Pero en compensación la red hidrográfica es abundante y de régimen muy regular. Los ríos gallegos no son gigantes avasalladores en invierno ni colosos enflaquecidos en verano. Pequeños, nervio-

sos, de aguas transparentes y veloces, alimentados por una ramazón profusa de arroyos y arroyuelos, los ríos de Galicia ciñen el paisaje con sus insignias azules, azotan los valles con sus latiguillos de espuma, cantan en las montañas formando un atiplado coro.

Pueden distinguirse tres grandes vertientes en la hidrografía de Galicia: la del Cantábrico, la del Atlántico y la del Miño que, en definitiva, también pertenece a la vertiente atlántica. A estas podría agregarse la del Duero, de muy poca entidad, que sólo alimenta las nacientes orensanas del Támega y del Túa.

Desde un punto de vista descriptivo conviene, en cambio, agrupar los ríos y sus cuencas en tres sectores, de acuerdo a las orientaciones de la costa gallega. Tenemos así los ríos del Atlántico, los del chaflán del noroeste y los del Cantábrico. Comencemos por los del primer grupo que, además, son los principales, tanto por lo largo de su curso como por su importancia económica.

El río Miño es el que hallamos en primer término ya que sirve de límite con Portugal en el tramo inferior de su curso. Tiene el Miño 340 kilómetros de longitud desde sus orígenes en la lucense Serra de Meira hasta su navegable desembocadura que puede contemplarse, amplia y serena, desde la atalaya arqueológica del monte Santa Tecla. A lo largo de su recorrido, que algunos comparan con la forma de una hoz, el río paterno de Galicia cumple, por turnos, con las imposiciones de la naturaleza adusta de la montaña y la suave resignación de las rías. Al atravesar los campos de Lugo se dispara sobre un lecho llano, ascético, bajo un cielo de nubes plomizas, herido por los guijarros del álveo y el frío viento que baja de las sierras. En cambio, en la comarca de "El Ribeiro" tiene la gracia meridional de un río del Mediterráneo. Allí triunfa la vida, el cielo resplandece durante largos meses y el avaro séquito vegetal y humano de su curso superior es reemplazado por una opulenta alfombra de sembrados, por una constelación de aldeas y pueblos que espiritualizan, civilizándolo, al paisaje agrario circundante.

El Miño es sin duda el meridiano fluvial de Galicia, el espejo itinerante de su destino. Pero el empuje y vigor de su caudal están respaldados por la contribución del Sil, el más

importante de sus 74 afluentes. Como en el caso del Duero y el Pisuerga, "el Miño lleva la fama pero el Sil el agua". Viene el Sil desde el cantábrico Cueto Albo, situado en la provincia de León y, luego de discurrir por hondos pasos y forcejear con las rocas que encajonan su curso, rinde en el Miño las aguas enérgicas que han corrido, luchado y saltado durante los 245 kilómetros de un accidentado camino. El Sil desemboca en el Miño en Los Peares, un paraje de insumisa belleza, aprisionado entre montañas que hacen sonar en lo alto las gaitas lastimeras del viento. Allí, al pie de laderas empinadas, se juntan las aguas del Miño, del Sil y del Cabe, un hermano menor que se suma a este remolino rumoroso.

Cada río de Galicia posee una individualidad firme, otorgada más por la historia que por la geografía. Toda enumeración, por lo tanto, tendría que ser complementada con una descripción, con una crónica ribereña, tal como hizo Ludwig con respecto al Nilo: una biografía de cada río.

Prosiguiendo nuestro camino hacia el norte hallamos los otros tributarios de la zona decididamente atlántica: los ríos Oitaven, Lérez, Ulla, Tambre y Xalla, este último ya a la vista de Finisterre.

Vienen luego los del bisel limitado por el Cabo Toriñana y la Estaca de Bares. Aquí están el Puerto, el Allones, el Mero, el Mandeo, el Eume, el Jubia y el Mera.

Finalmente se agrupan los pequeños ríos de la vertiente cantábrica: el Sor, el Landove y el Masma que, constreñidos por el muro de la montaña próxima a la costa tienen, como aquel gongorino río de "arenas nobles ya que no doradas", más caudalosa corriente de memorias que de aguas. En efecto, el Sor está acompañado por una inmóvil procesión de dólmenes que señalan la existencia de una ruta prehistórica tendida entre los Puentes de García Rodríguez —lugar de nacimiento del curso— hasta Bares, donde una escollera construída en la Edad del Bronce señala la actividad portuaria y comercial de las antiguas humanidades gallegas.

El capítulo de los ríos no queda concluído si no se mencionan las rías, esas hermanas litorales tan íntimamente vinculadas a aquellos. Las rías son valles fluviales invadidos por el mar. De este modo el curso inferior de los ríos se dilata y el Océano penetra tierra adentro, en una doble cesión de de-

rechos geográficos. Dentro de la amplia escotadura de las rías el mar se aquieta, se humaniza. En sus aguas se reflejan los paisajes agrarios, se asoman las ciudades. Como en la antigua Hélade la tierra y el mar inician, sin terminarlo nunca, un canto alterno que incita al agricultor a ser marino y le infunde al marino alma de agricultor. El Océano se domestica en su cotidiana convivencia con el agro. Como un gran perro fiel lame con su salada lengua las costas mansas. las riberas floridas. Galicia, en las rías, consuma una vez más su misión de incorporar a la esfera humana los elementos naturales. Pero hay en este mecanismo una ósmosis sutil, una alquimia tranfiguradora. Porque desde los albores de la Edad de los Metales los gallegos reconocieron y adoraron en las piedras, en las aguas, en los árboles, en los animales y en todos los elementos naturales del contorno, un escondido espíritu, una sensibilidad atenta, una vida prefigurada y misteriosa.

Los geógrafos nos hablan de dos tipos de rías: las altas y las bajas, las de tipo asturiano y las de tipo gallego. En cuanto a su distribución las rías se agrupan en tres sectores: el de las altas de la costa cantábrica, el de las centrales del chaflán del noroeste y el de las bajas de la costa atlántica. Las tradicionales, las renombradas, las amistosas rías gallegas son estas últimas. Las de Pontevedra, Vigo, Arosa, Concurbión, Noya y Muros son rías mansas, orientadas oblicuamente con respecto al Océano, de tal modo que el viento *mareiro* y el oleaje no pueden penetrar en sus refugios hospitalarios.

Pero no se crea que en las costas gallegas hay un perpetuo intercambio de cortesías entre el afable mar y la tierra acogedora. Donde falta la escotadura de la ría el Océano golpea con saña, con arietes iracundos. Enormes olas coronadas por un ralo copete de espumas se estrellan de lleno contra la costa granítica. Vientos súbitos y largas galernas se abaten sobre los cabos, escalan las riberas acantiladas y cobran su anual tributo de vidas entre los pescadores que acatan con fatalismo y coraje la voluntad caprichosa del mar.

Hacia el norte está el Cantábrico implacable. Como un tigre hambriento ronda, ruge y mata. Sus zarpazos arañan las rocas, su cólera amedrenta a los hombres, su aliento salitroso penetra tierra adentro y doblega a los pinos.

Hacia el oeste el Océano Atlántico muestra otra faz, más condescendiente, más sosegada. De tanto en tanto, empero, recuerda a las poblaciones costaneras que no es un afable deudo sino un aliado condicional. No obstante, en las ya nombradas rías bajas rinde su furia y acoge a las ciudades, se constela de puertos, huele a brea y pescado. Y así, convertido en trampolín de los viajes, invita a la madera intrépida de los astilleros para que lo navegue en largas singladuras.

El manto vegetal

La vegetación interpone su mediador anillo entre la solidez de la tierra y los ingrávidos poderes del clima. Causahabiente de la atmósfera y albacea del suelo, la planta testimonia en cada región de nuestro planeta la doble presencia del mundo subterráneo y del mundo aéreo, de la geología y de la meteorología. Pero la planta es, además de un testimonio, una individualidad creadora. Situada en la encrucijada de dos reinos no se contenta con ser un registro sino que propicia el manto colectivo de la flora. La flora, por su parte, modifica el clima y da origen al suelo; levanta entre la yacencia terrestre y la inquietud atmosférica la escultura viviente del árbol y la humildad empeñosa de la hierba.

Una geografía botánica de Galicia serviría para introducirnos por medio de la clave sedentaria de la planta al dominio activo y paisajístico de la criatura humana. Pero por el momento debemos concretarnos a una sucinta descripción de la flora gallega. Flora, digámoslo desde ya, no es agricultura. La flora es la vegetación espontánea que crece al amparo de la naturaleza; la agricultura es la vegetación sembrada por la mano del labriego. Aquella brota con vigor o con dificultad según los caracteres del clima; ésta, domesticada a partir del Neolítico, otorga significado histórico y económico a la presencia del campesino.

Galicia, se ha dicho y repetido en todos los tonos, es un país verde. Como sus hermanas célticas, en particular Irlanda, toda su superficie ofrece una infinita variedad de colores tiernos, de verdes tímidos o voluntariosos, de matices recatados o brillos decididos.

El relieve epilogal, de amplios y serenos contornos, sirve de marco y escaparate a la profusa flora gallega. En una página muy intensa y delicada a un tiempo, Martínez Barbeito, oficiando como guía de un presunto viajero que llega a Galicia por vía aérea dice: "Verá ante sí este viajero una inmensa, una interminable mancha verde cubierta por un techo no muy alto de nubes grises. Tal es la tierra y tal es el cielo de Galicia. Gris y verde, verde y gris estará ya viéndolos hasta que salga de Galicia. Bosques y praderas, sembrados y ribazos le mostrarán su verdor, sus verdores. Su verdor amarillento, su verdor rojizo, su verdor azulado, sus verdes gayos, sus verdes tiernos, sus verdes húmedos, sus verdes oscuros y profundos, sus verdes rezumantes y cenagosos, sus verdes subacuáticos; los verdes muertos del musgo que dormita pegado a las rocas, el verde sombrío y el verde luminoso que alternan en la misma copa de árbol, el verde turbio de los estanques y los pozos, y el fresco verde de las praderas mojadas y recién mordidas por el ganado; el verde espeso y apagado de las higueras, el verde punzante de los pinos, el estrellado verde de las parras, el verde oro del castañar y el verde plata de los olivos, el largo, sinuoso verde de las aguas que flotan junto a la orilla en el bajamar; el verde ensangrentado de las robledas del otoño, el blancuzco y delicuescente verde de los abedules, el verde radical de los helechos, de los tojos, de la retama y de la carquexia. Desde arriba o entornando los ojos, un solo e infinito verde, un verde en fusión, el verde a borbotones, el verde en oleadas, una marea verde única, total".(2)

Esta orquestación tan expresiva, esta sinfonía en verde mayor, tiene movimientos, cadencias, tensiones, oscilaciones cromáticas entre la melodía y el ritmo.

La vegetación rastrera exhibe en las praderías las gramíneas jugosas de la pastura atlántica. En los barbechos, en la vera de los caminos, en el sotobosque liminar, la flora mediterránea envía su fragante punta de lanza que enciende "en la primavera... la ufanía áurea de los tojales en con-

---

2 Carlos Martínez-Barbeito: **Galicia.** Barcelona, 1957; pág. 10.

traste con los botones morados del brezo y el blanco sudario de las retamas".(3)

Los centinelas del paisaje son los castaños, los robles los pinos, los eucaliptos, los abedules, los sauces, los olmos, los agudos cipreses escapados de los monasterios.

El castaño está en retirada. Antes cubría grandes extensiones del país; bajo su sombra familiar se reunían las muchachas campesinas y los peregrinos jacobeos se detenían para hacer un alto en la jornada. Hoy defiende en los valles su declinante señorío y sus claros troncos levantan hacia el cielo, en definitivo adios, las copas cuajadas de frutos espinosos.

El roble, árbol sagrado de los celtas, catedral botánica de los druidas, prospera enérgicamente en todos los rincones del territorio. Es recio y guerrero; no le teme a los fuertes vientos que vienen del Océano; su tronco se yergue como una columna dórica, sin ceder al peso de los siglos que nutren a los más corpulentos ejemplares con las esencias puras de la tierra.

El pino, un orgulloso forastero del litoral atlántico vuela tierra adentro disparado por el arco de las rías, invade y ocupa los antiguos dominios del castaño, implanta en los altos valles su mole arquitectónica, su goticismo septentrional, y reniega de todo verdor que no sea el suyo. Y así como el castaño y el roble mullen su base con alfombras de césped, el pino lo sustituye, rechazándolo, con la suya propia: el afilado *arume*, que desparrama la *picaña* muerta de las hojas en amarillos colchones de *pulazo*, en punzantes camadas de *frouma* que por cierto no invita ni al amor ni al reposo.

El eucalipto no vino, como podría suponerse, con los indianos retornados de América. Llegó directamente de su patria australiana traído por el padre Salvado, un esforzado sacerdote de Tuy. Actualmente el eucalipto, si bien es un representante de la flora alóctona, se ha adaptado de modo definitivo a la acogedora *terra nai*.

---

3 Amando Losada: **Op. cit. pág. 111.**

La economía gallega

La mayoría de los escritores nos ofrecen la imagen de una Galicia estática, dormida, inmovilizada en su evocación del pasado, desbordada por el rebose demográfico del éxodo. Y los lectores sumisos la contemplan entonces como a una tierra hermosa y marginal donde la saudade teje su capullo y las labores primarias acompasan una economía de subsistencia.

V. Paz-Andrade protesta contra tal prejuicio "pasado en autoridad de cosa juzgada". No le parece fecundo volver una y otra vez sobre esta "estampa recibida, inocente e inamovible, sobre la cual unos cantan, otros lloran, muchos escriben y la mayoría calla". Se trata de "un cuadro anacrónico' que, no obstante, "resulta envuelto en un marco de exterior conformidad. Cual si Galicia pudiera ser repensada como sustancia histórica y no contemplada desde ángulos activos".(4)

Nos parece muy saludable que se comience a hablar en estos términos y, sobre todo, que se lo haga desde Galicia. En tiempos pasados ya lo intentaron, entre otros, Fray Martín Sarmiento y Antolín Faraldo. Más cerca nuestro, Correa-Calderón compendió en sus *Utopías Gallegas*(5) si no un programa económico, un haz de urgencias generosamente sentidas y comunicadas. En nuestros días es Paz-Andrade quien se expresa en un lenguaje descarnado, claro, revelando las deficiencias económicas de Galicia y pasando lista a sus posibilidades de inmediato desarrollo.

Ajena a estas voces humanas aunque dirigida por hombres, sobreponiéndose a los infortunios históricos de ser una región subdesarrollada en un país esencialmente infortunado, Galicia comienza a meditar en la transformación de su destino. Se industrializa lentamente, ofrece al país sus reservas hidroeléctricas, y, entretanto, aguarda su hora, que será también la de toda España.

---

4 V. Paz-Andrade: **Galicia como tarea.** Buenos Aires, 1959; pág. 16.

5 Evaristo Correa-Calderón; **Indice de utopías gallegas:** Madrid, 1929.

Galicia tiene una superficie de 29.093 kmts.^{2} y está poblada por 2.700.000 habitantes, lo que arroja una densidad de más de 90 personas por kmt.^{2}

Estas cifras son elocuentes y engañosas a un tiempo. De los casi 30 mil kmts.^{2} de la región sólo se cultivan 5.270 kmts. mientras los restantes 21.640 están ocupados por las praderas y los bosques, sin contar los totalmente improductivos.

Si en los escasos 5.270 kmts.^{2} distribuímos la población agrícola de Galicia, que alcanza a 2.200.000 habitantes, entonces obtendremos densidades sobrecogedoras por kmt.^{2}. En efecto, Lugo, según este cálculo promedial, tiene 253 personas por kmt.^{2}; La Coruña, 395; Pontevedra, 411; y Orense, 434.

La agricultura se practica en Galicia de acuerdo a técnicas arcaicas. Cerca de medio millón de arados romanos le cierran, en alianza con el minifundio, el paso al tractor. Viejos carros rechinantes y bueyes de égloga otorgan un añejo encanto al paisaje pero interfieren en el proceso de la producción. Tras las tradicionales prácticas agrarias se articula un rico floklore laboral que, si bien tiene singular valor para los etnógrafos, significa muy poco para la incrementación de los rendimientos.

El maíz, llegado de América, es favorecido por las lluvias y prospera en La Coruña y Pontevedra. El antiguo centeno de la Europa nórdica tiene sus comarcas predilectas en Orense y Lugo. El trigo no se encuentra a gusto en esta tierra de humedades constantes; le place más la soleada y solitaria aridez de la meseta castellana. Esto significa que Galicia debe importarlo para cubrir la demanda de su población.

La cebada y la avena, que se cultivan con bastante intensidad, completan la lista de los cereales.

Como en Irlanda, hermana precéltica y céltica, la patata es la base alimenticia del pueblo rural gallego. Humildes como la patata, el ajo y la cebolla son también infaltables en la mesa del pobre. Este tríptico ayuda a pasar las malas épocas y está presente en las buenas, que son muy pocas. Aún hoy, como decía ayer el Padre Feijóo, hay mucha gente hambrienta y desabrigada en la tierra de Galicia.

La huerta prospera en los retazos del minifundio de continuo humedecidos por las lluvias. Las ringlas aéreas de los tomates y los pimientos se destacan violentamente, como pequeñas llamaradas, sobre el verde rizado de las coles; las alubias trepan por sus sostenes en un aire perfumado por el aliento del apio; los frutales levantan sobre las *corredoiras* la arboladura sabrosa de los cerezos, los higos, las peras, las manzanas, las ciruelas y los duraznos.

A la abundancia hortelana y a la calidad frutal se agregan los cultivos industriales: la vid, el lúpulo y el lino. Y como fondo de todo paisaje agrario los árboles trepan por las laderas, se arremolinan en los oteros, rodean las altas praderías montañesas. Hay, como vimos, muchos árboles en Galicia. Todavía la selva nórdica que asustaba a Tácito conserva en algunos rincones su pujanza original. Los árboles son recios, fuertes, acostumbrados al ataque del viento marino. Sus raíces se hunden profundamente en el humus formado por la muerte anual de los tojos, los brezos y los urces. Esta riqueza forestal favorece a la economía gallega con abundante producción maderera que es aprovechada en todos los ramos de la industria: el astillero, la ebanistería, la cajonería, la pasta de papel, la construcción.

Con las pasturas jugosas de los prados se mantiene la ganadería regional. La cría se efectúa primitivamente; no se siembran casi praderas artificiales y se utilizan en grado ínfimo los alimentos concentrados. No obstante, la pecuaria de Galicia es la más importante de España: hay 853.000 cabezas vacunas, 500.000 porcinos y 530.000 ovinos.

El tríptico de las producciones primarias se cierra con la pesca. En Galicia, como en la antigua Grecia, no se puede disociar en la heráldica económica la figura del campesino de la figura del pescador. La gaita derrama en los bosques altos y en las rías bajas sus plañidos montañeses y quejas marineras. En las caletas tranquilas y en las costas bravas la madera del arado se ahueca para transformarse en embarcación. Y estas embarcaciones integran una flota de más de 15.000 unidades de todo tipo que desplaza 60.000 toneladas aproximadamente.

Hay 100.000 gallegos dedicados a la pesca. Estos sufridos trabajadores del Océano son por turnos los amos y las

víctimas del mar. En un gesto simbólico, que sella la hermandad existente entre las aguas atlánticas y la agricultura gallega, los pescadores vierten el exceso de sardinas en los surcos. Los productos del mar sirven para abono de la tierra. Pero no son sólo sardinas lo que los pescadores cobran en sus redadas costeras o de altura. Hay todo un variado y reluciente ejército de especies en la diaria colecta de los lances: anchoas, congrios, abadejos, meros, caballas, robalizas merluzas, besugos, pescadillas, múgiles. Las flotillas de altamar se aventuran hasta los bancos de bacalao de Terranova. Otras sitian los cardúmenes del Grand Sole, capeando las tormentas. Y otras van en busca de las lejanas manadas de ballenas.

Mientras los pescadores se aventuran Océano adentro los recolectores de la costa tienen a mano el tradicional repertorio de los mariscos: almejas, vieiras, percebes, langostas, cigalas, camarones, bogavantes, necoras, ostras y mejillones. Estos *frutti di mare* viajan en vagones frigoríficos a Madrid o van a dormir un apretado sueño en las latas de conserva que recorrerán el mundo.

La producción secundaria o industrial no tiene en Galicia la importancia y el prestigio de la primaria. La industria conservera elabora los productos de la pesca y recolección costera en Vigo y otros puertos. Lugo faena en gran escala las reses de la abundante ganadería pero no aprovecha todos los subproductos pecuarios. Hay excelentes fábricas de cerámica que recogen las tradiciones artesanas de las famosas Reales Fábricas de Sagardelos. Un subsuelo rico ofrece muchos productos minerales que merecen una explotación más racional. Los planificadores industriales, finalmente, aguardan que la red fluvial sea aprovechada en toda la potencialidad hidroeléctrica que encierra y de la cual se utiliza hoy la proporcionada por los ríos Sil, Miño, Ulla y sus respectivas cuencas, aunque los gallegos se quejan —con razón— de la evasión de la electricidad hacia otras regiones.

Actualmente Galicia sigue a Cataluña en la producción española de energía hidroeléctrica. Para 1970, si tienen cumplimiento los proyectos formulados, se obtendrán más de 10.000 millones de kilovatios-hora. Entonces, cuando Galicia

haya transformado sus hermosos ríos en obreros diligentes se podrán instalar fábricas y talleres en todos los rincones del país. El subsuelo se convertirá de espectador en protagonista. La rural y pescadora comarca despertará al oír el rítmico jadeo de las máquinas, el largo zumbido de las turbinas, el canto de los émbolos de acero. Habrá ocupación plena y la hemorragia migratoria cesará. El campo se transformará catastral y económicamente. Y la justicia social, como prólogo y epílogo de esta transmutación futura, deberá ser el aire común de la nación española. Pero mientras ello no suceda y lo político siga asfixiando el afán progresista de los obreros y los campesinos conscientes de su papel en una sociedad dinámica, que escucha el mandato de la historia y corre a favor de su imparable empuje, en Galicia, como en toda Iberia, las cosas irán mal. Pues hoy, como ayer, lo rural prima sobre lo urbano, el arcaísmo sobre la industrialización, la parsimonia de la naturaleza conservadora sobre las urgencias del espíritu creador.

Campos, aldeas y ciudades

Galicia es campesina y minifundista. Se calcula con razonable aproximación que 400.000 familias agricultoras con un total de 2:200.000 almas trabajan en más de 15 millones de pequeñas parcelas o *leiras*. El hijo mayor es el que hereda; los otros tienen por delante la alternativa del éxodo a la ciudad o de la emigración transatlántica. Cada propietario es dueño de una extensión promedial de 3 hectáreas y media. Y esta pequeña superficie no es unitaria; se halla pulverizada en minúsculos predios, a veces bastante alejados los unos de los otros y separados celosamente por anchos límites de piedra.

La inevitable reagrupación de las propiedades, que habrá de practicarse en un cercano porvenir para terminar con este cúmulo de sinrazones e injusticias tendrá que apuntar tanto a lo territorial como a lo social, ya que sólo en las extensiones medianas es posible la utilización de la maquinaria agrícola y el establecimiento de cooperativas de productores.

La sexta parte de la población gallega reside en las ciudades. Pero estas no son grandes urbes que se ensimisman en su cosmopolitismo y dan la espalda al campo circundante. La ciudad se desgrana en el campo y se ruraliza. El campo gallego penetra en la ciudad y se urbaniza. Al igual que en la Hélade, hay una especie de conmixtión entre la polis pequeña y la comarca que le da vida y recibe su influjo. Las ciudades gallegas están construídas a la escala del hombre. No son tentaculares y por ello revelan impotencia para detener el desarraigo rural con las barreras de la industrialización y las ocupaciones terciarias.

Los datos demográficos son más expresivos que cualquier amplia exposición del tema. Vigo tiene más de 160.000 habitantes y La Coruña la escolta de muy cerca. Siguen después El Ferrol, con 80.000; Orense con 60.000 y Santiago con algo menos que esta cifra. Al final de la escala se hallan Lugo y Pontevedra, aquella más allá de los 50.000 habitantes y ésta en el umbral de tal cantidad. Y luego vienen las muchas y menudas ciudades históricas, parroquiales, más ricas en tradiciones que en caudal demográfico, desamparadas en su teoría urbanística, atadas por la soga del pasado a la existencia rutinaria.

La gente labradora y pastora vive en aldeas. El tipo de propiedad impide que haya en Galicia, como en otras partes de Europa, campesinos aislados en medio de sus parcelas. Estos aldeanos llevan una existencia laboriosa y desalentada. Algunas aldeas, como las de la zona del Cebrero, donde perviven las pallazas precélticas, se achaparran entre las montañas, hostiles, primitivas, tan alejadas de los beneficios (y maleficios) de la civilización que parecen recién salidas de la edad de la piedra pulida. Otras, vecinas a la costa, tienen noticias de los problemas del país y escuchan, si bien con indiferencia, las resonancias del mundo exterior.

Antolín Faraldo, a mediados del siglo XIX, pedía la erección de una gran ciudad, una Barcelona océanica, para que transformara con su rectoría y su capacidad asimiladora las estructuras demográficas y económicas de un territorio saturado de hombres. Esa hora aún no ha sonado. La ciudad gallega es todavía el prototipo de la pequeña ciudad europea: intensa en su vigilia, curiosa en su actitud, huma-

nística en sus apetencias, sensible en sus reacciones morales, pero carente de la dramática carga de actividades y pensamientos de una ciudad mundial. ¿Es ésta una ventaja o un inconveniente? Las respuestas, como es natural, son dispares.

Los que aman los valores apolíneos de la cultura al viejo estilo del Despotismo Ilustrado prefieren la ciudad armónica, pulcra y burguesa, con algo de Florencia y Nuremberg a un tiempo. Los que quieren redimir al hombre de sus postergaciones milenarias piden una ciudad agónica y conflictual a un tiempo, habitada por núcleos sociales cada vez más dedecididos a lograr un sitio bajo el sol de la justicia.

Sea lo que fuere, Galicia no puede eludir los hondos procesos que cambian rápidamente la realidad social contemporánea. Vamos hacia un mañana más auténticamente democrático y justiciero mientras el hoy falaz se nos desmigaja entre las manos. Y con Galicia, España entera penetrará en la fragua de un mundo nuevo, donde la historia habrá de cumplirse, al decir de Croce, como una reiterada y cada vez más intensa hazaña de la libertad.

Capítulo II

RAICES PREHISTORICAS DEL PUEBLO GALLEGO



Los habitantes precélticos de Galicia

Muchos escritores gallegos, y entre ellos hay algunos con firme preparación académica, insisten en afirmar que el sustrato racial y cultural de la etnía gallega es fundamentalmente céltico.

Sin embargo, la interpretación descarnada de los datos de la prehistoria y la arqueología obligan a pensar, como expresa Martín Almagro, que "Galicia hasta hoy considerada como la más céltica tierra de España.. lo fué mucho menos que las Castillas o el Ebro". Y agrega el renombrado especialista: "Sólo poco a poco influyen allí los pueblos indoeuropeos invasores, dejando intactas casi todas las formas culturales primitivas (casa redonda, tumbas con túmulo en corredor, la técnica de la falsa cúpula, las formas de la cerámica, etc.), y al parecer, también su lengua es diferente a la de los otros grupos célticos españoles".(1).

El oscuro pasado de Galicia revela rasgos materiales que, quizá como otros muchos de cuño espiritual, se perpe túan con singular constancia a través de la prehistoria y a lo largo de la protohistoria hasta cruzar los umbrales de la historia propiamente dicha. Las formas de los utensilios de piedra del Paleolítico Inferior, de estilo tosco y técnica precaria, se prolongan hasta que irrumpe en Galicia el fenómeno megalítico, es decir, hasta la edad de la "revolución neolítica", sin que se precise la fase intermedia del Paleolítico Superior. Y como este ejemplo se pueden proporcionar otros para demostrar que el pueblo gallego viene desde el fondo de los tiempos ensayando y perfeccionando una idéntica fórmula de fidelidad vital.

Poco se sabe acerca de los grupos humanos anteriores a las invasiones célticas que se asentaban en la actual tierra gallega. Los iberos, de posible origen africano y tipo racial mediterráneo, ocupaban el sur y el levante de España. Su

---

1 Martín Almagro: **La invasión céltica en España.** HISTORIA DE ESPAÑA, dirigida por Ramón Menéndez Pidal. T° I vol. II. Madrid, 1952; págs. 268-269.

cultura era rica, refinada, y los testimonios arqueológicos de la misma que hoy se recogen son muy ilustrativos acerca del pasado esplendor de aquella. Estos iberos no llegaron al marginal y brumoso noroeste, ayuno de soles radiantes y altos cielos azules. Allí estaba afincado otro grupo, tal vez ligur. Casi seguramente se trataba de un pueblo de cuna mediterránea que lentamente había asimilado pautas y complejos culturales de filiación centro europea hasta que se produjo la invasión de los celtas.

El núcleo precéltico de Galia vivía diseminado, atomizado casi, sobre la ondulada superficie del territorio nordoccidental. La abundancia pareja y la repartición uniforme de los dólmenes o sepulturas megalíticas, denominadas *mámoas* en gallego, nos recuerdan en la actualidad aquella primigenia tendencia dispersiva.

Pero para evocar con mayor realismo y plenitud humana a las desdibujadas épocas de la protohistoria gallega tenemos que recurrir a un documento del poeta latino Rufo Festo Avieno, tachado de "algo pedante" —poeta al fin— por los sobrios historiadores.

Rufo Festo Avieno era un erudito escritor latino del siglo IV de nuestra era. Su *Ora Maritima,* o costa del mar, es un largo poema geográfico inspirado en un antiguo texto de Eforo, un tratadista del siglo I antes de J. C.. Eforo, a su vez, había utilizado varias fuentes para pergeñar una descripción de las riberas mediterráneas y atlánticas. La principal había sido un periplo o rotero masaliota —esto es, marsellés— del siglo VI antes de J. C. compuesto por un autor griego o fenicio.

Los datos que ofrece Rufo Festo Avieno no pueden ser tomados al pie de la letra. Hay en su obra elementos originarios, repetidos sin alteraciones, y otros de su propia cosecha que van desde la interpretación a la invención. La mezcla de los mismos impide trazar límites ciertos entre la verdad y la fantasía, entre la navegación real y la singladura del espíritu.

Una de las localizaciones que más ha apasionado a los actuales eruditos es la del cabo Oestrímnico y la de los pobladores que vivían en las comarcas adyacentes. Al respecto, dice el viejo poeta latino, después de hablar de un

cabo orientado hacia el sur que alberga un golfo en la axila formada al articularse con el continente: "Aquí hay un pueblo de gran fuerza, de ánimo levantado, de eficaz habilidad, dominando a todos la pasión del comercio. Con barcos de pieles cosidas surcan valerosamente el turbio mar y el abismo del Océano lleno de monstruos, pues ellos no supieron construir sus naves con madera de pino ni de acebo, ni tampoco con el abeto curvaban sus barcos como es costumbre, sino que, cosa digna de admiración, siempre construían las naves con pieles unidas, recorriendo con frecuencia sobre tal cuero el vasto mar".(2)

Según Schulten(3) se debe identificar al cabo Oestrímnico con la punta Saint Mathieu, en Bretaña, Francia. Pero Rufo Festo Avieno, en otra parte de su *Ora Marítima*, dice que Ofiusa, región atlántica de la Península Ibérica, "fue llamada primero Oestrímnida porque habitaron sus lugares y campos los Oestrimnios. Luego multitud de serpientes ahuyentaron a los habitantes y dió el nombre a la abandonada tierra". Con adiestrada sagacidad algunos historiadores actuales interpretan que las tales serpientes no son otras que un grupo celta —los Sefes— del clan de las Serpientes, ya que los "Cempsos y los Sefes tienen elevadas colinas en el campo de la Ofiusa", como expresa el propio Avieno.

Pero el problema más interesante es el del cabo Oestrimníco y los Oestrimnios propiamente dichos. Contrariando la interpretación que los localiza en la Bretaña francesa hay quienes los sitúan en tierra gallega. Así el cabo Oestrímnico "completamente vuelto hacia el tibio mediodía" no sería otro que el Finisterre. Además hay otras indicaciones relativas a las minas de estaño, a las rías y a las islas que complementan la localización referida y permiten identificar la Oestrimnia con Galicia.

Florentino López Cuevillas, basándose en las opiniones de García de la Rega y de Paul Herrmann, deduce que tal localización es correcta y para prevenirse de algunos puntos

---

2 Rufo Festo Avieno: **Ora Marítima.** En FONTES HISPANAIE ANTIQUAE, recopiladas y anotadas por Adolf Schulten, T° I; Barcelona, 1922.

3 Adolf Schulten: **Op. cit.**

contradictorios del texto de Avieno hace una habilidosa defensa de su punto de vista.

"Es evidente que esta parte incial de la *Ora Marítima* está llena de oscuridades, motivadas por la mezcla de informaciones sacadas del Periplo de que antes hablamos y de otro debida al almirante cartaginés Himilcón, y por que los datos relativos al Atlántico de la primera de estas dos fuentes no se recogieron directamente en las tierras, que se describen sino que se tomaron de boca de los marinos tartesinos que navegaban por el Mar Exterior, los cuales a su vez, aunque es sabido que visitaban Galicia en busca de estaño y quizá de oro, no es de pensar que pasaran más al norte, debiéndose creer que adquirieron noticias de las tierras boreales de Armorica, Ierne y Albión por los marinos gallegos, que desde muy antiguo arribaban a ellas, explicándose así el que Avieno consignara que la distancia entre la Oestrimnida y la Isla Sagrada, o Irlanda, era de dos días de navegación, apreciación de distancia que es el argumento de más peso para identificar la mencionada Oestrimnia con Bretaña, pero al que no debe otorgársele gran valor por ser muy posible que se debiera a un error de los informantes originales del primer periplo o una equivocación en cualquiera de los textos por que pasó hasta su actual estado".(4)

Sea como fuere, y como hipótesis de trabajo, se puede admitir que Galicia estuvo poblada en su período precéltico por gentes de tipo racial mediterráneo que nada cuesta denominar Oestrimnios, y que luego los celtas indoeuropeos de la tribu de los Sefes llegaron al territorio galaico para iniciar en el mismo una fusión somática y cultural con los grupos aborígenes.

Aún hoy es fácil distinguir el tipo físico gallego de pelo oscuro, descendiente de los probables ligures, y el tipo rubio de ojos azules, descendiente de los indudables celtas. Pero lo notable de esta fusión, en el terreno etnológico, es que los elementos indígenas perduraron vigorosamente en el seno de la cultura céltica determinando muchos de los caracteres regionales allí asumidos por ésta. Los conquistados

---

4 Florentino López Cuevillas: **La civilización céltica en Galicia. Santiago de Compostela, 1953; págs. 20-21.**

una vez más conquistaron espiritual y materialmente al invasor, llenando con la áspera miel aborigen los panales fabricados por las abejas guerreras al descender de su sangriento vuelo a través de Europa.

Las invasiones célticas

No es este el lugar propicio para responder a las interrogantes sobre el origen, la raza, el lenguaje, los complejos culturales y las andanzas de los pueblos célticos en el continente europeo. Hay muchos y excelentes libros sobre el tema y a ellos remitimos a nuestros lectores.(5) A nosotros nos alcanza con saber que bajo el común denominador de Celtas penetra en la historia un grupo de pueblos que, lanzados por una catapulta migratoria desde algún lugar situado entre los Alpes y el Mar del Norte, se precipitan, con energía incontenible, hacia el sur, el este y el oeste.

Los celtas de la cuña meridional atraviesan los Alpes, se derraman por la llanura del Po y saquean a Roma 390 años antes de nuestra era. Otro grupo se dirige a Grecia y desvasta el santuario de Delfos un siglo más tarde. Ambos núcleos, como los aludes, se abatieron con furia sobre las altas civilizaciones pero cedieron prontamente, sin dejar otra herencia que su ominoso recuerdo.

Los celtas que partieron hacia el poniente, tras las huellas del sol moribundo, invadieron Francia, España y las Islas Británicas, lugar este último donde aún perduran sus lenguas: el *gaelig* de Irlanda, el *cymraeg* del país de Gales, el *cornish* de Cornwall. En la Armórica francesa debe mencionarse también el *breiz* o breton, dividido en cuatro dialectos, hablado aún hoy por cientos de miles de campesinos.

El tercer contingente salió hacia el oriente, ocupó la cuenca del Mar Negro y se incrustó en el Asia Menor sin perder su cohesión como había sucedido con los celtas me-

---

5 Como trabajos introductorios al problema céltico pueden consultarse los dos tomos de Henri Hubert: **Los celtas y la expansión céltica**, **Los celtas y la civilización céltica**, Barcelona 1941-42. Es útil, aunque menos erudito y más literario el vol. V, primera parte, **Los celtas**, de LA FORMACION DE EUROPA, por Gonzague de Reynold; Madrid, 1952.

ridionales. Estos celtas fundaron las tres tetrarquías de Galacia manteniéndose allí firmemente hasta que 25 años antes de nuestra era fueron anegados por la marea romana.

Sin embargo, pese a la pujanza de las invasiones y al área abarcada por las mismas, no hubo un imperio céltico tal como sucediera con la expansión mongola. Faltó el talento de un Genghis Kan; no hubo una idea imperial planificada y proyectada hacia el futuro; se careció de cuadros administrativos que sostuvieran un designio geopolítico y dieran a la conquista cohesión y sentido unitario.

Fuerza ciega, nomádica, batalladora, pujante y bárbara, la oleada céltica fecundó a los pueblos que halló a su paso y fue fecundada por el milenario polen de los mismos. España no constituyó una excepción a este proceso de compenetración de etnías de la protohistoria europea. Los celtas que entraron en su robusto cuerpo geográfico forjaron, en convivencia con los elementos nativos, una serie de síntesis con peculiares rasgos regionales.

Los eruditos no se han puesto de acuerdo sobre el número de oleadas célticas que penetraron en la Península Ibérica ni en la cronología de las mismas. Hay en cambio unanimidad para desechar la teoría de una sola y potente invasión céltica que se habría desperdigado lentamente por los distintos rincones de Iberia. Combinando las hipótesis de Bosch Gimpera y Pericot, que coinciden fundamentalmente en el número de oleadas aunque haya algún desacuerdo —postergable para nuestro propósito— en la cronología, se puede establecer el siguiente panorama.

Los celtas fueron llegando a la Península Ibérica por etapas escalonadas a lo largo de varios siglos.

En el siglo VIII antes de J. C. penetró el primer grupo proveniente de una zona situada entre el Ródano y el Rin. Estos celtas tempranos venían mezclados con elementos ilirios y se aposentaron en las zonas de Cataluña y Aragón. Fueron los portadores de la cultura llamada de "los campos de urnas" (*Urnenfelder*) o cementerios funerarios que se extendieron desde la zona pirenaica hasta otras partes de la Península. No parece haber sido numeroso dicho grupo invasor pues la arqueología revela que los elementos nativos lo asimilaron con prontitud.

La segunda oleada céltica irrumpió en la Península Ibérica hacia los años 700-600 antes de J. C. Se trata del núcleo portador de la cultura de la cerámica excisa, o sea la adornada con excisiones de un objeto punzante sobre el barro fresco antes de la cocción. Estos invasores, en vez de cruzar los Pirineos por los pasos orientales lo hicieron por los occidentales y se dispersaron por vastas zonas a partir de la cabeza de puente del valle del Ebro. Se sospecha que el área abarcada era mayor que la actualmente excavada en Soria, en Avila, en los aledaños de Madrid y en las regiones septentrionales y centrales de Portugal. Esta oleada tuvo tres períodos: el primero fué el de la cerámica excisa propiamente dicha; el segundo es el de los Cempsos de la necrópolis de Alpiarça, en Portugal; y el tercero es el de los Sefes que ocuparon la región del noroeste e inauguraron en Galicia la Edad del Hierro y la cultura de los castros que de inmediato describiremos.

Hacia el 570 antes de J. C. adviene la última invasión céltica, la más importante y típica, portadora de los elementos nucleares de la época de Hallstatt I. Se trata de los Belgas, cuyos integrantes eran, entre otros, las tribus de los Belos, Caritsios, Autrigones, Arevacos, etc.

LA CULTURA DE LOS CASTROS

El legado material y espiritual de los Celtas en Galicia puede estudiarse en los restos de la denominada cultura de los castros. Estos castros revelan que el árbol céltico tenía raíces profundamente hundidas en el humus indígena y que los frutos condensaron el aroma y el sabor de antiquísimas tradiciones terruñeras. La Galicia precéltica, encarnada simbólicamente en aquellos Oestrimnios que navegaban por el peligroso mar en barcas de cuero, determina las líneas fundamentales de lo que se ha dado en llamar la civilización céltica. Por eso preferimos la denominación más apropiada de cultura de los castros, dado que en estas fortalezas y poblados amurallados se conjugan los patrimonios de dos humanidades, una paleomediterránea y otra indoeuropea, para culminar en una síntesis muy expresiva.

No hay muchos datos para reconstruir una imagen más o menos fiel de aquella cultura que poco a poco dejaba los

atributos de la barbarie para asimilar los valores que desde el sur y el levante le ofrecían una refinada civilización de núcleo tartéssico y superestructura romanizada. Para descifrar sus principales rasgos de organización política y sus caracteres económico-sociales debemos recurrir a los mudos testimonios arqueológicos y, cuando más, a los documentos escritos por los tardíos dominadores romanos que hacia fines del siglo II antes de J. C. comenzaron a penetrar lenta pero inexorablemente en la lejana y rebelde zona del noroeste peninsular.

El área ocupada por la cultura de los castros tiene por el sur el límite del río Duero y al este "una línea que va entre el Túa y el Tuela, que pasa luego por las Portillas, abarca a continuación el Bierzo, cruzando por la divisoria del Sil y del Esla y continúa hasta el Cantábrico por los altos de la Sierra del Rañadoiro .Comprendemos que esta delimitación es atrevida en lo que toca a varios tramos de su recorrido, pero nos arriesgamos a proponerla, aún con peligro de error, porque desde su salida de Tras-os-Montes y su entrada en la provincia de Zamora coincide con bastante exactitud con la frontera lingüística del gallego con el castellano y con el bable".(6)

En esta zona geográfica relativamente pequeña existía una gran cantidad de tribus que, por este motivo, ocupaban parcelas de poca extensión. Los celtas de otras regiones europeas estaban divididos en tribus que se extendían por amplias comarcas; el particularismo y fragmentación de las tribus gallegas hace pensar en un primitivo sustrato indígena, disperso como una perdigonada humana, sobre el cual se superpusieron los invasores sin poder borrar las comunidades locales.

Las tribus o *civitates*, que así se las denominaba en el nomenclator administrativo romano, se agrupaban en tres conventos jurídicos: el de Asturica o asturiense; el de Braga o bracaerense; el de Lugo o lucense. Descartemos toda determinante precéltica o céltica en el origen de estos conventos jurídicos. Ellos nacieron de campamentos romanos asentados en dichos lugares. En Bracara, el más antiguo, se

[6] Florentino López Cuevillas: **Op. cit.**; pág. 44.

fortificaron las fuerzas del conquistador Décimo Brutus, llamado por ello el *Calaicus* o Gallego. En Lucus se parapetó, hacia el 46 antes de J. C., una fuerza desprendida de las legiones de Julio César cuando éste arribó a Brigancio. El de Asturica fue la cabeza de puente desde la cual partían, entre nieblas y melancólicas lloviznas, las tropas enviadas por Roma en los tiempos de la guerra cántabra.

Los nombres de la tribus de Galicia, cuya inmensa mayoría es de raigambre precéltica o céltica, fueron conservados en los prolijos escritos de Plinio el Viejo, Ptolomeo y Estrabón. Pasemos revista a los mismos, agrupándolos de acuerdo a las tribus comprendidas en cada uno de los citados conventos jurídicos.

En el de Asturica figuran las siguientes comunidades tribales: Amacos, Bedunienses, Brigecinos, Cigurros, Lancienses, Lugones, Orniacos, Pésicos, Selinos, Superacios, Tiburos y Zoelas. En el de Bracara: Aebisocios, Anfiloquios, Aobrigenses, Aquiflavienses, Bibalos, Brácaros, Celerinos, Elenos, Equesios, Galecos, Grovios, Interamnicos, Leunos, Límnicos, Luancos, Lubenos, Nemetatos, Narbasos, Querquernos, Salacios, Tamaganos y Turodoros. En el de Lucus o Lugo: Albiones, Artabros, Bedios, Caporos, Célticos, Cibarcos, Cilenos, Egovarros Namarinos, Iadones, Lebunos, Lemavos, Nerios, Poemanos, Presamarcos, Seurros y Supertamáricos.

En el seno de cada una de las tribus o *civitates* se hallan las gentilidades y éstas, a su vez, se fragmentan en *oppida* (plural *oppidum*) y en *castella* (id. *castellum*), comunidades menores asentadas en los castros.

Estos castros, de los que ya es tiempo que hablemos, brotaban como hongos de piedra en el suelo gallego. Alejados unos de otros, aunque no tanto para que no se divisasen recíprocamente los de la misma zona en los días claros, cada uno de ellos, celosos de su individualidad, de su tradición, de su historia arisca y solitaria, erguía sus murallas y defendía su albedrío en una reiterada proclama de ancestral independencia.

Según los arqueólogos gallegos hay entre 4.000 y 5.000 restos de castros diseminados en el territorio. Ni en las Galias ni en las demás regiones de España existe tal profusión

de fortalezas. Cuando los celtas llegaron a este rincón lejano de la Península ya los pobladores indígenas —tómese este término también a beneficio de inventario —vivían en huraña dispersión y hoy, desaparecidos los celtas bajo el limo de los siglos, persiste con invencible fuerza dicha modalidad prehistórica en la demografía gallega.

Y a todo esto, ¿qué era un castro? F. López Cuevillas, que ha sido nuestro Virgilio para penetrar en las profundidades del pasado gallego, responde cumplidamente a esta pregunta: "en ellos se concentraban las actividades de las gentes que en aquel tiempo vivían en nuestro suelo, que allí tenían refugio para sus temores, asilo contra las intemperies, cementerio para sus muertos y templo para sus divinidades, y es en estos recintos donde se encuentran todos los elementos que nos sirven para conocer aquella época remota y en algunos aspectos tan próxima a nosotros."(7)

No constituían estos castros grandes reductos amurallados. Eran de dimensiones modestas, a tal punto que corroboraban con su piedra berroqueña el paisaje circundante. Sólo alguna *citania*, que así se les denomina a los castros que aún hoy conservan en su interior restos de viviendas, tenía, como la de Santa Tecla, la empinada vigía de la desembocadura del Miño, un tamaño respetable. El eje mayor de Santa Tecla alcanzaba a 700 mts. y el menor a 300. Pero estas son las excepciones. Y en cambio no son raros los castros de bolsillo: los había de dimensiones minúsculas cuyo largo era de 25 metros por un ancho de 21.

Todos los castros, sin excepción, estaban fortificados. Terraplenes, fosos a veces excavados en la roca viva hasta grandes profundidades, murallas frecuentemente de notable solidez y técnica semejante a las de las llamadas construcciones ciclópeas del área mediterránea, torres estratégicas y puertas de difícil violación, contribuían a la defensa de los mismos. No estaban construídos, empero, para resistir las habilidosas complicaciones del arte de la guerra tal cual lo practicaban los romanos, cuyas máquinas sitiadoras, arietes y torres de asalto daban fácil cuenta de estas rudimentarias fortalezas. Su misión principal era proteger a sus poblado-

7 Id. Ibid; pág. 92.

res de las incursiones de las tribus vecinas o de los bandoleros montañeses, que confiaban más en la fortuna de un ataque sorpresivo que en la matemática precisión de un sitio en regla.

Dentro de cada castro se levantaban las viviendas. Las de la época primitiva eran de barro y por ello muchos castros arcaizantes carecen de todo resto de habitación humana. Una vez realizada y consolidada la conquista céltica la vivienda se construyó, aunque no unánimemente, de piedra.

Las viviendas se agrupaban sin orden en el interior de los castros y rehuían toda medianería. Este desasimiento, esta demofobia, parece ser el trasunto del espíritu individualista y recoleto de las familias que las habitaban. Nada de cordial vecindad, de convivencia doméstica. Siempre un desconfiado aislamiento que se prolongará a lo largo de toda la cadena social: familia, comunidad, gentilidad o tribu, como una indeleble característica de la cultura castreña.

Del mismo modo que la de los castros, las plantas de las viviendas en ellos guarecidas eran circulares, como aún hoy sucede con las *pallazas* que defienden en el monte Cebrero la supervivencia de una tradición remota. Sobre la habitación de planta circular y la de planta cuadrangular, posterior cronológicamente tanto en los recintos castreños como en el ámbito europeo, se han formulado interpretaciones que aluden a oscuros trasfondos metafísicos y difusas concepciones del mundo. Según ciertos etnólogos la habitación de planta circular señala un respetuoso acatamiento a las leyes de la naturaleza. Se descubre así un alma adherida al cosmos, obediente a los ritmos vitales. La habitación de planta cuadrangular, en cambio, es el trasunto de otra actitud, más racionalizadora y más rebelde a un tiempo. Esta última actitud obedece a lo que el Dr. José Imbelloni denomina el "pensamiento templario". El hombre trata de ordenar y organizar, mediante el establecimiento de los puntos cardinales, el mundo que lo rodea. Se emancipa del dogal de la naturaleza e inaugura una religión y una metafísica antropocéntricas. Frente al avasallamiento cósmico, aún subsistente en las doctrinas indostánicas, surge la conciencia de la sociedad, el orgullo intelectual del microcosmo humano. Y es en la planta de la vivienda o del *templum* que se re-

gistra, de acuerdo a la teoría expuesta, el paso de la obediencia a la emancipación, de la "forma coloide" a la "forma cristaloide" como expresara un ilustre pensador gallego.(8)

Las habitaciones de planta circular u oval típicas de los castros son de origen precéltico, tal vez vinculado a la gran área cultural del Mediterráneo. Los celtas de las otras zonas peninsulares adoptaron tempranamente, en su nomádico deambular por Europa, la casa de planta cuadrangular. La persistencia de la "forma coloide" en Galicia denuncia una vez más el triunfo de las antiquísimas tradiciones solariegas sobre las de los celtas, romanizados insensiblemente a lo largo de su camino a través de la Galia.

Algunos arqueólogos españoles han supuesto que los castros se habitaban temporalmente en las épocas de convulsiones guerreras mientras que en los tiempos de paz la gente vivía en derredor de los mismos, salvo en el caso de las citanias permanentemente ocupadas.

La opinión más generalizada sostiene lo contrario. Los castros no podían abandonarse porque la mano larga del merodeo y de la rivalidad intertribal darían buena cuenta de los pobladores desamparados. Hay además pruebas arqueológicas de depósitos, corrales, fuentes y calles que nos hablan de una organización permanente, de una convivencia regular y abastecida dentro del recinto amurallado.

La situación de los castros señala también, tal como hoy sucede, la existencia de dos Galicias. Una era la montañesa, la agresiva, la despoblada y librada a las bandas de merodeadores aborígenes que desde antaño vivían en perpetuo conflicto con los conquistadores celtas y los potentados oriundos del país. Otra era la costanera, la de las rías, la de las regiones litorales aptas para el cultuvo, la de los valles fluviales, la de los accesibles relieves de las penillanuras. Estrabón dice en su *Geografía* que los montañeses, moradores en una zona poco productiva, codiciaban las riquezas de los pobladores de las tierras aptas para el cultivo y que esta codicia originaba las guerras de rapiña. Si se su-

---

[8] Ramón Otero Pedrayo; **Historia de la cultura gallega.** Buenos Aires, 1939; pág. 25.

pone que los montañeses eran pastores-cazadores y los residentes en los valles eran agricultores no es inverosímil que, como luego teorizaran Abenjaldún y Oppenheimer, el nómada cayera sobre el sedentario para robarlo y someterlo. Pero en este caso el sedentario contaba con el amparo de los castros y no podía sufrir la misma suerte que el inerme agricultor de los oasis saqueados a mansalva por el mongol o el beduino.

J. Caro Baroja recoge y amplía la interpretación estraboniana al decir que era "un movimiento de rebeldía de las clases sociales desamparadas, la de los pastores y cazadores de las tierras fragosas, esclavos y mozos sin fortuna, contra gentes pudientes".(9)

Paralelamente a este inevitable "bandolerismo" económico, hay que suponer también la existencia de rivalidades clánicas, de depredaciones juveniles —restos de primitivas ceremonias de iniciación— y de conflictos raciales.

No se crea que la cultura de los castros, con sus solariegas y añejas fortalezas, predisponía a los habitantes de la Galicia pre y protohistórica a un exclusivo diálogo con la tierra. Hubo una singular movilidad marinera que prefiguraba un rasgo que se ha conservado con firmeza —junto a otros— desde el más remoto pasado hasta el presente del pueblo gallego.

La abundancia de oro y estaño y la existencia de una rica industria de joyas gallegas que, pese al primitivismo técnico, sorprende por su gracia y esplendor, provocó audaces exportaciones marítimas que partían de las costas gallegas hacia la Bretaña francesa, Inglaterra o Irlanda. Tal vez estas arriesgadas empresas no respondían solmente a razones comerciales. Debe pensarse más bien en una antiquísima confraternidad racial de pueblos paleomediterráneos confinados en los finisterres europeos que conservaban, pese a la distancia, sus vinculaciones pretéritas.

Las embarcaciones empleadas estaban construídas, cómo lo dicen los cronistas romanos, de cueros cosidos, pero Juan Maluquer de Motes sospecha que esas naves semejan-

---

9 Julio Caro Baroja: **Los pueblos de España. Ensayo de Etnología.** Barcelona, 1946; pág. 201.

tes a los *coracles* irlandeses representaban la fase crepuscular de un activo tráfico marítimo. Las travesías transatlánticas debieron realizarse con embarcaciones de madera; los barcos de cuero, en cambio, eran muy aptos para navegar por las rías y remontar los correntosos cursos fluviales.(10)

Los pueblos precélticos de origen ilirio o ligur que por igual habitaban en Gales, Cornualles, Bretaña y las rías irlandesas de los montes Kerry y Cork tenían reiterados contactos entre sí. Los cartagineses, luego del periplo exploratorio de Himilcón hacia las tierras e islas del brumoso norte, terminaron violentamente con aquella misteriosa hermandad transatlántica. Hasta el siglo V antes de J. C. hubo vivaces intercambios culturales entre Galicia e Irlanda, y seguramente las embarcaciones empleadas, con ser elementales, eran superiores a los humildes *coracles* aún subsistentes hoy en Irlanda y Gales. Durante los siglos IV, III y II antes de J. C. fueron languideciendo, hasta finalizar por completo, las navegaciones de altura y según el citado Maluquer de Motes este hecho "se refleja en la falta de influencias entre ambos países (Galicia e Irlanda) en este momento y explica la diferenciación tipológica de ciertos elementos, como algunas joyas, a pesar de su lejana común inspiración."(11)

En la Edad del Bronce, pues, y antes que los celtas hallstáticos llegaran con el hierro, desde los puertos gallegos partían hacia el frío septentrión embarcaciones cargadas de oro, estaño y modestas manufacturas. Este ecúmene cantábrico y atlántico fue luego ocupado por los celtas que, en muchos sentidos, no hicieron más que coronar con flores de hierro las raíces culturales de bronce de la artesanía de los finisterres. Dicho con otras palabras: el celta fue un heredero y no un creador, y, como un idéntico destino histórico lo confinó en los cabos y rías marginales de la Europa atlántica, no hay que atribuirle, como se ha hecho en aras de una romántica celtomanía, la responsabilidad total de la cultura

---

[10] Juan Mulaquer de Motes: **Pueblos celtas.** En HISTORIA DE ESPAÑA; dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Tº I, vol. III. Madrid, 1954; **pág.** 181.

[11] Id. Ibid; pág. 181.

prerromana allí existente. Tras el celta se dibuja, permanentemente activa, una tradición milenaria que él no hace mas que perfeccionar o, a veces, esconder bajo su legado bárbaro.

Otro hecho que confirma la venerable antiguedad del precéltismo gallego es el carácter peculiar de su paganismo. En este terreno, como en todas los otros campos de la cultura espiritual, las divinidades célticas se sumaron o superpusieron a las indígenas, provocando así el consiguiente sincretismo religioso.

Coincidían los paleomediterráneos y los celtas indoeuropeos en la adoración de las fuerzas de la siempre presente y siempre potente naturaleza. Ambos pueblos reverenciaban a los genios de las montañas, de los ríos, de las fuentes, de los bosques, de las peñas, de las plantas, de los caminos y encrucijadas. Un dato confirmatorio de la persistencia de las viejas formas de culto y su transpaso al cristianismo es proporcionado por los tradicionales crucifijos de piedra medievales situados en los cruces de caminos. Antes de los de granito se habrían levantado los de madera, y antes que el cristianismo llegara las divinidades romanas ocupaban, en los mismos lugares, el sitio de los espíritus de las encrucijadas de la época céltica y precéltica.

Había también dioses zoomorfos: la divinidad de las tinieblas era semejante al jabalí y los ofidios recibían un acendrado culto, revelado por numerosas insculturas en las peñas, tal como la serpiente de la citania de Troaña.

Y luego estaban los dioses mayores: deidades de la guerra que los romanos asimilaron a Marte, diosas-madres, lugoves de clara ascendencia céltica, tuteladores de las tribus y gentilidades, dioses del sol y del fuego.

La supervivencia de muchos de estos cultos en el folklore actual confirma la pertinacia del arcaísmo que por doquier aflora en la cultura gallega.

El balance de la civilización de los castros ha dividido la opinión de los arqueólogos y paleoetnólogos en dos campos. Para algunos, como García y Bellido, la cultura castreña fue pobre y ruda si se la compara con la brillante cultura ibérica meridional y levantina. Salvajismo en las costumbres y primitivismo en el arte son los rasgos señalados por este distinguido especialista, si bien roconoce la existencia

de una rica industria del oro y de una escultura "muy bárbara" que coloca a los pueblos celtizados del noroeste en ventaja sobre los de la Meseta y Celtiberia.(12)

López Cuevillas, por su lado, si bien reconoce que "no había en la Galecia ningún núcleo urbano que mereciera el nombre de ciudad" y que las citanias más amplias sólo eran "grandes aldeas" afirma que "el pueblo que allí vivía tuvo una organización política, una religión, un arte y unas técnicas que deben alejar de él los epítetos de rudo, pobre y bárbaro, con que viene siendo motejado desde los tiempos de Estrabón".(13) Y al enumerar sumariamente el haber de la cultura de los castros pondera los siguientes rasgos: el arte de la fortificación; los buenos trabajos de cantería proverbiales en la Galicia de todos los tiempos; la calidad de ciertas manifestaciones escultóricas y la belleza de las "pedras fermosas" que ornaban los monumentos funerarios; la abundancia y originalidad de las joyas áureas que llegaban, merced al desarrollo de una atrevida escuela náutica, hasta las lejanas costas de Irlanda y Bretaña; etcétera.

López Cuevillas protesta, con energía y buenas razones, contra los que motejan de "ruda y bárbara" una cultura que fue simple y sencilla "como corresponde a gentes dedicadas a la guerra, a la ganadería y a la agricultura, pero en la que no se percibe ningún signo acusado de primitivismo, ni ningún vestigio de degeneración, de pereza o cansancio."(14)

La cultura de los castros fue minada y desorganizada por la conquista romana. Pero la romanización gallega no constituyó un acontecimiento espectacular. No poseía el turbulento rincón del noroeste ibérico opulentas ciudades como aquellas de Andalucía, sedes del refinamiento y la molicie, donde Roma pudiera hacer audible su mensaje de

---

12 Antonio García y Bellido: **Protohistoria de la Península Ibérica.** En EL HOMBRE PREHISTORICO Y LOS ORIGENES DE LA HUMANIDAD, por Hugo Obermaier, Antonio García y Bellido y Luis Pericot. Madrid, 1957; págs. 374-377.

13 Florentino López Cuevillas; **Op. cit.** pág. 465.

14 **Id. Ibid.** pág. 468.

alta civilización y de *urbanitas* sociabilizadora. En la fragmentada demografía de Galicia cada castro era un marcial nido de águila enfrentado con montaraz desconfianza a las fórmulas de convivencia que ofrecía la *Pax Romana*. Y por ello, por la inexistencia de grandes urbes y por la presencia hosca de los castros, la labor civilizadora de Roma se vió dificultada.

No hay que buscar por lo tanto en la tierra gallega acueductos como el de Segovia, teatros como el de Sagunto, circos como el de Toledo, anfiteatros como el de Itálica o aún ciudades como *Caesar Augusta* (Zaragoza) surgidas al conjuro del genio planificador de los urbanistas latinos. Tenues restos arqueológicos del paso de Roma por Galicia son el faro de Hércules, en la Coruña, y las imponentes murallas, las termas y el puente sobre el Miño, en Lugo.

Pero la obra máxima de la romanización trascendió la ausente materialidad de la arquitectura para perpetuarse en el legado lingüístico a tal punto que no hay en el idioma galaico portugués, total hechura del latín, ningún recuerdo de la lengua céltica.

Aprovechando la valentía de los gallegos Roma los incorporó a sus legiones y llevó a morir lejos de los cielos grises y los campos verdes a los recios mocetones de los castros. Y para terminar con los restos de agresividad de los habitantes de las fortalezas los obligó a dejarlas, a descender a los valles, a fundar las *villae* agrícolas donde el pastor y el cazador debían cambiar por la vida sedentaria el deambular desarraigado de otrora.

En las nuevas *villae* los antiguos pobladores de los castros se encontraron con inusitadas formas de sociabilidad, con instituciones de adiestrada estructura, con géneros de vida menos austeros y más humanizadores. Tal como Juan Bautista Vico dijo que la civilización desciende de las montañas a las llanuras y que de aquí prosigue a las orillas del mar, los gallegos desalojados de sus fortalezas y concentrados en las *villae* comenzaron a dulcificar sus costumbres, a aprender a convivir, a tolerarse y a conocerse mutuamente.

Con el abandono de las castros moría un mundo y nacía otro. Tras los misteriosos Oestrimnios de trasfondo mediterráneo, tras los Sefes conquistadores llegados con la olea-

da indoeuropea, tras la relativamente breve etapa de aculturación ligur-céltica, las disciplinadas legiones de Roma imponían otra concepción del universo y del hombre, otra lengua que perduraría vigorosamente, otras modalidades económicas. La fisonomía histórica de Galicia comienza a dibujarse sobre una difusa estameña de pueblos y de siglos. Pero para que logre ser lo que su signo cultural le tiene prometido falta aún el maravilloso milagro medieval del mito teológico y la realidad activa del Apóstol Santiago.

El nombre de Galicia

Como muchos otros rasgos de su penumbrosa trayectoria inicial, el significado del nombre de Galicia no ha sido aclarado todavía lo suficiente.

Cuando Décimo Junio Bruto quebró la resistencia de los pueblos que seguían a Viriato y llegó al río Limia en el año 137 antes de J. C., se incorpora al gran nomenclator de las tierras sojuzgadas el nombre de *Gallaetia* o *Galletia*. Se debe separar, sin embargo, la *Gallaetia* administrativa de la étnica. En los primeros tiempos de la conquista romana dentro de la provincia de *Gallaetia* se englobaban, como vimos, los conventos jurídicos de *Asturica, Bracara* y *Lucus* asentados en las actuales regiones del macizo galaico-duriense, parte de los montes Cantábricos y la meseta de León. Pero los galecos y los astures eran pueblos diferentes. En cambio, los galecos se entendían bien con los lusitanos; tan bien que toda vez que se encendió la antorcha de la guerra contra Roma, allí estaban ambos grupos en solidaria lucha defensiva y, cuando podían, ofensiva también. Los romanos temían esta alianza, a tal punto que cuando Agripa en el año 27 antes de J. C. y Augusto en el año 7 antes de J. C. llevaron a cabo una reorganización provincial separaron a Lusitania de Hispania Ulterior para evitar nuevos pactos bélicos entre galecos y lusitanos.

La unión de la futura Galicia con una parte de Asturias se debió a razones económicas pues ambas eran ricas en oro y Roma quería unificar su explotación. El primer paso para reunir a Galicia y parte de Asturias se dió al crear el legado para *Asturia et Gallaetia* subrogado al gobernador de

la Tarraconense; más tarde, hacia el 216, se integra la provincia de *Hispania Nova Citerior Antoniana* con los conventos jurídicos de *Asturica, Bracara* y *Lucus* que con el nombre de *Gallaetia* pasa luego de la reforma diocleciana a ser parte de la diócesis hispánica.

Pero galecos verdaderos eran los pueblos residentes en los conventos de *Lucus* y *Bracara* —las futuras ciudades de Lugo y Braga— mientras que *Asturica*, la futura Astorga, era la patria de los astures, aquellos incansables combatientes a quienes el poeta Silio Itálico hacía descender de Astyr, el escudero de Memnon.

Si ahondamos más en la historia del nombre hallaremos que en la *Gallaetia* fue la desmesurada proyección geográfica de un nombre tribal. En efecto, los galecos son mencionados por Plinio, junto a los celerinos y equesios, como integrantes de un pequeño grupo humano que ocupaba los valles del Limia, el Homen y el Abedela. Estrabón explica en su *Geografía* los motivos que magnificaron aquella modesta denominación étnica: "Siguen últimamente los galecos que habitan en gran parte las montañas. Por haber sido difíciles de vencer dieron su nombre al vencedor de los lusitanos y hoy la mayoría de los lusitanos se llaman galecos". Décimo Junio Bruto fue llamado El Galeco por su hazaña militar y extendió el nombre de Galicia a zonas que sobrepasaban en mucho la parva superficie ocupada por la tribu epónima.

Pero volvamos a las denominaciones genéricas de *Gallaetia* o *Callaetia*.

Si se acepta la primera grafía los gallegos y los galos serían parientes cercanos. En este sentido los romanos se refieren, según establecen diversos autores a *Gallitia, Gallactia* y *Gallatia* y denominan a sus habitantes *galliciencis, gallaeci, gallaecus* o *gallici*.

La fuente etimológica de esta voz sería *gala* que en griego significa leche y por extensión blancura. La rubicundez de los antiguos celtas habría movido a los griegos mediterráneos a denominarlos de este modo. Galicia, por lo tanto, significaría "la blanca".

No debemos olvidar, en el sentido confirmatorio de esta etimología, los movimientos continentales de los pueblos célticos que, como ya vimos al principio de este capítulo,

entre los siglos VIII y III antes de J. C. conmovieron con slus invasiones el ámbito cultural europeo. Los celtas fundan en el norte de Italia la Gallia Cisalpina y se precitan sobre Roma en el año 390 a. de J. C.; otro grupo, los *Galatai* invaden el Asia Menor y luego de intensas luchas con los reyes de Pérgamo se sedentarizan en la Galatia.

De este modo la lejana Galatia asiática, las Galias transalpinas y cisalpina y la Galicia española se integran en un vasto cuadro céltico donde la cultura de Hallstatt impone el común denominador de la temprana Edad de Hierro bajo el signo indoeuropeo de los rubios conquistadores.

Pero, por otro lado, están las denominaciones *Callaetia*, *callaicus* y *callaecus* además de otras similares consignadas por los autores griegos, que las escriben con K (kappa). Este hace pensar a autoridades como Hübner que los gallegos y los galos no tienen mayor vinculación entre sí. La existencia de pueblos célticos en España y de *callaicus* en Galicia parecería confirmar la opinión de Hübner, aunque lo prudente es suponer a los *callaicus* como formando parte de las oleadas tardías de los celtas.

Sea cual fuere la fuente, lo cierto es que el nombre de Galicia se echó a andar por el mundo a partir de la conquista romana. Pero no como la denominación de una tierra sojuzgada, que lo fue sólo —y por poco— en su exterioridad formal, sino como tierra conquistadora del espíritu de los que en ella nacieron o detuvieron su planta andariega.

Capítulo III

EL CAMINO DE SANTIAGO Y EL ESPIRITU DE OCCIDENTE



Galicia antes de Compostela

Así como la filosofía de Leibniz postulaba la existencia de una armonía preestablecida que convertía al aparentemente caótico universo en algo coherente, hay desde temprano en la historia de Galicia un profundo latido europeo que la vincula al pulso solidario de la gran civilización occidental.

Recordemos lo narrado en el capítulo anterior sobre la fraternidad transcantábrica entre las poblaciones precélticas de Galicia, Irlanda y Bretaña, cuyos primeros fundamentos se consolidaron en el Neolítico. La gran abundancia de dólmenes en Galicia e Irlanda, sus proporciones de monumentalidad gemela, e insculturas irlandesas como la de Chonfinloch, con motivos semejantes a los de petroglifos españoles recientemente descubiertos, revelan una segura vinculación prehistórica iniciada por lo menos en la era megalítica. El advenimiento de la Edad del Bronce anuncia con el vaso campaniforme exportado desde Galicia a Bretaña e Irlanda el futuro desembarco del "pueblo de las alabardas" que saltaría del trampolín de España hasta las costas galesas e irlandesas. El pacto de sangre prehistórico queda sellado por tantos lazos que las inmemoriales tradiciones populares de Irlanda y Galicia se complacen en recordar sus orígenes comunes. Y de este modo las leyendas irlandesas, encubriendo verdades tras los mitos, rememoran la epopeya de Carpa, Lingue y Suarad, los colonizadores primigenios de Irlanda llegados desde España, mientras que las leyendas gallegas exaltan las virtudes de la Torre de Hércules —levantada sobre un faro precéltico— desde donde antiguamente se divisaban, cuando el aire era transparente y la mar estaba en calma, las remotísimas costas de Irlanda.

La cultura de los invasores celtas se deslizó sobre estos viejos andariveles y naturalmente los vínculos se afirmaron y acrecentaron bajo el signo conquistador de la espada y el trabajo solidario de la azada y la hoz. El hierro será ahora el común denominador de una cultura asomada al balcón atlántico que no vino, como han pretendido ciertas men-

tes románticas, desde una isla océanica sumergida por una catástrofe geológica, sino desde el corazón terrestre de Europa, desde el hontanar continental de la occidentalidad.

Luego, el cálculo geopolítico y la fiebre del oro empujan hacia el Klondike galaico a las legiones romanas que, en contraste con los ávidos fenicios y griegos fundadores de factorías costeras, hacen descender sus águilas en las alcándaras de las montañas interiores y preparan, a sangre y fuego, la *Pax* universal de su imperialismo planificador. Con tesón y pericia, guerreros y colonizadores a la vez, los romanos lanzan sus galeras sobre los antiguos derroteros transcantábricos para someter uno a uno a los pueblos célticos vinculados por brumosas tradiciones a un antepasado hogar común.

El mar, empero, no fue un aliado de los conquistadores romanos. Cuando Calígula hizo cargar a sus legiones contra las aguas embravecidas del litoral de Armorica reveló con este hecho algo más que un espíritu desequilibrado. "El emperador necesitaba satisfacer su conciencia romana".(1) En efecto, el mar era lo desmesurado, lo desconocido. El espíritu claro y calculador de los hijos del Lacio temía las brumas atlánticas, las galernas insensatas, el empuje aniquilador de las olas frías. Se debía, por lo tanto, someter el orgullo de ese mar, castigarlo, herirlo primero con el hierro y luego con el permanente agravio de las ciudades costaneras. Pero esta hazaña militar y geográfica se logró a costa de la destrucción definitiva de la ancestral fraternidad transcantábrica tantas veces aludida. La romanización corta el cordón umbilical que unía a Galicia con el mundo nórdico y la abre al gran resplandor del Mediterráneo. No puede, sin embargo, inscribirla en el círculo de las tácitas vasallas de Roma. La transforma en sus aspectos externos sin quebrar la lealtad sustancial y profunda hacia el ancestro. Y desde entonces el destino cultural de Galicia gira sobre el gozne situado al Oeste de Romania y al sur de la Celtia, como expresara Vicente Risco.(2)

Galicia adquiere plenamente la lengua de Roma, pero la religión cristiana, triunfante en el Imperio, no consigue

---

[1] Ramón Otero Pedrayo: **Historia de la cultura gallega.** Buenos Aires, 1939; pág. 17.

[2] Vicente Risco: **Historia de Galicia.** Vigo, 1952.

postrar el trasfondo pagano que sobrevive, amparado por el pueblo de los campos y aldeas, a todos los vaivenes culturales. Cierto es que en Galicia, adelantándose a todas las otras regiones de España, los obispados fundados por los romanos convertidos al cristianismo comenzaron a sembrar desde las sedes urbanas de Astorga, Braga, Lugo e Iria Flavia las violetas del Evangelio; pero cierto es también lo dicho por San Valerio, el ermitaño de El Bierzo, al lamentar que la luz del cristianismo apenas llegaba a las costas noroccidentales de Iberia.

En un interesante y documentado libro, Emilio González López, cuya versación en los temas gallegos es indudable, afirma —a nuestro modesto parecer sin mayor fundamento —que "la propagación entusiasta del priscilianismo en Galicia contradice plenamente el aserto de San Valerio, cuyo propósito, al hacerlo, fue el de aumentar aún más el fervor proselitista de su tiempo."(3) Pero no olvidemos que el priscilianismo fue una herejía propiciada por el antiquísimo humus de paganismo que cubría toda la tierra gallega y no una entusiasta y desaforada primavera de la ortodoxia cristiana.

Acierta plenamente en cambio el nombrado autor al señalar que una de las primeras contribuciones que el Noroeste de España (Galicia y Portugal mancomunadas desde el Duero al Cantábrico) efectuó a "la cultura europea en general y a la española en particular"(4) fue la pareja formada por Orosio e Idacio, dos historiadores crepusculares que anuncian, el uno con voz esperanzada y el otro con sobrecogido temor, la inevitable llegada de los bárbaros.

Y los bárbaros llegaron como una marejada de espadas. Sus aguas juveniles anegaron el senil intento de defensa de la cultura romana del Bajo Imperio, rompieron los inservibles diques de una civilización anquilosada, sepultaron a las instituciones caducas bajo una capa de barro y sangre.

En el 409 los primeros contingentes de Suevos, Vándalos y Alanos entran en España. La *Crónica* de Idacio des-

3 Emilio González López: **Grandeza y decadencia del Reino de Galicia.** Buenos Aires, 1957; pág. 27.

4 Id. **Ibid.**, pág. 30.

cribe los horrores de una época que tuvo al genocidio por sistema y a la desintegración universal por corolario: madres hambrientas que comen a sus hijos, bárbaros que "lo llevan todo a sangre y fuego", pestes mortales que alistan bajo su amarilla bandera a los grandes y a los chicos, fieras cebadas que bajan de las montañas y acometen en los caminos a los fugitivos.(5)

Los vándalos son desalojados de Galicia por los suevos y éstos imperan durante 170 años en el Noroeste peninsular. Fundan allí "la primera monarquía europea independiente desgajada del Imperio Romano de Occidente".(6) En ella el Rey Teodomiro realiza una eficiente planificación diocesiana y procura organizar las parroquias de sus obispados de acuerdo a las pautas geosociales que perduraban desde los tiempos precélticos. La originalidad de la *Divisio Theodomirici* reside, en último término, en el reconocimiento del espíritu particularista de las gentilidades indígenas anteriores a los romanos y a los celtas que se asentaban en el territorio gallego.

El catolicismo de los suevos se opone al arrianismo de los visigodos instalados en otras zonas de la Península. De tal modo, en los Concilios de Braga (561 y 572) y de Lugo (569) no hay que ver solamente el triunfo de una política catequística y administrativa sino la permanencia de los valores cristianos ortodoxos que la vinculan —desde su fuente— a la gran tradición espiritual del Occidente mediterráneo.

Pero el atlantismo y el mediterranismo no abandonan el propicio campo de batalla y reconciliación que es Galicia. Cuando parecía que los viejos lazos de sangre y cultura que la emparentaban con el septentrión se debilitaban definitivamente, los hombres del norte irrumpen de nuevo. Sus actitudes, empero, son dispares. Unos vienen como piratas y conquistadores; otros como refugiados.

En el año 456 desembarcan los hérulos en las costas lucenses después de haber desvastado las poblaciones ribere-

---

[5] Según la transcripción del relato de Idacio ofrecida por Rafael Altamira: **Historia de España y de la civilización española.** Barcelona, 1913; vol. I, pág. 168.

[6] Emilio González López: **Op. cit.**, pág. 34.

ñas del mar Cantábrico. Sólo son 400 hombres transportados por siete naves. Se les rechaza pero no se les disuade. Siglos más tarde sus nietos vikingos volverían sobre sus huellas.

Al finalizar el siglo V y a principios del VI una numerosa colonia de emigrados bretones se establece en Galicia. Desalojados de las Islas Británicas por las oleadas de anglosajones estos bretones, recordando la pretérita comunidad transcantábrica, hacen pie en la Bretaña francesa y llegan hasta Galicia donde se establecen "entre el Ferrol y el río Eo". Acaudilla estas huestes de refugiados el obispo Mihaloc y en la *Divisio Theodomirici* aparece una *Sedem Britanorum* que revela el asentamiento de aquellas en Galicia y parte de Asturias. (7)

Luego Galicia conoce el azote de los vikingos. Durante tres siglos los hombres de los *drakars* veloces conmueven con sus depredaciones los alrededores de las rías. En el siglo IX las avanzadas vikingas se lanzan desde Irlanda, donde habían fundado un reino en el mar interior situado entre aquella y Gran Bretaña, atraídas por la fama y el oro de Santiago de Compostela. En el siglo X parten desde Normandía con miras de establecerse en Galicia. Entran a sangre y fuego en Britonia, en Padrón y tal vez en Santiago. Finalmente la nobleza gallega, al frente de ejércitos populares, puede vencerlos en la ría de Arosa. En el siglo XI vuelven los vikingos, esta vez desde Noruega. No se resignan a perder las riquezas de Jacobsland o Galizand, como le llamaban a la codiciada región del noroeste ibérico. En el 1014 y 1032 se producen las dos últimas invasiones —la cuarta y quinta correlativamente a partir de la primera realizada en 844— pero ya los ejércitos gallegos eran aguerridos y aplastan definitivamente a los piratas nórdicos.

El ciclo de las invasiones vikingas se cumplió bajo el signo del saqueo. Ya estaba encendida en el cielo europeo la estrella de Santiago de Compostela. Su atracción y su influjo iría mucho más allá de lo simplemente material. El resplandor de la gran luz compostelana se proyectaría sobre

---

7 Pierre David: **Ètudes historiques sur la Galice et le Portugal du VI au XII siécle. París, 1947**; pág. 57. Citado por E. González López: **Op. cit.**, pág. 43.

los espíritus y daría forma y sentido a una de las mayores empresas culturales del medioevo.

Mito y realidad de la leyenda de Santiago

No hay en la historia de Occidente un fenómeno religioso que haya tenido proyecciones políticas y sociales similares a la pragmática leyenda y a la dinámica realidad de Santiago de Compostela.

Dice Américo Castro que la historia de España sería impensable sin el culto dado a Santiago Apóstol y sin las peregrinaciones a Santiago de Compostela,(8) y su ilustre contendor Claudio Sánchez-Albornoz, que en tantos puntos ha disentido con aquél, afirma que "la creencia de que yacía en Compostela el cuerpo de un discípulo de Cristo ha producido giganteseas consecuencias en la historia de Europa."(9)

La leyenda de Santiago acumuló en su formación y desarrollo una serie de elementos de evidente sincretismo(10) religioso comunes, por otra parte, a todo el cuerpo doctrinal y ritual del cristianismo. Una religión nueva no se superpone sobre las anteriores como un manto de lava sobre las pasivas areniscas sedimentarias. Más bien es como una corriente marina que sobrenada las profundidades de un océano

---

[8] Américo Castro: **España en su historia.** Buenos Aires, 1948; pág. 107.

[9] Claudio Sánchez-Albornoz: **Españoles ante la historia.** Buenos Aires, 1958; pág. 75.

[10] **Sincretismo:** "Llamamos sincretismo al proceso que, sin solución de continuidad, conduce del polidemonismo al politeísmo. A medida que la civilización progresa, el hombre encuentra al mundo más y más pequeño. Su universo ha cesado de limitarse a su aldea; se extiende sobre una serie de aldeas asociadas por todo tipo de relaciones, y luego a una comarca entera, a un Estado, a los Estados vecinos. El hombre conoce así las numerosas potencialidades que se ejercen en las aldeas próximas o en el país limítrofe... Se produce entonces una diferenciación entre las potencias propias y las extranjeras. Las que exhiben un estrecho parentesco entre sí se reunen bajo un mismo nombre y una misma figura". G. van der Leeuw: **La religion dans son essence et ses manifestations.** París, 1955; pág. 167-168.

antiguo —en este caso el del paganismo, o de los paganismos— desde cuyo seno surgen afloraciones convectivas en perpetuo intercambio con las aguas de la superficie. Tal es lo que sucede con el mito de Santiago.

El mito de Santiago, por razones de comodidad metodológica, puede ser analizado desde tres puntos de vista: el de la leyenda en sí; el de la interpretación de dicha leyenda, y el de las consecuencias históricas de la misma. El primero es hagiográfico; el segundo entra en el dominio de la ciencia de las religiones; el tercero atañe al vasto campo del acontecer político, económico, social y cultural del medioevo cristiano.

Comencemos con la narración sucinta de la leyenda Jacobea. Nos guiaremos por el relato conservado en el libro de la rica *Hermandade dos Caballeros Cambeadores*, que muchos y contantes motivos tenía para estar agradecida a su patrono.

Santiago el Mayor salió de Tierra Santa para llevar la buena nueva de Jesucristo a las lejanas tierras que cerraban el mar Mediterráneo y abrían las misteriosas puertas del Atlántico. Después de predicar en España regresó a su patria, donde, por orden de Herodes, fue decapitado. Pero sus discípulos velaban por la ulterior suerte de los despojos del maestro y piadosamente recogieron su cuerpo y cabeza dirigiéndose al litoral para huír de la mano vengativa del Tetrarca. Los movía el designio de conducir los restos venerados de Santiago hasta la remota España para darles allí sepultura.

Y aquí comienza la serie inextinguible de milagros. En el puerto de Joppe los discípulos encontraron una barca de piedra que flotaba prodigiosamente y en ella se hicieron a la mar los vivos y el muerto. Se inició entonces la travesía por el Mediterráneo, propiciada por los vientos del este que soplaban incansables hasta que la barca cruzó las Columnas de Hércules. Una vez en el Atlántico los vientos del sur, con diligencia, la condujeron hasta las costas de Galicia. Y por fin, coronando los denodados esfuerzos humanos y divinos, los discípulos Evasio, Atanasio y Teodoro se encontraron un buen día en la desembocadura del Ulla.

En Iria Flavia desembarcaron secretamente el incorrupto cadáver del Apóstol para darle sepultura en la zona donde más intensa había sido su predicación. Consiguieron una carreta y pretendieron arrastrarla hacia el interior con sus delibilitados brazos. Como tal esfuerzo era vano y no tenían medios para adquirir bueyes, solicitaron a Lupa, la "reina" de la comarca, que se los prestara. La señora Lupa, pagana y bromista, les ofreció dos toros bravos que apacentaban en sus campos y les dió para uncirlos un fragmento del hilo que torcía en su rueca. Los varones justos no se inmutaron. Estaban dentro del círculo taumatúrgico del milagro: el hilo se convirtió en yugo y cadena; los toros se volvieron mansos como bueyes; y la carreta avanzó tierra adentro transportando los restos puros de Santiago. Cayó Lupa de hinojos, postrada por el rayo de la gracia. Desde ese instante todos los permisos estaban concedidos y los fieles discípulos pudieron dar sepultura a su maestro en Solobio, al pie del monte Libredón.

Después, el tiempo dejó caer su innumerable hojarasca de días y de noches sobre la memoria de los hombres. Ya habían transcurrido casi ochocientos años desde la fecha del desembarco de Santiago y cien desde la conquista musulmana cuando la larga mecha del milagro, que ardía por dentro de los siglos, provocó la explosión de Compostela.

Un ermitaño de San Fiz, llamado Pelayo, como el héroe de Covadonga, escuchó desde su ermita, donde yacía acostado sobre un puñado de heno, nocturnos cánticos que "parecían bajar do ceu". Salió a la puerta y contempló entonces un espectáculo sobrecogedor: sobre la copa de un árbol, que descollaba entre los otros, ardía una brillante estrella. Parecía, y era, cosa de milagro.

El hecho prodigioso volvió a repetirse muchas veces. Noche tras noche cantaron las voces celestiales y brilló en lo alto del bosque la infatigable luz. Pelayo, o Payo como otros escriben, no quiso aguardar más y mitad lleno de temor, mitad de asombro, fue con la noticia hasta Teodomiro, el Obispo de Iria Flavia. A la otra mañana salió Teodomiro hacia la aldea de San Fiz, con todo un lento séquito de canónigos, y descubrió el sepulcro de Santiago el Mayor. Era un 25 de julio del 813. Desde aquel día Galicia tuvo su

Compostela(11). España su anti-Meca guerrera y la Edad Media europea su santuario unánime.

Continúa contando la piadosa leyenda que en el lugar donde brotaban los cánticos y ardían las luces había tres tumbas. La del medio contenía el cuerpo incorruptible de Santiago, vestido con un sayo tachonado de veneras o *viciras* y flanqueado por un bordón y una calabaza de peregrino En las otras sepulturas estaban las cenizas de Atanasio y Teodoro, fieles hasta más allá de la muerte.

Las noticias del hallazgo se extienden hasta Roma donde el Papa León III confirma el milagro. A su vez, el rey Alfonso II inicia la construcción de una iglesia sobre el emplazamiento de la tumba. Alrededor de la iglesia comenzará a surgir, como un arrecife de casas y de hombres, la futura y memorable ciudad de Santiago de Compostela. El milagro había fructificado en una realidad civil y en un foco religioso de creciente brillo.

Pero todo lo narrado hasta ahora pertenece al prólogo de una epopeya teológico-militar. El espíritu de Santiago no se contentó con haber revelado la presencia de su yacente cuerpo decapitado. Deseaba actuar, ayudar a su antigua grey sojuzgada y humillada por la dominación musulmana. Surge entonces el adalid celestial. Al frente de los ejércitos cristianos comienza a verse un caballero montado en un blanco corcel. Cuando aquellos entran en batalla el resplandeciente jinete blande una descomunal espada y descabeza infieles por docenas. Tras su furia flamígera y sangrienta se precipitan los jefes y soldados españoles de la Reconquista. El Santiago Matamoros, tan distinto del pacífico peregrino evangélico, ha cambiado el bordón por la tizona. Lo ven los ejércitos españoles en las batallas de Clavijo, de Logroño, de Simancas. Su fama milagrosa se extiende. Los peninsulares reconocen en él un decidido y potente aliado que se convierte en conjuro, en fórmula mágica, en ariete de fervor guerrero cuando entran en combate al grito de ¡Santiago, cierra España! Se le pide que cierre el paso a la mo-

---

11 Sobre la etimología de Compostela no hay aún acuerdo. Para algunos deriva de **Campus stellae**, campo de la estrella, y para otros de **Campus apostoli**, campo del Apóstol.

risma, que interponga su espada entre los fanáticos servidores de Alá y los campos y ciudades de la tierra española. Y Santiago, instalado en la dinámica de una psicosis colectiva, transmite a los duros combatientes la fuerza incansable de su brazo.

Los historiadores de la cultura no se han contentado con la simple narración de esta leyenda. Han procurado descifrar sus claves, interpretar sus orígenes y derivaciones. Uno de los más prestigiosos pero más discutidos, ha dedicado al tema parte de dos nutridos libros y uno, más breve, en su totalidad.(12) Dicho historiador, que no es otro que Américo Castro, cree descubrir tras el mito de Santiago de Compostela la confluencia de remotas corrientes religiosas que encarnaron en un santo cristiano cualidades prefiguradas por divinidades del paganismo. Sus argumentos son muy hábiles. Entre los testimonios que cita figura el del sabio investigador P. Hipólito Delahaye quien afirma que al introducir el culto de los santos la Iglesia abrió las compuertas a una corriente pagana de rasgos muy característicos.(13) En este empréstito folklórico innegable se basa Castro para construír su teoría, ya que en el mito de Santiago, desde el arribo de los restos del Apóstol a España, han actuado los mecanismos del citado transvasamiento. El Padre Delahaye revela en tal sentido que era común en la hagiografía popular "el tema de la llegada milagrosa de una imagen o de un cuerpo santo en un navío abandonado... Recordemos la llegada de Santiago a España, de San Lubecio a Dietkirchen, de San Emerán a Ratisbona, del cinturón de la Santísima Virgen a Prato, de la Santa Faz a Luca".(14)

Pero expongamos ya la argumentación de Américo Castro.

---

[12] Los dos grandes libros de Américo Castro son **España en su historia** ,Buenos Aires, 1938, y **La realidad histórica de España**, México, 1954, refundición del anterior. El trabajo dedicado específicamente al tema se denomina **Santiago de España**, Buenos Aires, 1958.

[13] P. Hipólito Delehaye: **Les légendes hagiographiques**. París, 1906; pág. 181.

[14] Id. Ibid., pág. 36.

Según el tan brillante como controvertido historiador no había un solo Santiago sino dos. El Santiago gallego, para la opinión ortodoxa, era Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo. Pero el pueblo sintetizaba en su persona, confundiéndolas, dos individualidades; la de Santiago el Mayor y la del llamado "hermano del Señor" en el Evangelio de Mateo".(15) Américo Castro descubre en tal creencia la resonancia de cultos precristianos, de "divinidades gemelas tales como Cástor y Pólux —Dioscuros o hijos de Júpiter—, uno de los cuales ascendía al cielo, mientras el otro permanecía en la tierra (al menos por algún tiempo) como protector del hombre".(16)

Para acentuar el paralelismo Castro se apoya en argumentos filológicos y de religión comparada. Recuerda que en el Evangelio de San Marcos, III, 17, se dice que "a Jacobo (esto es, Santiago) hijo de Zebedeo, y a Juan, hermano de Jacobo. . . los apellidó Boanerges, que es Hijos del Trueno". Boanerges, según Castro, significaría lo mismo que Dios-Kuroi, hijos de Júpiter tonante, o que Bana-ba-Tilo, hijos del cielo en el Africa Oriental Portuguesa.

El secreto resorte de la aceptación de Santiago, supuesto hermano de Cristo, como santo guerrero, se dispara al buscar los afligidos españoles, arrinconados en las zonas septentrionales de la Península, una insignia espiritual de igual pujanza que el Alá mahometano. La dulce figura de Jesús no podía oponerse a la del belicoso Alá; en cambio Santiago, semejante a un Dioscuro, puede enfrentrase, con su blanco caballo y su espada ardiente, a la dinámica ecuestre del islamismo. Se genera así una "grandiosa mythomachia" que se levanta "frente a la Kaaba como alarde de fuerza espiritual".(17)

Estas y muchas más afirmaciones y deducciones de Castro han sido implacablemente contradichas por Sánchez-Albornoz en una polémica que será histórica y que abarca un

15 ¿"No es éste el hijo del carpintero?; ¿no se llama su madre María y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas?". Evangelio de San Mateo, XIII, 55.

16 A. Castro: España en su historia, pág. 137.

17 Id: La realidad histórica de España, pág. 152.

amplísimo repertorio de interpretaciones del ser y el quehacer españoles cuyos límites desbordan en mucho la problemática de Santiago.

Pero en lo que ambos coinciden es en las consecuencias políticas, económicas, religiosas y culturales del culto dado a Santiago en Compostela y el resto de España. Este es el hecho concreto que debe centrar nuestra atención. Las peregrinaciones a Santiago volcaron los dones de la civilización medieval europea en los campos y ciudades de Galicia y llevaron desde Galicia, hasta los más insospechados rincones de Europa, la vibración humana del pensamiento, el sentimiento y la religiosidad ibéricas.

Santiago, merced a un mágico proceso, se convirtió en el santo patrono de los españoles: los ayudó en sus combates, o así lo creían las huestes cristianas ya que creer con fe pura e ingenua es como ver y sentir; valió como un antídoto contra la furia combatiente del Islam emparejando la lucha al principio desigual; creó en los frentes de batalla y en las retaguardias devotas un general acatamiento a la figura del matamoros y, finalmente, propició la grandeza y esplendor de Santiago de Compostela.

El camino de Santiago y la meta compostelana

Hay muchas maneras de considerar y agrupar las consecuencias históricas del mito de Santiago.

Comencemos por el secular proceso de las peregrinaciones, por la dinámica demográfica que condujo a lo largo de los caminos europeos y españoles un aluvión contínuo de viandantes hacia la ciudad gallega.

La afluencia de peregrinos exigió que se construyeran rutas adecuadas. El camino hace al caminante, cierto es, pero el caminante también hace al camino. Y este Camino de Santiago, llamado por los europeos el Camino Francés, fue adaptándose a las necesidades del trasiego de peatones y vehículos, fue definiendo y modificando sus rutas principales a medida que la Reconquista avanzaba y las peregrinaciones crecían.

La antigua Guía redactada para el servicio de los peregrinos a comienzos del siglo XII indica que los caminos franceses, en número de cuatro, se unían como las varillas de un abanico en la vertiente norte de los Pirineos. Uno iba de Arles a Tolosa y escalaba los Pirineos por el paso de Somport; otro, de Puy a Moissac; el tercero, de Vézelay a Limoges y Périgueux, y el cuarto de Orleans a Burdeos cruzando por Tours, Poitiers y Saintes. Las tres últimas rutas confluían en el paso de Roncesvalles. Dentro de España, el trazado primitivo del camino siguió las vicisitudes de la Reconquista. Hasta el siglo XI los peregrinos que atravesaban los Pirineos debían escudarse en los montes Cantábricos para llegar al santuario gallego sin sobresaltos. Pero a medida que se ganaban tierras al árabe el abrupto sendero aprisionado entre las montañas y el mar buscó otras vías más llanas, otros derroteros menos fatigosos. Según las crónicas Silense, Najarense y del Toledano, como recuerda Gonzalo Menéndez Pidal(18), fue Sancho el Mayor quien cambió con sus conquistas el trazado del camino para llevarlo al *curriculum* de la vieja vía romana que con certera sagacidad topográfica recorría los descansados itinerarios de la meseta. De este modo el camino unía a Pamplona con Nájera, Briviesca, Amaya y Carrión. Cincuenta años después se construye un puente sobre el Oja y el Camino llega a Burgos dejando de lado la ruta más accidentada de Briviesca.

Alfonso VI de Castilla se preocupó mucho por el camino, dotándolo de buenos puentes, y veló por la seguridad del caminante facilitando la construcción de hospederías y limpiando la ruta de malhechores.

La ciudad de Santiago ve arribar así, por una ruta prestigiosa y guarnecida, largas columnas de peregrinos. Toda esa humanidad flotante inauguraba una especial forma de convivencia, una democracia andariega, un estilo dinámico y fugaz de confraternidad. Ricos y pobres, reyes y juglares, caballeros y santos, pícaros y damas nobles, aventureros y príncipes de la Iglesia, confraternizaban a lo largo del camino, se codeaban en sus albergues, entonaban juntos him-

---

18 Gonzalo Menéndez Pidal: **Los caminos en la historia de España.** Madrid, 1951; pág. 48.

nos piadosos y juntos ostentaban al regreso, como condecoraciones probatorias, las *vieiras* prendidas a las túnicas polvorientas.

En el cauce de este camino se mezclaban las aguas de un ancho río de hombres y de ideas que fecundaba a Galicia con los valores de la Europa románica y transportaba al regreso el legado español, islámico y judío reunido en un solo haz cultural. La diástole y la sístole del corazón compostelano hallaron en la ruta religiosa un sistema circulatorio donde el mundo atlántico y el mundo mediterráneo canjearon sus símbolos y sus destinos realizando así una de las más grandes síntesis culturales de la historia del espíritu europeo.

El camino humano, finalmente, se proyecta al orden estelar: en *Los Libros del Saber de Astronomía* del Rey Alfonso X El Sabio, a la Galaxia o "via noctea" se la denomina El Camino de Santiago.

Sobre el torso pedregoso de la gran vía peninsular, cantando el himno de Ultreya, llegaron a lo largo de tres siglos (y aún tres más, si se quiere) los compactos grupos de peregrinos que buscaban en Santiago la lumbre de la cristiandad. La lista de los más ilustres romeros —obsérvese que esta denominación emparejaba la importancia de Santiago con la de Roma —comprende reyes, santos, nobles, prelados, intelectuales y artistas. A Santiago fueron el Cid Campeador, Carlomagno, Velázquez y El Idrisi; San Francisco de Asís, el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, Luis de Camoens y Jacobo Sobieski, rey de Polonia; Santa Isabel, reina de Portugal, el Papa Calixto II cuando era Arzobispo de Viena, Nicolás Lankman de Falkenstein, Felipe el Atrevido duque de Borgoña, el Greco y Santa Teresa de Jesús; Van Eyck, Velázquez, Hans Memling y San Evermaro, el holandés; Guillermo, el Duque de Aquitania llamado por los poetas *Gillaume-au-court-nez*, San Simeón de Armenia, Eduardo I Duque de Gales, San Bernardo y el cronista Hernando del Pulgar.

De Egipto, Persia, Irlanda y Escandinavia, desde todos los pétalos de la rosa de los vientos euroasiática y norafricana, venían las caravanas de peregrinos. Y Compostela, ciudad, y Galicia, territorio, moldeaban su fisonomía al com-

pás de los aluviones humanos que le imprimían un crepuscular estilo de civilización, de desasimiento de la historia, de adormilado orgullo protagónico que no alcanzaban a despabilar las constantes purgas de la ironía.

Para servir y defender a los desamparados y pacíficos peregrinos el Arzobispo Pedro de Gundesteiz transformó a los Caballeros de Cáceres en Caballeros de Santiago y a mediados del siglo XII el rey Fernando instituyó la Orden caballeresca del mismo nombre. Pero lo terrenal no corrió a la zaga de lo espiritual. Los Caballeros Cambeadores se encargaron de fabricar moneda en Compostela mediante un privilegio otorgado por Alfonso VII y ello le rindió copiosas fortunas.

Evoquemos ahora la fisonomía humana y social de la ciudad gallega en el apogeo de su fama. Ya habían pasado los tiempos difíciles. No había que temer a la furia aniquiladora de los piratas vikingos ni a la mano incendiaria de otro Almanzor que volviera a repetir la terrible hazaña del 997. Almanzor, no obstante haber arrasado a la ciudad prohibió profanar el Santo Sepulcro del Apóstol combatiente y alrededor del mismo, intacto e invicto, surgió otra nueva ciudad. Esta segunda Compostela —o tercera si es verdad que los vikingos la desvastaron en el 968— fue sin cesar embellecida por sucesivas generaciones de prelados y reyes que se proclamaban, al hacer pie en el milagro tangible de Santiago, Pontífices y Emperadores, respectivamente, de la cristiandad de entonces.

La Compostela de los siglos XI y XII sintetiza en su inquieto mundo el despertar de la burguesía urbana europea y es una especie de escaparate violento y espectacular de un orden espiritual recién inaugurado, de una conciencia económica recién amanecida. No es Compostela una de esas aguerridas ciudadelas de capitanes engarzadas en el campo circundante que las confirma con el éxodo de campesinos en busca de una manumisión reparadora. Según Claudio Sánchez-Albornoz las ciudades del Reino de León "habían surgido desbordadas de ruralismo, como centros de defensa del país circundante, que vivían exclusivamente de la agricultura y la ganadería. Hijas del agro y de la guerra, fueron, pues, ciudades de campesinos y soldados, a un tiempo for-

talezas y centros de explotación rural". Pero "Compostela no. Compostela fue un centro urbano puro. Compostela había sido desde el primer día de su vida un templo y un mercado. Un templo, diríamos mejor, que había dado origen a un mercado. A un mercado y a una hospedería. A una gran hospedería para los peregrinos y a un mercado para los hospedados y sus huéspedes. Compostela medró, por tanto, de espaldas al campo, y fué, pues, la única ciudad del reino leonés puramente mercantil y clerical."(19)

Imaginemos el ambiente material y moral de esta ciudad regida por orgullosos prelados que, como Diego de Gelmírez, se sentían y actuaban como Papas.

Los comerciantes venidos desde todos los puntos de Europa habían organizado el sistemático saqueo de los peregrinos. Estos llegaban con mucha fé y con mucho dinero, y esto último era lo único que interesaba a los halcones sonrientes del mostrador. Fuera del templo, donde resuenan voces solemnes y músicas sacras, Compostela es una animada feria. Comerciantes, juglares y truhanes se disputan el dinero de los romeros. La Iglesia pide donativos y el mercado ofrece diversiones, reliquias, *vieiras* para colocar en los mantos, consejos de Celestinas, cábalas, artes adivinatorias, baratijas, *souvenirs*, cantos de taberna y tafurerías.

El arte románico adoctrina al peregrino con su Biblia de piedra, el incienso sahuma las procesiones, la pausada voz sacerdotal bendice a los fieles postrados de hinojos, y, junto a este reino sagrado, codeándose casi con él, están la Corte de los Milagros, la canción licenciosa, la furia libertina de los bebedores, el estallido carnal del medioevo popular y profano.

Un fluir continuo de riquezas dora las calles de Santiago. Galicia se sumerge deleitosamente en su opulencia y se ensimisma en su teatral boato, en su repetido ademán litúrgico, en su aprendida y puntual bienvenida a las multitudes de peregrinos. "Galicia se inmovilizó, porque sin hacer nada todo lo obtenía: visita de reyes y magnates, lujo, poesía de trovadores, comercio activo, donaciones incesantes;

---

[19] Claudio Sánchez Albornoz: **Españoles ante la historia,** pág. 80.

las nebulosidades de la vía láctea, entre las cuales galopaba el corcel de Santiago, descendían hasta el fondo del alma gallega."(20)

Nos parecen acertadas las transcriptas observaciones de Américo Castro. De igual manera es fácil comprender que "la constante proximidad con los misterios del santuario fomenta el escepticismo y la ironía" de quienes conviven diariamente con el aparato solemne de la oración, de la ofrenda y el deslumbramiento ajenos.

Agrega Castro que "para sacar el mayor provecho del peregrino hacía falta ser agudo y exacerbar el ingenio" y que "a la postre acabó por dominar cierto escepticismo antiheroico y una rara facultad para la intriga política".(21)

Todos estos rasgos de sociología urbana pueden complementarse con otros, entre los cuales figura el espíritu leguleyo del gallego. El derecho civil es hijo de la civilización, es el sustituto jurídico de la fuerza del bárbaro o de la magia del salvaje. El gallego urbano y el rural sintieron vigorosamente el mensaje de la pacífica convivencia. No recurrieron a la mano armada sino al imperio de la ley. Sustituyeron al palo por el pleito. Manejaron con rara sagacidad los textos legales. Y cuando la ley no daba recursos estaba en último término la blanda socarronería, la ridiculización delicada, la piadosa evasión de la ironía. Esto es todo lo contrario al espíritu de la *hybris*, de la desmesura. Es civilización hecha norma cotidiana, incorporada al ademán comprensivo del relativismo cultural.

Acerca de la secularización y de la mezcla de lo profano con lo sagrado, Castro nos ofrece una página ilustrativa y certera que merece ser citada en su integridad: "En la ciudad apostólica era continuo el rumor de extrañas lenguas y el espectáculo abigarrado de una inquieta muchedumbre. Dentro del templo, siempre abierto, había que imponer orden a la caterva de peregrinos, que, a empellones, pugnaba por instalarse cerca de la tumba sagrada. Los distintos grupos, según vimos, luchaban a veces entre sí para gozar del ansiado privilegio, y no era raro, además, que dejasen en la

---

20 A. Castro: **La realidad histórica de España, pág. 177.**

21 Id., **Ibid: págs. 177-178.**

ciudad gérmenes de pestilencias asoladoras. Príncipes, grandes señores, mercaderes, mendigos y truhanes, en confuso revoltijo, adoraban al Apóstol y ofrecían donativos, cuya vigilancia y manejo daba gran tarea a los canónigos-cardenales. Cada peregrino recibía testimonio escrito de su estancia y compraba la concha o venera, símbolo del Apóstol, cuya venta constituía negocio importante para un centenar de mercaderes. El alojamiento de aquella masa inquieta, y la gerencia de las riquezas allegadas tuvo en constante ajetreo a clérigos y seglares, y produjo frecuentes conflictos entre la Iglesia y los burgueses. Añádase a ello el ejercicio caballeresco de los clérigos, obligados a ir a la hueste cuando el rey los requería, puesto que el sacerdote era al mismo tiempo hombre de armas. El sentimiento religioso se disolvía así en burocracia, milicia, liturgia, pleitos y finanzas".(22)

La orden de Cluny en España

Más allá de la crónica perecedera o la anécdota menuda Santiago de Compostela se convirtió en el más importante centro de peregrinaciones religiosas del Occidente medieval. La afluencia demográfica, de carácter cuantitativo, arrastró con su flujo y reflujo una marea cultural que produjo perdurables consecuencias de orden cualitativo, tanto en España como en el resto de Europa cristiana. La aparición de "barrios de francos" —así se denominaban todos los extranjeros— que se desgajaban de los grandes contingentes de romeros, señalan en las localidades españolas de Burgos, Sahagún, Pamplona, Logroño, Losarcos, Puente de la Reina, Nájera, etc., el afincamiento de peregrinos que inauguraban de este modo un pacífico período de inmigraciones, de desplazamientos voluntarios y aceptados de poblaciones europeas.

Pero paralelamente se produce en España, de no modo espontáneo sino a solicitud del poder real, la penetración de la Orden de Cluny para hacerse cargo del Camino de Santiago y para dignificar los valores morales y rituales de la iglesia española de esos tumultuosos tiempos de obispos guerreros y sacerdotes padres de familia.

---

[22] Id. Ibid: pág. 186.

La Orden de Cluny fue fundada en el año 910 por Guillermo el Piadoso, Duque de Aquitania. Desde su origen aparece como la abanderada de una gran corriente ascética que no sólo pretende reformar la Iglesia sino imponer su gobierno espiritual en el mundo gótico. Se acercaba el Milenario y con él los temores del Fin de los Tiempos torturaban las mentes supersticiosas. Sobre las ruinas del imperio carolingio volaban los buitres de la rapiña guerrera. El pueblo era vejado y maltratado con vesanía por los nobles y por un clero olvidado de su cristiano magisterio. La corrupción imperaba en todas las clases sociales. Y para hacer aún más sombrío el panorama, las puntas de lanza de los normandos, húngaros y sarracenos amenazaban no ya los valores culturales sino la supervivencia misma de la humanidad europea.

Es precisamente en las zonas donde mayor era el peligro de las invasiones bárbaras y donde se presentía el derrumbe inminente de las estructuras económico-sociales, que nace el poderoso esfuerzo disciplinador de los cluniacenses.

El monacato, consciente de sus deberes y sus fines, se pone al frente de una reforma religiosa, de una renovación moral, de una rehabilitación de la persona humana y de los destinos de la misma en un mundo caótico.

Comienzan los cluniacenses por restaurar con rigidez la regla benedictina y por ganar la buena voluntad de la nobleza. Luego hacen gestiones ante la Santa Sede para que su Orden dependa directamente de la autoridad papal sin que se inmiscuyan en el funcionamiento de la misma las monarquías locales. Y, finalmente, difunden en el ámbito internacional europeo un programa de objetivos concretos de los cuales son activos propagandistas e impulsores.

Para fomentar la desvaída piedad de los laicos agitan la idea de la peregrinación y señalan tres posibles metas: Santiago de Compostela, en España; San Miguel, en el monte Gárgano, Italia; y Jerusalen, en Tierra Santa. A lo largo de las rutas que conducían a los tres grandes santuarios los cluniacenses se las arreglaron para sembrar hospicios y monasterios. De este modo se guardaba la salud física y espiritual de los peregrinos al tiempo que se señalaba insistente-

mente, a las masas andariegas y a los pueblos sedentarios, la presencia rectora de la Orden.

La Orden de Cluny se proponía —y lo logró— llevar su mensaje a todos los estratos de la sociedad. Desde las escuelas monacales y catedralicias, trascendiendo los clausurados muros de la celda y la soledad anacorética, buscaba mezclarse con la doliente humanidad de entonces para consolarla y guiarla. El monje se transforma en un sacerdote: no se limita a la meditación, al diálogo con Dios, sino que celebra los oficios de la misa en las iglesias y monasterios que, por otra parte, aumentan en número y se superan en calidad artística. Busca también la comunidad cluniacense instaurar la Tregua de Dios para dar un respiro al pueblo ensangrentado por los conflictos señoriales. La Tregua se impone y los inocentes pagadores de deudas ajenas, esto es, los campesinos y los habitantes de los poblados, pueden restañar sus heridas y trabajar en relativa paz.

Paralelamente, la Orden de Cluny impulsa, con el fin de regenerar hasta donde se pueda una sociedad de nobles disipados y embrutecidos, la inauguración de una ética caballeresca basada en la idea de cruzada, en la protección a los desamparados y en la Guerra Santa. De este modo se trata de encauzar la sanguinaria actividad de las clases aristocráticas, ofreciéndoles, a modo de *catharsis*, objetivos marciales y humanitarios religiosamente justificados que las desvíen de sus cotidianos choques en las contiendas feudales. Sobre tal rectificación de rumbos dice W. Weisbach que "la relación ideológica que de esta forma se estableció entre la caballería, la guerra y la gloria guerrera con empresas santas, condujo a que la Iglesia fomentase en medida creciente un culto a los santos guerreros".(23)

El culto dado a Santiago no estuvo ausente de la citada determinación cluniacense. La poderosa orden llegará un día a España y se instalará cómodamente en la misma. Pero, antes que ello sucediera, la resonancia de los milagros de Santiago había sacudido la conciencia europea y advertido a los estrategos espirituales de Cluny que ese rico filón religioso

---

[23] Werner Weisbach: **Reforma religiosa y arte medieval.** Madrid, 1949; págs. 27-28.

odpía ser explotado en beneficio de la tambaleante cristiandad medieval.

La alianza entre los soberanos españoles y Cluny era, por los motivos anteriormente expresados, un hecho predictible, una empresa meditada por unos y querida por otros. Y la alianza no tardó en establecerse con recíprocas ventajas. En efecto, la parte religiosa ganaba una nueva comarca europea, y la laica salía de su casi insularidad para revitalizarse con la *clarté* francesa y romper la celda provinciana que distorsionaba todas las perspectivas, cuando las había.

Dice bien Américo Castro que los antecedentes de la venida de los monjes de Cluny a Navarra deben buscarse en la relación de Sancho el Mayor con Guillermo V de Aquitania (24). El Duque de Aquitania era uno de los habituales peregrinos a Santiago de Compostela, a dónde concurría con el boato propio de un rey, rodeado de una numerosa comitiva. El Duque Guillermo V representaba el más firme puntal secular de la Orden de Cluny y su periódico viaje a España consagró la amistad de Aquitania con Sancho de Navarra y Alfonso V de León. De esa amistad surgiría, en un plano supraindividual, una fructífera *entente* entre Cluny y el Camino de Santiago que desde ese entonces comenzó a ser el camino de Europa o, si se quiere, el camino de Occidente.

Tras Sancho el Mayor reinan Fernando I y Alfonso VI, quienes consolidan la obra de aquel y entregan a Cluny la administración, en lo material y en lo espiritual, de la ruta compostelana. Aparecen las hospederías y los monasterios cluniacenses a la vera de la gran arteria demográfica que se transforma entonces en el "camino francés".

La entrada de Cluny a España tiene repercusiones más hondas. No se limita a recaudar ingentes sumas de dinero y dádivas en pago de la hospitalidad dada a ricos peregrinos ni a organizar de modo racional la afluencia y permanencia de las masas de romeros en Santiago de Compostela.

Lo fundamental de todo esto es que los reyes de España le piden a los monjes de allende los Pirineos que efectúen

---

[24] A. Castro: **La realidad histórica de España, pág. 165.**

una transformación de fondo y forma en la Iglesia peninsular, aquejada por las deformaciones inherentes a una actividad guerrera secularizadora en alto grado.

Los "afrancesados" del siglo XVIII tienen un lejano antecedente en la monarquía española del medioevo que procura abrir una ancha puerta a las renovadoras corrientes europeas. Con los cluniacenses penetran en España una considerable cantidad de sacerdotes franceses que de inmediato ocupan posiciones claves en el clero, a tal punto que el primer obispo de la reconquistada Toledo es de aquella nacionalidad.

Y con los hombres vienen las ideas, las instituciones, los ritos. El rito romano sustituye al viejo rito español-mozárabe(25). La introducción de la letra francesa facilita la intercomunicación literaria de España con Europa, lo cual favorece a su vez el perfeccionamiento de un estilo hasta entonces balbuciente y rudo. Finalmente, los monjes de Cluny, con gran experiencia en las cosas del siglo y sociólogos *avant la lettre* dotan a la iglesia española de una estructura más plástica, más liberada de las preocupaciones adjetivas, más eficiente en su doble función tradicional de salvar las almas y de orientar los poderes políticos.

La dinámica cultural del camino de Santiago

Por el Camino de Santiago Europa y España mezclaron sus sangres y sus sueños, sus aspiraciones y sus devociones, sus pensamientos y sus sentimientos.

Fue un juego de toma y daca, no premeditado por cierto, que actuó en las regiones donde los designios perecederos se ven burlados y superados por los intereses culturales del espíritu.

La España del norte y Galicia en particular recibieron por la caudalosa vía del camino epónimo el vivo y reiterado

---

[25] Los mozárabes eran los españoles cristianos que vivían en las zonas de dominio musulmán. El rito mozárabe o hispánico como prefiere llamarlo Pierre David, tenía una serie de peculiaridades. Durante la misa, por ejemplo, en algunas iglesias se tomaba leche en vez de vino y en otras se comía uvas.

mensaje de la plenitud medieval que no fue, como se quiso ver hasta hace unas décadas, una época de tinieblas góticas y si una "*grande clarté*", según la expresión de uno de los más sagaces historiadores franceses contemporáneos.(26)

Entre las contribuciones transpirenaicas hay algunas de valor adjetivo y otras de significado sustantivo. Como en todo legado cultural la paja se mezcla con el grano, aunque no debe desdeñarse la paja por el mero gusto de minimizar lo humilde. Las culturas no son selectivas en cuanto a la transmisión de bienes. Selecciona el intérprete de las mismas y, a menudo, engrandece lo pequeño y rebaja lo egregio a la altura del repertorio de valores personales o vigentes en su tiempo.

Dicen los estudiosos especializados en el tema que la contribución lingüística que recibió España desde el exterior por el Camino de Santiago no fue más allá de la epidermis idiomática, sin penetrar en el funcionalismo último de la cultura. Los monjes de Cluny incorporaron al lenguaje español cotidiano una serie de voces vinculadas a las actividades religiosas: fraile, dean, preste, monje, monja, chantre, etc. Américo Castro agrega las que tienen relación con la vida doméstica: jardín, chimenea, hostal, sergente (sirviente), gozne, charnela, colcha, colchón, jamón y otras. Pero de paso sugiere que la resaca de las peregrinaciones trajo consigo un buen conjunto de vocablos "relacionados con la vida de la canalla": arlote, belitre, bufón, gallofero, jaque, jeringonza, pícaro, titiritero, ribaldo, truhán, y así por el estilo.

Por su parte el habla popular gallega exhibe todavía una curiosa jerga utilizada por el tradicional y reputado gremio de los canteros o talladores de piedra. Se trata de "o verbo dos arginas", un argot medieval que en su arcaica estructura ha conservado voces del bajo latín. Los lingüistas que estudiaron esta jerga laboral en las comarcas de Geve, Caldas, Cuntis y Mourente, en las proximidades de Pontevedra, afirman que "o verbo dos arginas" es un dialecto borgoñón introducido por los canteros franceses que Ramón

---

26 Gustave Cohen: **La grande clarté du Moyen-Age.** París, 1945.

de Borgoña había traído para trabajar la piedra en los ambiciosos programas arquitectónicos de la Orden de Cluny.

Hasta hace pocos años se había magnificado la influencia transpirenaica ejercida en los campos del arte y de las letras sobre la cultura medieval española, a tal punto que se decía que tanto la épica castellana como la arquitectura románica de la Península eran de inspiración francesa. Pero los caminos no solamente traen sino que también llevan. Hoy se ha demostrado que la épica española surgió paralelamente a la francesa aunque ésta le quitó, en reiterados contactos, su aliento rudo, su primitivismo viril y algo desaliñado. De igual manera el arte románico francés recibió el influjo combinado del arte árabe y español mozárabe antes de difundir por Europa el aparato de lo *tremendum* plasmado en la Biblia de piedra esculpida por los imagineros en las fachadas y capiteles de las catedrales.

Una de las corrientes más significativas que penetró por el Camino de Santiago fue la de los prehumanistas y eruditos europeos que iban a perfeccionarse en la escuela de traductores de Toledo. Estos hombres traen consigo una concepción actualizada y sagaz de lo que entonces era el orbe intelectual de Occidente y fecundan con ella la intelectualidad española, anemizada por las tareas musculares y heroicas de la Reconquista. A su vez, al retornar, regresan con los frutos maduros de la cultura árabe que tan decisivamente influirán en muchas formas y esencias culturales de Europa.

Pero lo que sobre todo interesa destacar es que las peregrinaciones de sabios, santos, príncipes, nobles, soldados de fortuna, burgueses de la primera hora, pícaros, comerciantes y mendigos, transportan en sus alforjas espirituales el triple mensaje de la cultura académica, del saber popular y del gracejo folklórico que derraman, sin deliberación y con prodigalidad, en los campos, en las aldeas, en los santuarios, en los hospicios, en las ciudades, en todo el ámbito físico y humano de Galicia.

El gallego, ausente en la Reconquista —aunque representado en ella por el ministerio combatiente de Santiago— comienza desde muy temprano a contemplar las brillantes y variadas constelaciones del espíritu europeo. Lo que pedía

Ortega y Gasset a comienzos del siglo XX, lo que ponderaban con su propapaganda los "afrancesados" del siglo XVIII, esto es, la apertura de las fronteras ideológicas españolas al polen transpirenaico, estaba prefigurado de modo efectivo en la Galicia de los siglos XI, XII y XIII. Europa entera descendía por el Camino de Santiago hasta la matriz gallega, que desde la prehistoria había sido un *carrefour* de culturas mediterráneas y nórdicas, para transmitir a España un estremecimiento de ilustrado e intenso goticismo.

Pero en este proceso de dinámica cultural España no desempeñó un mero papel pasivo. Por el Camino de Santiago la Península disputada por mahometanos y cristianos envió hacia las capitales europeas vivaces gérmenes que las *élites* del norte asimilaron y desarrollaron.

En la actualidad se ha comprobado que por el Camino de Santiago emigraron a Francia poderosos esquemas culturales que fueron allí perfeccionados para ser luego reexpedidos como productos originales. Autoridades de la talla del estadounidense Kingsley Porter y del alemán W. Neuss han señalado que las esculturas románicas de los tímpanos de Moisaac y Cluny revelan influencias de los miniaturistas españoles que ilustraron el Comentario de Beato de Liébana al Apocalipsis de San Juan (siglo X). Estos Comentarios, tan famosos en su tiempo, inundaron a Francia con el reflujo de los peregrinos compostelanos. Las ilustraciones fueron realizadas, quizá, por monjes andaluces de neta cultura mozárabe refugiados en Cataluña. Con los manuscritos iluminados iban también las Biblias españolas ornadas con trabajos de marfil. Lo más razonable sería suponer que las ilustraciones a los códices hayan influido directamente sobre la pintura románica y que los trabajos en marfil hayan gravitado sobre la escultura de los tímpanos. No obstante hay indicios que los manuscritos mencionados, y otros al estilo del que se conserva en Utrech, vivificados por el aliento del mediodía arabizado —no olvidar, además, lo que los árabes deben a la cultura helénica— han incidido decisivamente sobre la escultura románica.

La arquitectura románica, por su parte, recibió directamente de Toledo, sede de la cultura mozárabe y bisagra estratégica entre el mundo islámico y el cristiano, elemen-

tos característicos llevados por los peregrinos jacobeos a su retorno. Emilio Mâle, en un estudio famoso, dice que los elementos hispanoárabes son fácilmente identificables a lo largo de los cuatro caminos franceses que convergían en la ruta española, ya descrita, a Santiago de Compostela. Entre los muchos ejemplos, que expone con su clásica autoridad en la materia, son dignos de recordar los arcos polilobulados de la abadía cluniacense de La Charité-sur-Loire, los modillones "a copeaux" en Notre-Dame-du Port de Clermont, la influencia de la mezquita de Córdoba en la Catedral de Puy-en-Velay. Estos casos, entre muchos más, inclinan a Mâle a pensar que una serie de elementos del arte árabe, algunos adquiridos en sus contactos con las culturas siria, bizantina y persa, emigran desde el sur de España al sur de Francia, a través de la alquimia estética de Santiago de Compostela y de la memoria visual de los peregrinos que retornaban desde el santuario del Apóstol. Dice Mâle que los capiteles en forma de cubo de la Iglesia Saint-Guilhem-du-Désert, erguida en la atmósfera luminosa del Valle de Heraut, son semejantes a los de la Alhambra de Granada y a los de la medersa Attarine, de Fez, Marruecos. Y luego de recordar que en dicha iglesia reposan para siempre los restos de Guillermo de Aquitania, agrega con ironía: "De este modo Guillermo, el viejo campeón de la cristiandad contra el Islam, tenía alrededor de su tumba capiteles árabes. Si lo hubiera sabido de antemano es probable que no le hubiera disgustado pues los poetas nos aseguran que se había casado con una bella cautiva musulmana".

E. Lambert va todavía más lejos que su colega E. Mâle y hace derivar la ojiva gótica de las cúpulas mudéjares con nervaduras.(27)

Una vez plasmado el estilo románico en Galicia —Galicia es románica, afirma Otero y Pedrayo—, la admirable obra realizada por el maestro Mateo en El Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago de Compostela inspiró a los imagineros que regresaban por el Camino de Santiago a

---

[27] Emilio Mâle: **Art. et artistes du Moyen-Age.** París, 1947. pág. 87.

sus hogares europeos. A. Kingsley Porter(28) ha rastreado las influencias del Maestro Mateo en el arte continental y sus comprobaciones son sorprendentes. En Inglaterra aparecen en las esculturas de la Catedral de York; en Suiza, en las catedrales de Basilea y Lausana; en Alemania, en la Catedral de Bamberg. Y Francia posee, por su parte, en dos de sus orgullos artísticos del medioevo, la delicada impronta del escultor español: el inolvidable rostro del Beau-Dieu de la Catedral de Amiens y la alada sonrisa del Angel de la Anunciación de la Catedral de Reims viajaron por el camino de Santiago, en el corazón entusiasta de los imagineros que, como el Goldmundo de Hesse, aprisionaban en la belleza serena del arte lo que la vida, "feria de melancolías", les negaba con sus cotidianas violencias y sus desdichas imprevisibles.

La épica y la lírica europeas, en particular la francesa, deben también mucho a los contactos, transculturaciones y ósmosis de fórmulas literarias que se realizaron a lo largo del camino de Santiago. En el capítulo V, al estudiar las constantes del lirismo gallego, nos referiremos particularmente a la fecundación realizada por la poética hispanoárabe en el arte de los trovadores provenzales.

Lo expresado no agota la lista de elementos culturales que dispararon por el tortuoso arcabuz del camino de Santiago una perdigonada de ideas y realizaciones que penetró profundamente en el cuerpo de la Europa medieval. Pero cuanto hemos expuesto hasta aquí, en forma muy resumida, creemos que alcanza para comprender el papel desempeñado por el camino *a* y *desde* la tumba del Apóstol en la sutil y laboriosa forja del alma de Occidente.

---

28 A. Kingsley Porter: **Romanesque Sculpture of the Pilgrim Roads.** 10 vol Boston, 1923.



Capítulo IV

GALICIA, ENCRUCIJADA DE DOS MUNDOS



La marginalidad gallega

Galicia se hallaba, en la Edad Media, en la periferia de lo español y en el epicentro de lo europeo. No se busque en esta afirmación el brillo gratuito de la paradoja sino el reflejo de una realidad cultural decantada por la historia.

La temprana occidentalización de Galicia la colocó al margen del drama ibérico de la Reconquista y al tiempo que la abría a las resonancias europeas hacía salir por su camino cosmopolita los productos del crisol de civilizaciones amalgamadas en la fragua hispánica. Y mientras el Islam, esto es, el Oriente africanizado, fundaba y mantenía a lo largo de ocho siglos una concepción del mundo, un estilo de vida y una provincia cultural en el plexo geográfico de España, Galicia adquiría fisonomía europea e incorporaba las escalas de valores de Occidente a su repertorio mental y material.

Poco estuvieron los musulmanes en Galicia al culminar la primera oleada. Y la invasión de Almanzor, cumplida mucho más tarde, sólo tuvo carácter militar y brevísima vigencia. Lo islámico no figura, pues en la panoplia cultural gallega. Lo que cuenta, en cambio, es su vinculación al núcleo de la europeidad mediante los buenos oficios del Camino de Santiago —continuo trasiego de multitudes, fluencia incesante que trasmuta lo cuantitativo demográfico en cualitativo espiritual— y la viva, extrovertida y multicolor romería congregada en la ciudad del Apóstol.

No obstante la excepción de Galicia y Asturias, España, más que ningún otro país de Europa, tuvo siempre contactos con el Africa. Algunos autores, exagerando tal circunstancia, han dicho que Africa comienza del otro lado de los Pirineos. Los franceses se complacen en hacer afirmaciones de este tipo. Les choca la desmesura española y la aridez ruda de las tierras castellanas, y consideran a España, tanto en lo social como en lo territorial, una prolongación de la "Isla del Extremo Occidente" que así se traduce la expresión árabe *Maghreb el Aksa.* Al pasar digamos, como réplica y antídoto relativista, que lo más europeo de

Africa, en la opinión de los propios árabes, era la romanizada *Africa minor* que un día avasallaron las caballerías del Profeta.

Elie Faure, fiel al citado criterio francés, expresa que el centro de gravedad de España no la inclina hacia Europa sino hacia el Africa, sobre la que está suspendida como una losa de granito, separada sólo por un estrecho brazo de mar.(1)

Invadida en la prehistoria por poblaciones africanas, colonizada más tarde por los fenicios y cartagineses y sometida luego por los fanáticos musulmanes, España siente, desde la primera hora de su despertar a la cultura mediterránea, el aliento ardiente del semitismo. El semitismo púnico es comercial e industrial; el semitismo judío es intelectual y planificador, sin desatender nunca las altas combinaciones financieras; el semitismo árabe es guerrero y religioso. Para contrarrestar las virtudes ascéticas y batalladoras de la pasión islámica, que gravita de modo decisivo durante la Edad Media, la zona española no protegida por la valla de los montes Cantábricos debe mimetizarse culturalmente y combatir al infiel con las mismas armas espirituales. "Cuando se conocen esas ciudades sombrías, Toledo, donde vivió el Greco, Avila, donde Santa Teresa transcurrió entre esos aires de piedra en los que no palpita más que la llama de los corazones y la llama del cielo, se comprende la completa fusión que se ha operado en el horno ibérico de esas razas antagónicas atraídas hacia Africa por la estructura del país y más aún por el grave peso de sus elementos étnicos. Se comprende también que la doble acción de dicho antagonismo y de dicha fusión haya desarrollado los caracteres esenciales que se reconocen en el árabe pero también en el español, obligado a cultivar las mismas cualidades del adversario por la resistencia a la vez que por la asimilación: furor guerrero, fatalismo, espiritualidad, desprecio del dolor y de la muerte, supremacía de la fé sobre la política, la economía y la nacionalidad".(2)

---

1 Elie Faure: **Descubrimiento del Archipiélago. Buenos Aires**, 1944; pág. 220.

2 **Id. Ibid. págs. 220-221.**

Hasta la irrupción del Islam en España ésta se mantenía, aunque algo rezagada por su secular orientalización —el semitismo ya anotado —y la menor influencia de las penetraciones bárbaras, uncida al viejo carromato de las tradiciones romanas.

Pero los árabes, al adueñarse de la orilla meridional del Mediterráneo y establecer una cabeza de puente en Iberia, cerraron el ciclo desintegrador iniciado por los bárbaros rubios.

Bien expresa Sánchez-Albornoz que si los bárbaros del Norte habían roto en el siglo V la unidad política del mundo antiguo, la marejada de los árabes acabó por arrasar la ya frágil unidad de civilización y de economía de los países romanos o romanizados.(3)

La invasión de los árabes quebró la antigua armonía entre las riberas norte y sur del mar Mediterráneo. La civilización europea "se *territorializó* al huír de las costas". "El mundo antiguo se escindió en dos mitades: la Europa germanizada, que hubo de abandonar el viejo mar de la civilización, y los países orientalizados, que permanecieron asomados a él. Y al escindirse en dos mitades el *orbis romanus* —aquella cuyo centro de gravedad retrocedió hacia el Norte y se feudalizó, y la que permaneció asentada a las orillas del mar y más apegada a la tradición mediterránea—, España, que ya por la naturaleza de su suelo pertenecía a esa porción del mundo antiguo, quedó momentáneamente dentro de la mitad islamizada del Imperio Romano."(4)

Galicia, por su posición geográfica pertenece a Iberia. Pero por sus tradiciones culturales se adscribe al ámbito europeo. Forma así una gigantesca bisagra sobre la cual gira la puerta colocada entre dos mundos: el islamizado del sur y el germanizado del norte que un día fueran hogar común de la *Pax Romana*.

Esta marginalización de Galicia, o mejor, esta bipolaridad de la historia gallega, la convierte en una encrucijada de caminos, en tierra de coloquios donde se enfrentan

---

3 Claudio Sánchez-Albornoz: **España y el Islam.** Buenos Aires, 1943; pág. 13.

4 Id. **Ibid.**, pág. 14.

dos Españas: la seca y la húmeda, la atlántica y la mediterránea, la semitizada y la germanizada, la de la claridad meridional y la de la bruma nórdica, la de las razas morenas y la de las razas rubias.

En definitiva, como veremos, no hay segregación del elemento gallego de la historia de España sino integración. Estas síntesis son frecuentes en la dinámica cultural española. El humanista egipcio Teha Husain Bácha descubre en el Quijote un cumplido ejemplo de las confluencias culturales citadas: "la figura material del héroe de Cervantes se apoyaba en el ciclo caballeresco nórdico" mientras que "el espíritu árabe le proporcionó los sentimientos y los gestos".(5)

Galicia adquirió su plena individualidad en la Edad Media. El estilo románico, y no el gótico, fue la expresión materializada de su cultura. Antes y después estuvo apartada del ritmo general de la civilización europea. Los valores fáusticos inaugurados por la acción y la pasión humanas del Renacimiento no encontraron eco en el alma gallega. Sólo el gran despertar romántico del siglo XIX logró conmoverla e incorporarla nuevamente a los procesos continentales. El romanticismo volvió sus ojos y sus sentimientos al pasado medieval. Exaltó el encanto misterioso de las ruinas. Renovó en el espíritu europeo el "pathos de la lejanía", los delicados mecanismos de la nostalgia. Y el gallego, a la vez románico y romántico, se sintió muy a gusto dentro de este florecimiento de la sentimentalidad melancólica.

Advierte Victoriano García Martí que así como los dos citados movimientos de carácter general europeo parecen haber coincidido con la vocación y el temperamento gallegos, también hay una serie de recíprocas ausencias respecto a la participación de Galicia en la historia de España y al pasaje de la historia de España por el meridiano de Galicia. Galicia ofrece a España la *mytomachia* del Apóstol Santiago pero no participa directamente ni en la Reconquista del suelo español ni en la conquista de América. A su vez, el centro de gravitación de la historia española no se ha instalado en

---

5 Rodolfo Gil Benumeya: **Hispanidad y arabidad.** Madrid, 1952; págs. 107-108.

Galicia "salvo unos momentos con motivo de las luchas entre doña Urraca y su hijo Alfonso VII, y más tarde, en algunos episodios históricos, como el de la contienda entre don Pedro el Cruel y don Enrique de Trastamara o el de la posición mantenida contra doña Isabel la Católica y en favor de doña Juana la Beltraneja."(6)

La historia de Galicia nos permite desentrañar la existencia de una perpetua tensión entre el universalismo de las grandes tradiciones europeas encarnadas en determinados momentos del proceso formativo gallego y el regionalismo de las síntesis que son el resumen de tendencias dispares conciliadas y armonizadas en la tierra galaica.

El regionalismo gallego parece ser así un marginalismo. Pero no lo es. Es una convergencia focal, una conjunción de civilizaciones combinadas de modo original, como lo veremos de inmediato.

Fusión de lo atlántico y lo mediterráneo

Quien llevó a sus últimos extremos la teoría de que Galicia es una perfecta síntesis de Europa fue Manuel Pedreira. Este escritor gallego, en un trabajo por momentos exaltado y encendido, lleno de lirismo y generalizaciones presurosas, ha establecido una teoría aventurada pero atractiva sobre el tema.(7)

Comienza Pedreira su ensayo afirmando que lo más europeo de Europa es Galicia. Y lo es, en primer lugar, por una razón geográfica: el vértice del ángulo marítimo formado por los lados atlántico (brumoso, taciturno, pálido), y mediterráneo (azul, luminoso, dorado) no es Gibraltar ni el cabo San Vicente sino Galicia. No se trata, claro está, de un ángulo topográfico, sino de un ángulo climático, vegetal, humano. Por tal motivo, agrega, Galicia es lo más europeo de Europa, porque lo europeo no es el Atlántico, ni

6 Victoriano García Martí: **Galicia, la esquina verde.** Madrid, 1954; pág. 17.

7 Manuel Pedreira: **Galicia, síntesis de Europa.** En GALICIA, Revista del Centro Gallego. Año XII, Nº 51. Montevideo, 1929.

el Mediterráneo, sino la mezcla y la confusión de lo mediterráneo y de lo atlántico.

Así como Ternaki Tobayiki, un sociólogo japonés, afirma que sólo un habitante de las islas niponas puede concebir la idea —abstraída de la realidad circundante— de un abeto nevado por el que trepa un mono, Manuel Pedreira dice que sólo a un hijo de Galicia le es permitido unir bajo su carnal pupila el espectáculo de un paisaje de la dorada Grecia combinándose con una visión de la Irlanda melancólica. De la helénica articulación de las costas, que introducen en tierra mansos brazos de mar, nos dan razón estos versos:

> "Xa fun a Marin
> xa pasei o mar;
> xa comín laranxas
> de teu laranxal."

Y de la humedad chapoteante de la verde Irlanda, la hermana en destinos de Galicia —fraternidad céltica y preéltica, melancolía de la gaita, desarraigo de la emigracion— nos hablan estos otros:

> "Adios ríos, adios fontes,
> adios regatos pequenos;
> adios vista de meus ollos
> non sei cando nos veremos."

Un griego y un inglés se hallarían en Galicia como en sus respectivos países, como en una prolongación de sus círculos familiares y sus paisajes queridos. Pero, además, "contemplarían, absortos y encantados, la *otra* Europa, el *otro* clima, el *otro* cielo, el *otro* ambiente, la *otra* flora europea que presentían sin conocerla en realidad."

Este milagro de complementación, de encuentro en una sola moneda del anverso soleado y el reverso brumoso, se produce porque en Galicia "la pradería vive confundida con los mirtos y cipreses y la encina y el naranjo y el olivo con el castaño, y los manzanos con el alcornoque y la higuera. Eucaliptus, y pinos y madroños, y rosales, y camelias se

entremezclan con la flora de los bosques boreales. Y pese a la humedad y a los cielos sombríos, se recoge la uva tostada, que es la gloria del Rivero, y que dió vinos apreciados por los Césares romanos.

"La sublime belleza de Galicia está en la superposición de dos paisajes tan distantes y tan distintos, como lo son el mediterráneo y el atlántico. Galicia es el beso de dos cielos y de dos tierras. Por fuerza aquí han de besarse las dos almas de Europa para que surja de esa chispa amorosa el alma única europea.

"Galicia es el país de la reflexión norteña y de la alegría andaluza· el Ferrol ha sido llamado, con sus astilleros y todo, el quinto reino de Andalucía; Vigo y La Coruña son ciudades del trabajo y del placer; Orense tiene fama de ser foco intelectual y ciudad de regocijantes burlas...".

Es por ello deduce Pedreira, que en Galicia se funden las almas de las dos Europas: la belleza y la vida desbordante del Mediodía y la tenacidad característica del Norte.

Y remata su estudio con reflexiones que trascienden lo psíquico para aventurarse en lo metafísico y en lo profético: "Los gallegos tienen el alma como la flora de su tierra mediterránea y atlántica. Hay cantores de la lluvia, de los zuecos, de la Atlántida hundida, del Colón gallego y del imperio celta cuyo cielo actual está representado por Galicia, Bretaña e Irlanda. Esto no impide que el ochenta por ciento de las palabras gallegas conserven una extraordinaria pureza latina, ni que Unamuno busque las raíces mediterráneas de nuestra habla, ni mucho menos que Zozaya haya comparado a la mujer gallega con las cariátides de Grecia.

"Y es que Galicia no es sólo Grecia ni sólo Inglaterra. En este cuerpo por excelencia europeo se cobija un alma esencialmente europea. Aquí el Pindo helénico vive cerca del *Land's End* inglés, sobre el Finisterre gallego; aquí el Faro de Hércules de origen feno-latino, domina las olas del *trueno*, que es lo que la palabra vasca *Orzán* ('ort-zán', ruido de nube) quiere decir. Aquí, la zanfona reproduce el salterio griego; aquí, la gaita de los *highlands* escoceses puebla de melodías y cantares los valles resonantes y cariciosos. Y de esta Galicia saldrá el espíritu europeo por antonoma-

sia, espíritu de unión, de fraternidad, de internacionalidad, de comprensión, que es el espíritu galaico por excelencia".

A pesar de sus evidentes exageraciones líricas la teoría de Pedreira tiene destellos de verdad. Seduce por su brillo. Claro que no puede saltarse impunemente de lo geográfico a lo anímico. Las generalizaciones, además, son traicioneras y al recuerdo de Zozaya, que compara la mujer gallega con una cariátide helénica, se puede oponer la descrición que hizo de la montañesa gallega el Archipreste de Hita en su Libro de Buen Amor. Pero un vislumbre de acierto circula tras la pasión entusiasta de Pedreira y es por ello que exhumamos su ensayo y lo entregamos, tres décadas después de escrito, a los lectores interesados en este siempre atractivo tema.

Geografía y espíritu

Hay una larga serie de pensadores, iniciada en la antiguedad griega y en la remota historia oriental, que pretende explicar los hechos sociales y culturales basándose en las influencias de los factores geográficos.

El sociólogo Pitirim Sorokin, que ha estudiado y criticado sistemáticamente estas teorías, dice que al principio uno queda impresionado por su brillantez y su originalidad; luego, al compararlas, causan perplejidad y aturdimiento las contradicciones y vaguedades; y finalmente, el hilo se pierde, no sabiendo que es lo válido en ellas, y qué lo equivocado y dudoso.(8)

En el caso de Galicia el determinismo geográfico ha funcionado generosamente en manos de los escritores. Son muchos así los que procuran derivar el carácter gallego, el estilo (no el nivel) de vida y el *fatum* étnico de la población, de la doble influencia de los factores telúricos y climáticos. Se ha querido establecer de este modo relaciones de causalidad donde sólo existen vínculos de coexistencia.

Pero no seamos de antemano tan escépticos y rudos. En este terreno, lo que se ha perdido en veracidad cientí-

---

[8] Pitirim Sorokin; **Teorías sociológicas contemporáneas.** Bs. Aires, 1951; pág. 107.

fica se ha ganado muchas veces en poesía. Y como el espíritu del creador o del receptor son los que en definitiva se enriquecen con estas interpretaciones literarias, escogeremos algunas para analizarlas en las páginas siguientes *sine ira et studio*.

Don Miguel de Unamuno, vasco de nacimiento pero castellano por dramática vocación de su alma, si bien prefería para vivir el yermo escenario de la meseta dejó muy expresivas semblanzas de Galicia.

Al llegar a la tierra gallega advierte que el relieve ondulante y la frondosa vegetación de castaños, pinos, robles y otros árboles que cubren las redondeces y turgencias del senil relieve dan al paisaje un marcado carácter femenino. "Y como tal atrae a sus brazos y llama a reclinarse en reposo en su regazo, a soñar en las haldas de sus montes; es un nido habitable, que seduce como un nido incubador de morriñas y *saudades*; es una naturaleza humanizada, hecha mansión del hombre, lugar de descanso en que os aduerme como caricia tibia un aliento de humedad y las quejumbres dulces de los pinos".(9)

Pero no nos engañemos. Este país "femenino" no entrega con tanta facilidad sus productos como sus bellezas. Si el paisaje exterior convida al reposo y al ensueño, la superpoblación y el agotamiento de la tierra arable obligan a un trabajo rudo, sin pausas.

Unamuno busca luego una poética explicación al impulso (¿o necesidad?) migratorio del gallego. La tierra dulce, acogedora, ha ganado el corazón del hombre, le ha remachado a sus flancos, le ha entibiado e impulsado a multiplicarse. Entonces, como no cabía más en ella, "ha tenido que verterse fuera, más por fuerza que de grado, emigrando por rebose y no por desasosiego de espíritu errabundo."(10)

Expresado esto pasa don Miguel de la dinámica del éxodo al hondo repliegue del alma gallega. La tierra materna del *homo galaicus* "mueve más conservar lo heredado que no a conquistar nada nuevo; cría más codicia que am-

---

9 Miguel de Unamuno: **Por tierras de España y Portugal**. Buenos Aires, 1946; pág. 165.

10 Id. **Ibid.**, pág. 167.

bición". Y todo porque la *terra nai* es "tan mimosa, tan sedativa." Los rasgos estuáricos del carácter gallego que acuña, al decir de José Pan de Soraluce, "hombres del Norte para el Mediodía y del Mediodía para el Norte", —otra vez el atlantismo en convivencia con la mediterranismo—, se deben, según Unamuno, a la vejez de la tierra y a la vejez de la casta, doblegada por el peso de una civilización muerta (¿o antigua?) que llena de cansancio el alma colectiva.

Después de estas interpretaciones fundadas en los factores telúricos, que recogiera en un libro publicado en 1911, Don Miguel de Unamuno reúne en 1920 las crónicas de nuevos vagabundeos líricos por los campos y ciudades de la península. Sus pasos los conducen otra vez a las rías bajas de Galicia. Destaca entonces las consecuencias del clima húmedo que, a su juicio, influyen en la mentalidad gallega. En la agrícola y marítima Pontevedra, tan densamente poblada, "los hombres viven como las ranas, casi encharcados, respirando humedad".(11) Toda la tierra del bajo Miño se adormila bajo las lloviznas, sumergida en un paisaje carnal y crepuscular a la vez, más musical que pictórico. Este vaho de lluvias y humedades suelda al hombre con su tierra, no lo deja despegar de su reclamo utilitario, de su fangal melancólico e imperioso. Don Miguel apunta entonces, con un gracejo no exento de veracidad y aún de profetismo histórico, que para hacer carrera en el mundo el gallego debe secarse los huesos. Y para secarlos sube a la meseta castellana o atraviesa el mar rumbo a las prometedoras ciudades de América. "En un caso suele llegar a ministro y cacique máximo; en el otro a millonario."(12)

Donde más deprimente y dolorosa parece ser la influencia de la lluvia es en los cementerios. Don Miguel fragua entonces toda una metafísica del camposanto gallego, con sus cipreses monásticos doblegados bajo el aguacero y sus tumbras encharcadas. Hay, dice, cementerios que parecen musitar "soñemos". Otros, muy otros, gritan "resucitemos". Pero estos mansos, húmedos y agobiados cementerios

---

11 Miguel de Unamuno: **Andanzas y visiones españolas.** Buenos Aires 1941; pág. 57.

12 **Id. Ibid.**, pág. 57.

gallegos, vencidos por las lluvias y los grises cielos parecen balbucir "durmamos". "Fluye allí por todas partes la invitación al dulce sueño sin ensueños, a dormir en el seno de la tierra, sin más, acaso, que la oscura sensación de recibir sobre la yerba que recubra nuestros huesos la lluvia que baja desde el cielo a consolarnos. Y esa lluvia calará hasta los huesos mismos. Y de todo ello se desprende un cierto vaho que languidece a la voluntad, que la enerva, que convierte sus impulsos en quejas o en zumbas, en llantos o en risas, en mismos y en recelos. Es un panteísmo de absorción".(13)

En esta frase se resume el pensamiento unamuniano ante Galicia. El sentimiento panteísta del alma gallega es hijo, en última instancia, del constante abrazo del agua que solidariza en su húmedo universo a tierra, cielo, plantas, rocas y hombres.

Años después de escritas las anteriores páginas, que fueron leídas con avidez por todos los españoles, y respondiendo a las apetencias intelectuales de la *élite* nativa, preocupada por la *galleguidad* antes que por el populachero *galleguismo*, Evaristo Correa-Calderón quiere fundamentar los condicionantes de la emigración gallega en los caracteres del relieve territorial y en la atracción del mar. Busca así las raíces geográficas del poético instinto del *Wanderlust*, que en la realidad es un reflejo condicionado por una penosa necesidad económica.

Las cumbres redondeadas del solar gallego invitan a descubrir lo que se oculta detrás de ellas. El relieve ondulante es una incitación al viaje. Los caminos sinuosos de los valles y los aireados caminos montañeses, rojos y blancos, por donde trepa el pastor, avanzan como meandros viales entre los altibajos del relieve. Impulsan a caminar, a descifrar su misterio, a pasar las cuentas del rosario de pueblos y ciudades atravesadas por su hilo itinerante.

En cambio, la sedienta Castilla no emigra. Ante los hombres de la meseta, enjutos como pájaros, se extiende la llanura anaranjada bajo un cielo sin clemencia. Los habitantes de estos páramos resecos y monótonos son místicos,

---

13 Id. Ibid., pág. 61.

extáticos, pues los remacha a la tierra la horizontalidad del paisaje y el peso de la atmósfera, altísima y pura. Sólo los rebaños son trashumantes. Los pueblos muestran en sus plazas y en los patios interiores silenciosos grupos de gente abrasada por el gran sol estival, aterida por el gran viento estepario del invierno. Y nadie se mueve sino es por los caminos de la evasión mística, hacia lo alto, o de la quietud definitiva de la tumba, hacia lo bajo.

El gallego, según Correa-Calderón, emigra compelido por el vaivén congelado de los valles y montañas. Llega así a la orilla del mar y en vez de detenerse ante el Océano que atemorizaba a los romanos y al hombre antiguo en general, busca inquisitivamente la otra orilla. "Ha visto el vuelo de las gaviotas sobre las mansas olas; ha visto marchar los barcos con las doradas velas latinas desplegadas al sol, y los ojos se le han ido tras ellas. Ha pensado que después de la curva cariciosa del mar verde y azul, hay largas tierras fecundas, ciudades nuevas y populosas."(14)

Por su parte, Victoriano García Martí expresa que en la dualidad constante del alma gallega está presente el antagonismo del mar y la montaña. El sentimiento de soledad y de aislamiento viene de la afirmadora sustantividad de la montaña; la nostalgia de lo infinito se despliega frente a la huída del mar. Ahora el mar es un camino pero antes del descubrimiento de América la melancolía de la presencia marina aumentaba por el hecho de que este mar no llevaba a ninguna parte y convertía a toda Galicia en un desesperanzado Finisterre.

La gente de la montaña tiene el alma encogida y sobrecogida, crece bajo el signo de la humedad como las plantas y destila solitariamente, recatadamente, su zumo humano. Pero el mar y el puerto redimen de la estrechez de la carcel telúrica. Allí el alma respira, se expande. Y la redención no es sólo moral e intelectual. Es también material, pues el mar es el camino de los que se van en busca de la fortuna que no puede darles la tierra superpoblada y maniatada por el minifundio.

---

[14] E. Correa-Calderón: **Indice de utopías gallegas. Madrid, 1929; pág. 9.**

"Factores físicos tan señalados como el mar y la montaña tienen que ejercer una influencia muy característica en la psicología de las gentes, muy distinta de las que viven en las llanuras. Mar y montaña se contraponen y fomentan esa dualidad tan propia del alma gallega: timidez y gusto de la 'aventura'; rudeza y dulzura; humildad externa y desdén íntimo por todas las grandezas humanas; seriedad y humorismo... No puede ser, pues, el suyo un espíritu unilateral y seco como el de los habitantes de la llanura".(15)

La antítesis entre el paisaje de la paramera castellana, árida como la faz de un metálico planeta, y el paisaje tierno y verde de la ondulada Galicia inspira a E. González López páginas dictadas por la misma concepción determinista que las anteriores.

El hombre castellano no se siente compenetrado con la tierra sino enfrentado a la misma. Su silueta se destaca como una nítida escultura entre la tierra parda y el cielo transparente. El hombre gallego, por lo contrario, "vive en comunidad sentimental con la tierra amante".(16) Camina rodeado por las suaves alturas, metido en las escondidas sendas que orillan los arroyos y los cultivos, confundiendo su trajinar laborioso de hormiga con el fondo esmaltado y abigarrado de las praderías, circundado por una blanda bruma que lo fusiona con el cielo bajo y el paisaje humanizado.

El panteísmo gallego se origina, según González López, en la fraternidad universal que impone el escenario geográfico. "Esa tierra dulce y mullida, tierra de matices y de nieblas, sin perfiles duros y agudos que separen el cielo del suelo, el mar de la tierra y el hombre de la naturaleza, es un terreno favorable para el panteísmo. La naturaleza gallega que une el cielo con la tierra y el hombre con los demás seres de la creación, es el campo propicio para el nacimiento de una concepción del mundo y de la vida en la que se identifica el creador y lo creado; y se ve el latir de la propia divinidad en nosotros mismos, en nuestra alma, y en todo lo que nos rodea."(17)

---

15 Victoriano García Martí: **Op. cit.,** pág. 150.

16 Emilio González López: **Galicia, su alma y su cultura.** Buenos Aires, 1954; pág. 27.

17 **Id. Ibid., pág. 33.**

También la *saudade*, el norte magnético del itinerario espiritual gallego, es atribuída por muchos ensayistas a la milenaria gravitación del mundo físico.

X. Rof Carballo, que retornará muchas veces más a estas páginas para iluminarnos con sus inteligentes interpretaciones, ha dedicado al tema de la *saudade* páginas muy expresivas.

Para él la *saudade* obedece a un oculto mecanismo geográfico. La nostalgia de la tierra, dice, es condición de todos los humanos, y el viajero o el emigrante aguardan siempre el refugio del hogar materno, del pago querido, como un antídoto final contra las desventuras y trabajos padecidos fuera de la patria.

Pero dentro de esta actitud genérica, los gallegos, los portugueses, los suizos y rumanos son hombres de sorprendente tendencia nostálgica, aguzada hasta el extremo. ¿Por qué tales pueblos padecen este extraño *sino*, este *fatum* que un buen día desencadena en las almas la delicada tormenta de la melancolía?

Rof Carballo evoca entonces a Kunz, un pensador suizo que ha mostrado (lo cual no significa que haya demostrado) la relación existente entre la nostalgia y el *pathos* de la lejanía, "es decir, entre la nostalgia y esa singular sensación que da la lontananza y que presta a las cosas que se dibujan en el horizonte una extraordinaria limpidez, una gran pureza"(18). La saudade portuguesa, la morriña gallega, el *dor* rumano, la *heimweh* suiza, son "sentimientos de pueblos montañosos, ricos en montículos, en colinas o en altos riscos, desde los cuales puede divisarse siempre, en toda su pureza, el horizonte sobre el que se destacan, embellecidos, los elementos del paisaje, entre ellos las cordilleras o las cadenas montañosas azuleando en la lejanía. Se trata también de un sentimimiento de pueblos que habitan países verdes y húmedos, en los que la naturaleza se presenta no en desnudez geológica sino con ropaje vegetal, no como un reino de rocas y cristales, de quebradizas formas minerales, sino como un mundo revestido en todo momento

---

18 X. Rof. Carballo: **Mito e realidade da Terra Nai.** Vigo, 1957; pág 40.

por el verde milagro de la vida. Pero, además, este mundo ha de conservar, para ser saudoso, el carácter de naturaleza; la huella del hombre, la impronta del jardinero o del hortelano han de ser escasas. Sólo así actúa en nosotros en forma sagrada, en forma de ese 'verde sagrado' que nos renueva y nos rejuvenece —del que hablara ese poeta sorprendente que fue Hölderlin—, transmitiéndonos en todo momento una oculta savia que pone en comunicación nuestra sangre con la vida vegetal en torno."(19)

En el caso de Galicia el mundo verde responde tanto a la mano del hombre como al desaprensivo patrocinio de la naturaleza. El color verde de la campiña gallega es una loa al trabajo humano. Pero aceptemos provisionalmente el argumento de Rof Carballo coincidiendo que la sigilosa y permanente colaboración de la lluvia es un factor natural digno de tenerse en cuenta.

Para que se dispare la ballesta de la saudade y parta su flecha sutil no basta la naturaleza vestida de verdes delantales ni el azulado y lejano perfil de las montañas acostadas de cara al cielo. Se necesita la colaboración de las nieblas, además. Dejemos, sin embargo, que Rof Carballo nos introduzca antes a la etnología del color verde para luego presentarnos el último personaje de la trinidad de la nostalgia. "En una interesante obra sobre el sentido trascendente de los colores, un pensador germano, Werthmüller, clasifica a las culturas según su preferencia por un color de la gama cromática, preferencia que parece estar profundamente condicionada. Las culturas 'verdes', según él, fueron siempre culturas ganaderas, pueblos pastorales, en los que ha predominado el régimen matriarcal(¿?). Pero no basta con pertenecer a ese mundo de vegetación casi perenne, de verdor incesante, en el que el verde sombrío de los pinares al atardecer, en el crepúsculo, es infinitamente distinto al verde esmeralda de los prados húmedos o al verde juvenil y recién nacido del maíz exótico. Pues los verdes no son nunca un color, sino una incesante salmodia, jamás monótona, en la que la gamas del pigmento vegetal se despliega en mil gamas musicales. Ni basta, tampoco, para ser hombre sau-

---

19 Id. Ibid., págs. 40-41.

doso, ser hombre de montañas. Ambas condiciones, la naturaleza todavía libre y la montaña crean, a su vez, una tercera condición también imprescindible: las nieblas. Para designar este fenómeno que, en otras partes, no pasa de ser un accidente meteorológico más o menos inoportuno, hay en los países con saudade multitud de nombres. Porque en ellos las nieblas son seres múltiples, diversos y casi divinos, por su versatilidad y su carácter misterioso. Son seres que surgen caprichosamente; ya son nieblas delicadas como un sutil vapor, ya espesas y dramáticas, ocultando el bramido del océano o el crujir del glaciar, signos ambos de que el hombre sigue estando, aún hoy, a merced de la ira de los elementos. Así, en gallego, además de *néboa* tenemos *brétema, boira, mera, garúa, nebra* y mil términos más. La neblina vuelve misteriosa a la lejanía; potencia, por así decirlo, la lontananza, la hace más remota aún, más inasequible, más misteriosa. Teixeira de Pascoaes, el gran poeta portugués, un gran amante de Galicia, a la que ha dedicado el libro que acaso constituya su mejor obra —*Maranos*— es un gran cantor de la niebla, dialoga con ella en las cumbres de los montes portugueses y, entre sus girones, surgen las principales figuras de su poema. A través de la niebla la lejanía adquiere un carácter extraño y por esta razón puede hablarnos, con melancolía, de

'a aparencia difunta das distancias'.

Fácil es comprender que cuando el pueblo saudoso, es decir el pueblo con *pathos* de la lejanía, se encuentra situado geográficamente junto al mar ignoto, al mar de horizontes inasequibles, envuelto en nieblas reales y en nieblas ideales, con la presencia constante del misterio, o sea cuando ese país está en la ribera atlántica, ese *pathos* de la lejanía va a sufrir un incremento y a multiplicarse, como una raíz que recibiese de pronto rica savia y ahondara hasta los estratos más profundos del alma colectiva.''(20)

Y finalmente, tenemos que citar un determinismo geográfico al revés, de ausencia y no de presencia, registrado en la última obra de E. Correa-Calderón. Según este escritor

20 Id. Ibid., págs. 42-43.

la saudade —que examinaremos con detención en el capítulo VI— es la nostalgia de una tierra definitivamente perdida, de una Atlántida naufragada como un navío geológico en el mar o en el tiempo. El *dor* rumano y la *saudade* gallega son hermanos por descender del mismo sentimiento de exilio que reinaba en el espíritu de los celtas. "Tal vez el sentimiento por la pérdida de una patria antigua, de una Atlántida ideal, donde se halle, si ha existido, haya sido llevado por sus ascendientes remotísimos a las costas próximas, ya exploradas, iniciándose entonces una cultura rudimentaria, de gentes que nacen de nuevo a la vida, en lucha con el medio, que sienten un terror sagrado ante las aguas, pero que no saben, que no pueden vivir lejos de ellas, de su poderosa fascinación, hasta el punto de que este 'círculo sentimental' pudiera limitarse a las riberas atlánticas y se hubiese perdido en las tierras del interior. Parece como si de generación en generación se fuese borrando el origen de este dolor ancestral, desvaneciéndose al cabo de los milenios en vaga reminiscencia, en esa cosa indecisa que se estremece en los cánticos lejanos, en la congoja de sus versos, en los mismos trémolos de la voz humana, en esa tristeza que conturba el corazón de los que están lejos de los suyos y de su paisaje diario."(21)

No se crea que hemos agotado el tema con la anterior muestra .Hay mucho más y en todos los tonos. Es la secuela inextinguible del determinismo geográfico, la herencia caudalosa de Taine. Y como las ciencias de la sociedad y la cultura han podido muy poco todavía contra la avalancha de las generalizaciones espectaculares y el filosofema seductor, la ensayística permanece dueña de este terreno. Es posible que pueda establecerse, en determinadas condiciones, una cadena causal entre la Naturaleza y el Espíritu. Pero cuando entre ambas se halla la cultura, la segunda naturaleza inventada por el hombre y potenciada por la historia, es mejor guardar estas meditaciones para el minuto dorado de la poesía y no para la exigente hora de la verdad.

---

[21] E. Correa-Calderón: **Teoría de la Atlántida.** Madrid, 1959; págs. 109-110.

La falacia del celtismo

Así como la duda metódica sobre cualquier determinismo —el geográfico, el económico, el político— es la mejor actitud a adoptar frente a las exageraciones unilaterales de ciertas teorías, es prudente también desconfiar de los datos de la pretendida "psicología de los pueblos".

La psicología de los pueblos es, como ha dicho W. E. Muhlmann un "fruto tardío del pensamiento romántico". Descendiente del *Völkgeist* —espíritu del pueblo— tan caro a los pensadores alemanes y en particular a los seguidores de Herder, halló en la *Völkerpsychologie* de Lazarus y Steinthal una continuadora fiel que buscaba penetrar en el alma popular por el camino de las costumbres, el idioma, el arte y la religión. Más tarde Wundt quiere fundarla científicamente y a lo largo de diez gruesos tomos, en los cuales rechaza el anterior "misticismo" de sus paisanos, procura iluminar los procesos psíquicos que surgen de la interacción social y no de la aislada conciencia individual. Pese a los esfuerzos de Fouillée y de Miroglio, que escriben sus trabajos a principios de este siglo y en nuestros días(22) no pueden aceptarse como definitivas las generalizaciones de esta pretendida ciencia, si bien existen ciertos rasgos peculiares en el seno de cada nacionalidad definidos por el rumbo de la evolución histórica o por las modalidades de la cultura.

Las fallas de la psicología de los pueblos surgen fácilmente cuando un conocedor empírico de la caracterología regional compara las abstractas generalizaciones de los tratadistas con las singularidades del genio local.

En el caso de España no faltan las interpretaciones del citado tipo. Pero desde ya puede asegurarse que la inmensa mayoría de las mismas giran en derredor de lo castellano. La luz y la sombra de Castilla, magnificadas por la principalía política de ésta, han ocultado al observador extranjero la co-

---

[22] Al respecto pueden consultarse Alfred Fouillée: **Bosquejo psicológico de los pueblos europeos**, Buenos Aires, 1943; Salvador de Madariaga: **Bosquejo de Europa**, México, 1951; Hermann Keyserling: **Europa, análisis espectral de un continente**, Madrid, 1929; Abel Miroglio: **La Psychologie des peuples**, París, 1958; **Revue de psychologie des peuples**, Le Havre.

existencia de otras Españas. El espíritu castellano, obsesión de la generación del 98, es el protagonista de todas las teorías y doctrinas de lo español cuando hay, en la misma Península, zonas periféricas que afirman, con sus dialectos, sus tradiciones, sus historias locales, un destino particularista que otorga a lo español una diversidad que no puede ser ignorada a riesgo de incurrir en una parcialidad engañosa.

No existe un españolismo unitario, sino distintos estilos españoles o penisulares, pues lo portugués no puede segregarse de su patria geográfica y espiritual. A título de riesgosa aventura del pensamiento, y por una senda que no es científica sino intuitiva, puede hablarse por lo menos de cinco estilos peninsulares: el iberismo castellano ,el celtismo gallego, el lusitanismo portugués, el punicismo catalán y el tartessismo andaluz. Y quedan fuera del cuadro el euskarismo vasco, el pelayismo asturiano, el arabismo murciano, el fernandismo aragonés, etc.

Reiteramos que no creemos mucho en estos rótulos colectivos, sean los nacionales generalizadores, sean los locales, teñidos por la anilina regionalista. Pero como en la tipificación del alma gallega se recurre siempre al comodín del celtismo hemos lanzado estos otros ismos al ruedo para concederles, valga la jerga taurina, la gracia de la alternativa. Comparando estos esquemas provisionales es posible que surjan algunos rasgos del alma popular española cuya definitiva caracterización será establecida por la monografía sociológica o el estudio de actitudes.

Comencemos, ahora si, con el celtismo.

El término, digásmolo de antemano, no nos convence en absoluto. Lo menos céltico de España es la región del Noroeste, donde el trasfondo racial y étnico —etnia no es raza sino presencia y conciencia de una comunidad cultural— responde a las raíces precélticas ya estudiadas en el capítulo I. Por su parte los celtas constituyeron un pueblo que, como lo advirtiera Mommsen y lo confirmara Hubert, sirvió de levadura a una civilización naciente al tiempo que perdía su nacionalidad. Los celtas se metamorfizaron rápidamente allí donde acamparon. Fueron absorvidos por las culturas locales, engullidos por el espíritu aborígen de los "hijos de la tierra". Sólo poéticamente puede admitirse el ánimo vo-

litivo del celtismo en la fundación de una atlántica Europa de los Finisterres —fundación deliberada y consciente, se entiende— pues los celtas se perdieron por los caminos de Eurasia sin voluntad de imperio, impulsados por una osura *Lebensmut*.

El celtismo es una hipótesis; en cambio el europeísmo gallego es una verdad histórica. Otero y Pedrayo dice que debemos hablar del celtismo gallego mientras no se descubra una conciencia histórica anterior. Pero con el celtismo gallego sucedió algo semejante a lo ocurrido en América meridional con el folklore pampeano y andino, "reinventado" por los músicos urbanos del área rioplantense cuando fue necesario contrarrestar los imperialismos económicos y mentales mediante una revancha estética que afirmara los valores del perdido autoctonismo. Las *élites* gallegas del siglo XIX, bajo el impulso de la política romántica y del romanticismo literario, salieron en busca de su trastienda histórica, de su ancestro sustantivo, de su originalidad precastellana y anti castellana. Y en vez de contentarse con el trasiego de humanidades y culturas impuesto por el camino de Santiago en el medioevo saltaron hacia el remoto pasado céltico.

Este presentido celtismo o adivinatoria celtomanía se orienta hacia el pasado utilizando los lazarillos arqueológicos de los castros y citanias, la protohistoria más literaria que científica de los cronistas romanos y las supervivencias tradicionales de edades míticas en las cuales la naturaleza y el hombre formaban una entidad fraterna. No vacila, por otra parte, en mezclar los menhires con los druidas cuando aquellos, en puridad, pertenecen a la cultura megalítica, anterior en más de dos mil años a la expansión céltica. Además vincula los cultos marinos con los solares en un confuso panteísmo —un animismo, sería mejor— que todo lo abarca en su concepción (totalmente imaginada) del mundo y de la vida.

Otero y Pedrayo dice que "por muchos caminos podemos sospechar la psicología de la cultura celta"(23) sin que ninguno de ellos, agregamos nosotros, pueda darnos una ru-

---

[23] Ramón Otero Pedrayo: **Historia de la cultura gallega**, Buenos Aires, 1939; pág. 20.

ta certera. En el caso de un gallego intelectualizado, el invisible y permanente mensaje del celtismo "se manifestará, por ejemplo, en la ausencia de una rígida dogmática, en la tendencia al ensueño y a la figuración de vidas que él nunca podrá vivir, en una enorme ironía, en la sucesión arbitraria de exaltaciones y depresiones aún bajo la aparente solidez de una vida disciplinada". En el caso de un hombre de pueblo, de un obrero, de un campesino, de un pequeño burgués de limitado horizonte, el celtismo se manifestará en que "no pasará indiferente, de noche, por el cementerio ni llegará nunca a pensar que el bosque, la luna o los maizales son cosas absolutamente mecánicas y dotadas de una vida indiferente o sometida. Ese hombre, aunque no lo confiese jamás, experimenta la presencia callada y misteriosa de poderes, de almas amigas o enemigas, en todas las formas de la naturaleza, aunque sea un buen cristiano"(24). Animismo; sentimentalismo; ironía que, como en el caso del pesimismo tan bien estudiado por Ludwig Marcuse, revela "un estado de la madurez"(25); solidarismo; destreza en el arte de convivir; melancolía uterina por mundos perdidos en el "allá lejos y hace tiempo" de la *saudade;* camaradería entre los datos de la vida objetiva y la vida subjetiva; alteración de la inmediatez del mundo por las mediaciones del trasmundo y el metamundo: he aquí algunos de los rasgos del celtismo que erige a la gaita doliente en su símbolo estético y filosófico. La gaita céltica desciende de las montañas cantando como el viento y quiere ser escuchada por todos pues trae un mensaje que no se puede eludir. El alma de la gaita sólo entrega su secreto en medio de la naturaleza plena, junto a las rías apacibles, levantando su chorro sonoro en las romerías multicolores, bajo el cielo que llora y sueña al compás de su gemido melodioso. No se concibe una gaita prisionera ni un gallego racionalista e individualista. Pero ambos casos, sin embargo, se dan con frecuencia...

Y este es, en resumen, el celtismo. ¿Por qué no hablar, mejor, de galleguismo? ¿Por qué no ir más lejos en el afán

---

24 Id. Ibid., pág. 21.

25 Ludwig Marcuse: **Pesimismo, un estado de la madurez.** Buenos Aires, 1956.

de buscar antecedentes milenarios y preferir un hipotético ligurismo a este hipotético celtismo? ¿Por qué no detenerse en la edad de oro medieval y celebrar las primicias europeas de un santiaguismo religioso y sociológico?

Frente a este pretendido celtismo que liga a Galicia por lo bajo a las divinidades chtónicas de la prehistoria y que en la realidad histórica se convierte en el más puro europeísmo para vincularla por lo alto a la gran tradición de Occidente, se hallan el lusitanismo portugués, el iberismo castellano, el tartessismo andaluz y el punicismo catalán. Todos estos esterotipos son vidrios de colores locales que tamizan la agria luz de la hispanidad. Prácticamente sirven aunque más no sea, para aplacar el simplismo del extranjero que enjuicia a los españoles, teniendo sólo en cuenta un cuadro del Greco, el apostolado de San Ignacio de Loyola o el coraje de Dominguín.

El lusitanismo es una frustración. Portugal nació para ser un país mediterráneo, para sobrellevar sobre su cintura la dorada fatiga de un trópico y está condenado a contemplar un mundo que no ama y a emprender aventuras lejanas más allá del Océano. Una raza mediterránea, un cielo mediterráneo y un agro mediterráneo condenan al pequeño prisionero del Atlántico a un triple y desconsolado exilio. Detrás de las largas navegaciones los portugueses buscan un remedo del inasequible Mediterráneo. Se les ve en las Molucas, en Goa, en Brasil, en las costas africanas, de espaldas al Atlántico y su bruma, persiguiendo siempre la caliente gracia del sol y el verde encendido de la flora. "Y Portugal se resigna, por necesidad y por virtud, a ser atlántica, y es tal el tirón que da para apartarse del amor prohibido, que Portugal se desgaja de la Península Ibérica, se recluye tras de conventual frontera, y allí, aislada, llora el sollozo de su eterna saudade."(26)

Castilla, asentada en su páramo, piedra urbana sobre piedra telúrica, desierto rural sobre desierto planetario, es un arco tendido por la voluntad y el ascetismo. Desde su roca, desde su parda tierra más rica en historia que en paisajes, dispara sus flechas hacia la desmesura heroica. Y to-

[26] Manuel Pedreira; Op. cit.

das dan en el blanco del orgullo ritual, del desdén sombrío, de la hombría en perpetuo desvelo. Castilla, corazón de España pero no toda España, maestra en el arte de bien morir sin haber nunca aprendido la artesanía del buen vivir, es el anverso de Galicia. Su melancolía no es la vaga *saudade* del gallego o del portugués sino que nace de la recalcitrante evocación de una hispanidad universal ganada y perdida por sus enjutos capitanes de ejércitos y de almas. El iberismo de Numancia, la hazaña de la conquista de América, la furia española desatada en los campos de Nápoles y en los campos de Flandes, la lucha ocho veces centenaria contra el moro atemperada apenas por la ternura del Romancero, el coraje siempre derrochado a manos llenas (y con el coraje, la carne devorada por las sanguijuelas del ganivetiano doctor Sangredo), no configuran solamente una sucesión de episodios históricos sino una progresión geométrica de traumas. No se padece impunemente la actitud agónica descripta por Unamuno ni el privilegio de una grandeza dura y usuraria consigo mismo. El ejercicio reiterado de este titanismo desembocó al final en los dolientes pueblos pintados por Azorín, en las tierras terribles de los Alvargonzález cantadas por Machado, en el mundo ácido del desencanto descripto por Cela.

Andalucía es otra cosa. Tan o más marginal que Galicia, su tradición tartessiana mira hacia el Africa y hacia el Oriente bíblico y arábigo. En ella impera la norma vegetal, tan bien teorizada por Ortega y Gasset(27). La gracia, el ángel y el duende de los pueblos mediterráneos erigen en las vegas ardientes del sur otra floración de símbolos. El histrionismo de los gitanos y la vida al aire libre del zoco se manifiestan en la palabra rumbosa, en el gesto expresivo, en el sentido estético del ocio, en la gratuidad ornamental del "salero", en el juego apasionado del amor. Andalucía es opulenta en su estilo exterior pero íntima e individualista en el interior de sus patios. Y así como Galicia, cautiva de la gaita, puede resumirse en una quejumbrosa y bucólica aulodia de Dionisos, Andalucía es la urbana citarodia de Apolo.

---

27 José Ortega y Gasset: **Teoría de Andalucía.** Obras Completas, T° VI, págs. 111-120.

En la nieta de la cítara, precisamente, en la nocturna guitarra que titila delicadamente en los patios, cercados por arcadas y soportales, se revela la ciudadana armonía que los antiguos navegantes griegos y fenicios trajeron hasta sus costas. Lo apolíneo, empero se combina con la irradiación mágica, tan bien estudiada por Spengler, de la cultura árabe del califato de Córdoba. Y como lejano telón de fondo, el mítico Tartessos, imaginado ya que no hallado por Schulten, combina una temprana alegoría de paisajes, de ciudades multicolores y de cultivos opulentos, que hoy intentan rescatar, como un paraíso perdido, el *cante jondo* del *cantaor* y el zapateo obsesivo de la *bailaora*.

Cataluña, la otra gran marginal de Nordeste, es también mediterránea pero no con el churriguerismo florido de Andalucía sino con un sentido pragmático que si no heredó del púnico mereció recibirlo. Antes que Castilla empuñase el guantelete de hierro de la unidad española Cataluña enviaba sus naves al otro Levante, a las islas y penínsulas del Egeo, al Oriente otomano. Sus hazañas náuticas obedecían a motivos comerciales. Pero en la superestructura cultural impulsora resplandecían una concepción humanística y un sentido burgués de la vida que se anticipó en siglos al ademán mezquino del capitalismo calvinista. Amiga de las artes y de las empresas racionalizadas y racionalizadoras, equilibrada y práctica, pulcra y rica, Cataluña halló en su punicismo sin mercenarios una fórmula ideal que ofreció a toda España para integrarla, antes de sus desventuras, al gran concierto de una Europa sabia y tetcnificada, metódica y progresista. Pero, como expresa un personaje de Ciro Bayo, la *pubilla* Cataluña no fue escuchada por el *hereu* Castilla. "Con la hegemonía castellana, los nietos de los almogávares colgaron sus armas, y los caballeros catalanes, con raras excepciones, ya que no podían ser cortesanos y caudillos, se hicieron comerciantes y fabricantes. *La pubilla* Cataluña entendió que era pasado el tiempo de las expediciones por su cuenta a las Islas de Italia y al Oriente; vió que el Mediterráneo era vencido por el Océano y se resignó a hilar la rueca, a cambiar sus castillos por fábricas y sus bajeles por

naves mercantes, dejando al *hereu* Castilla las empresas militares y el aumento del patrimonio.''(28)

Del epílogo de este contrapunto debemos desentendernos por ahora, aunque España, en su momento, no pudo prescindir del mismo y hubo de sufrir su desenlace. A nosotros, nos interesa sólo el comienzo y no el final de este requiebro y discusión de siglos entre la lonja y la espada, entre el punicismo ilustrado de la prosperidad catalana y el iberismo adusto del castellano que todo lo fió en Dios sin contar con las intenciones y flaquezas de los hombres.

Estas cinco estilos no agotan, como ya lo expresamos, la originalidad y la diversidad españolas. Entre ellos el pretendido celtismo es el estilo vital que los emigrados gallegos han trasplantado a nuestras tierras rioplatenses. Pero el rótulo es lo de menos. Sea o no el trasunto de una remota alma céltica, el gallego lleva consigo una herencia que lo enriquece aún en la mayor pobreza. A esa carga sentimental y ancestral nos referiremos en los próximos capítulos.

---

28 Ciro Bayo: **Lazarillo español.** Buenos Aires, 1945; pág. 223:



CAPÍTULO V

CONSTANTES LITERARIAS DEL LIRISMO GALLEGO



ETAPAS Y CARACTERES DE UNA LITERATURA REGIONAL

Toda literatura, como suma de obras y de espíritus creadores, intenta realizar desde su comarca artística una interpretación integral del mundo y de la vida. Para cumplir esta operación necesita conjugar por lo menos tres elementos, a saber: una formulación idiomática, una tradición nacional y un repertorio simbólico.

Estos tres elementos se hallan presentes en el proceso histórico de las letras gallegas. Podemos, por lo tanto, hablar de una literatura gallega, con coherencia en sus objetivos y continuidad en sus instrumentos estéticos. Y para demostrarlo, nada mejor que analizar la tríada fundacional arriba citada.

Comencemos por la formulación idiomática.

Cuando en el capítulo II nos referimos a la romanización del Noroeste hispánico señalamos que la más perdurable e intensa influencia de la conquista romana fue la cumplida por la transfusión del idioma. No pudo apagar Roma el rescoldo céltico y precéltico de Galicia, y su civilización hubo de conformarse con un superficial barniz que dejó intactas las esencias de la cultura vernácula. Pero el idioma latino penetró en todos los intersticios de la geografía y en todos los repliegues del lenguaje regional. Pudo entonces sobrevivir el mundo del animismo popular a cambio de una definitiva renuncia idiomática.

Roma tenía conciencia clara que su imperio reposaba sobre las bases de una lengua común antes que sobre cosa alguna. Por eso exportó el latín en cantidades masivas y se aferró a la empresa idiomática. Quien hablara como un romano terminaría pensando como un romano y aceptando los valores de la cultura romana.

No hay, sin embargo, un solo y macizo idioma latino. El latín de los escritores clásicos heredado luego por los eclesiásticos se transplanta, cuando el imperio se cristianiza, a las ceremonias litúrgicas de la Iglesia y a las páginas de los áridos cronicones. Paralelamente a este acartonado *sermo*

urbanus de las ciudades fluye libremente el *sermo rusticus* de los soldados, colonos y comerciantes que Roma sembraba por los cuatro puntos cardinales de sus dominios. Este *sermo rusticus* recoge las peculiaridades subsistentes en las lenguas indígenas, las tritura con su poderoso molino y las digiere con adiestrada práctica imperialista.

Al ceder, bajo los golpes del ariete bárbaro, las puertas de la ciudadela idiomática del latín sobreviven dos estilos lingüísticos: el del bajo latín, que recoge los legados del agonizante latín clásico para incorporarlos a la *lingua franca* de la cultura superior del medioevo, y el del latín vulgar que, desamparado por la morfología y la sintaxis académicas, acabará por engendrar los distintos idiomas romances. El gran diamante del latín clásico salta hecho añicos al ser trizado por la desintegración política y económico-social del Imperio Romano. Sus fragmentos, como los nueve planetas de un sistema lingüístico, girarán en derredor de un sol destituído, o mejor, de un espejismo prestigioso. Estos planetas románicos serán los idiomas italiano, francés, provenzal, catalán, galaico-portugués, castellano, reto-romano (el romanche suizo y el ladino tirolés), rumano y dálmata.

Cada uno de estos nueve idiomas acrecerá a lo largo del tiempo su calidad expresiva —salvo algunas frustraciones como las del dálmata, el reto-romano y, en menor grado, el provenzal—, forjará un sistema elocutivo que le otorgue individualidad original y dará origen a un sistema de símbolos estéticos o ideológicos encarnados en una correspondiente literatura.

El galaico-portugués, por lo tanto, nace como un idioma, y no como un dialecto del español. Surgió en el itinerario del latín que, como dicen los romanistas, peregrinó a pie de Oriente a Occidente otorgando, por su orden, certificados de nacimiento al toscano, al provenzal, al catalán, al castellano y al galaico-portugués. De esta última entidad fraterna —compuesta por hermanos siameses— tuvo más suerte la rama portuguesa. Portugal adquirió personalidad política y, en consecuencia, el idioma portugués cobró una maleabilidad creciente, una funcionalidad continuamente ejercitada y renovada. Galicia, oscurecida por la hegemonía castellana, no alcanzó dignidad estatal y su idioma fue aco-

rralado, ridiculizado y debilitado por la preponderancia de la lengua española, salvo en el glorioso período de los Cancioneros medievales.

El idioma gallego, pese a sus desventuras históricas, mantiene un perfil de añeja nobleza y de plenitud popular que nada ni nadie ha podido alienar todavía. Enriquecido por los juglares de los siglos XII y XIII, adoptado por toda España como el vehículo medieval de la poesía lírica, refugiado luego en el humilde regazo del pueblo que mantuvo su vigencia a costa de una rigidez arcaizante en sus giros y una pobreza aldeana en sus significados, es rescatado finalmente en los siglos XIX y XX por un consciente esfuerzo de la *élites* que desean infundir en su vieja cepa una vida nueva, convirtiéndolo así en el abanderado de una sensibilidad y una mentalidad eminentemente regionales.

Definida de este modo la presencia sustantiva de un idioma la literatura gallega exige, como condición externa, una tradición nacional.

De antemano debemos prevenir que no es lícita la confusión entre Estado y nacionalidad. La nacionalidad está constituída por un conjunto de hombres que tienen conciencia de su idéntica filiación cultural. La nacionalidad de un pueblo se basa en la acepción de tradiciones comunes y en la vigencia de costumbres acatadas y practicadas por todos los integrantes del grupo étnico. A veces desborda los límites de un Estado, como continúa sucediendo con la nacionalidad de los judíos dispersos por todo el mundo. Otras, en un mismo Estado coexisten varias nacionalidades, como sucede con la Unión Soviética, Suiza o Yugoslavia. Una nacionalidad no es un indefinible y difuso fantasma: es la continuidad histórica de un código ético, de un idioma, de una religión, de formas de actuar peculiares y de relaciones humanas concebidas a la luz de una filosofía colectiva por todos aceptada. Y si hay algunos individuos que no comparten los rasgos y pautas de la cultura en la cual están inscriptos, esa misma desconformidad revela que la excepción confirma la regla común pues la crítica de aquellos se refieren a las formas de comportamiento solidario que repugnan a su pensamiento heterodoxo.

No hay un Estado gallego, es cierto. Hay un Estado español pero nadie puede ignorar que en el mismo, al margen de la privilegiada Castilla, se precisan una nacionalidad vasca, una nacionalidad catalana y una nacionalidad gallega. Cada una de ellas tiene conciencia de la carga de tradiciones que la identifica, del *corpus* de costumbres que la diferencia, de las reivindicaciones que sustentaron por turnos ante el orgulloso centralismo castellano.

La nacionalidad gallega, aliada a los buenos oficios de un idioma, ha fomentado la aparición de una literatura con rasgos propios. Y a estos rasgos nos referiremos al tratar de inmediato el tercer elemento de aquella, integrado por su repertorio simbólico.

El repertorio simbólico de una literatura exige, para ser tal, una determinada orientación confirmada por el transcurso de las generaciones literarias. Deben persistir sus rasgos y reaparecer una y otra vez sus particularidades a lo largo del tiempo, no importa las variantes que el *Zeitgeist*, el espíritu de la época, imponga en sus declinaciones adjetivas.

En la literatura gallega es posible aislar ciertos caracteres permanentes, ciertas constancias singularizadoras. Tanto en las presencias como en las ausencias se mantiene una línea incambiada entre el siglo XII y el siglo XX. En esta fidelidad esencial a un desarrollo temático, correspondido casi siempre por una norma estilística que lo acompaña *pari passu,* residen precisamente la vitalidad y la originalidad del universo simbólico de la literatura gallega.

El lirismo es el denominador común y el carácter definitorio por excelencia de dicha literatura. Y decir lirismo es decir predominio del subjetivismo sobre el objetivismo, del sentimiento sobre la idea, de la expresividad personal sobre los procesos discursivos del espíritu, de la individualidad sobre la colectividad.

La lira, instrumento musical helénico, da nombre al lirismo y éste, a su vez, exige la presencia del canto y de la música. En la época de los trovadores y juglares el lirismo gallego respondió a esa condición de validez esencial y brilló con intensidad creadora. Hoy los Cancioneros, exhumados en el siglo pasado después de un silencio de siglos, nos devuelven un opaco fantasma de aquel vivo resplandor. Pe-

ro a despecho del olvido erudito, el pueblo gallego ha conservado por dentro, como un tronco invernal que guarda la savia en su corazón constante, las fórmulas de aquel primitivo lirismo.

La poesía lírica es casi el único género dominante a lo largo de ocho siglos de literatura gallega. Esto es un signo de perpetua juventud pero también de crecimiento detenido. Los poetas del siglo XIX y los ensayistas del XX no han hecho otra cosa que soplar la brasa antepasada del genio popular. Pero tales esfuerzos recuperadores han desestimado los caminos de la novela, del teatro, de la historia. No quiere decir esto que tales géneros no existan. Falta en ellos el signo de la grandeza meditativa, del dramatismo angustiado. Viven al amparo de un tono menor, en las márgenes de la intimidad lírica. Los casos aislados de Gil Carrasco y Valle Inclán se evaden por los extremos; por otra parte ambos escribieron sus novelas en español y no en gallego.

Tampoco la épica pudo vulnerar, en su tiempo, la coraza florida del lirismo gallego. Algunos gallegos hacían épica individual peleando lejos de Galicia en la secular porfía de la Reconquista, pero el áspero aliento de la epopeya fue ajeno a las rías melancólicas y a los paisajes húmedos del Noroeste. En cambio, las anchas estepas castellanas vieron volar sus chispas de hierro, brotadas del incansable entrechocar de espadas y lanzas. Del mismo modo los portugueses crearon su épica combatiendo con las furias del mar y los riesgos de los viajes, con las agresivas geografías de otros continentes, con los salvajes —*selvagems*— de los bosques tropicales.

Dentro de este predominante lirismo gallego, condicionado por una lengua de persuasivas inflexiones y por una cultura penetrada por las virtudes de la convivencia pacífica, hay ciertos rasgos que se repiten a lo largo de los siglos.

Antes que nada se advierte su carácter popular. El lirismo gallego no es el privilegio de una minoría selecta. Es el patrimonio de todo un pueblo, la unitaria emanación de una cultura. Los poetas medievales eran muchas veces espíritus refinados o señores de alta jerarquía social, a tal punto que uno de los más destacados fue el Rey Alfonso X, el Sabio. Pero lo que decían y escribían los poetas gallegos —

trovadores, segreres y juglares— estaba a la altura de las apetencias y escalas de valores del pueblo. No había entre la literatura y la sociedad global el divorcio que existe actualmente, por ejemplo, entre las producciones de Huxley, Hesse, Kafka, Durrell, O'Neill o Saint-John Perse y sus contemporáneos de las clases proletarias. Los escritores del renacimiento literario gallego del siglo XIX también se expresaron de modo inteligible para las gentes sencillas. ¿Quién no comprende los *Cantares Gallegos* de Rosalía de Castro, quién no reconoce en los versos de Pondal la furia elemental de la naturaleza, quién no siente a través de Curros Enriquez el dolor del padre que cuenta a la *"volvoreta d'aliñhas douradas"* la muerte de su hijo? Hoy, en cambio, la ensayística gallega que es, como lo requiere el género, de naturaleza subjetiva y conserva por tanto un indisimulable trasfondo lírico, se desarrolla a espaldas del pueblo, en la aséptica y exquisita atmósfera de una *élite* sumamente intelectualizada.

En segundo lugar, en este lirismo discurre un perceptible sentimiento de la naturaleza, se trasluce el viviente latido del paisaje circundante. El lirismo gallego entabla un contrapunto entre los íntimos estados del poeta y el contorno físico. Así, unas veces, se advierte el contraste entre el prado constelado de flores y el corazón doliente del contemplador; otras veces las nubes volando a ras de tierra y el colérico bramido del mar acentúan la melancolía del alma pesarosa. Y siempre, como en la religión popular legada por la prehistoria, este lirismo descubre tras la apariencia rutinaria del árbol o la roca una cósmica sensibilidad, un temblor casi humano, una vida intensa y misteriosa.

En tercer lugar las cuerdas subjetivas que se pulsan en el lirismo gallego son la del amor desdichado, la de la soledad radical de la persona humana, la de la queja nostálgica, la de la renuncia —impuesta o querida— a los goces de la felicidad terrena, la de la ironía nacida de una filosófica comprensión de las flaquezas humanas, la de la añoranza de un perdido e indefinible bien, la de la crítica resentida a los excesos de los poderosos, la de una perpetua insatisfacción vital y un agobiado pesimismo.

Pero sobre este fondo étnico, osario común del amor y del dolor de un pueblo, se precisan los perfiles cronológicos de las distintas épocas, y, dentro de éstas, las obras y los autores recortan sus personalidades artísticas y sus proyecciones sociales.

Hay en este sentido, en la literatura gallega, dos instantes de autenticidad creadora que son algo así como el solsticio de verano y el solsticio de invierno de su ciclo histórico. En el primero florece la poesía de los Cancioneros, coincidente con el esplendor de Santiago de Compostela. En el segundo, un Romanticismo tardío encuentra en la cultura gallega un eco favorable a su mensaje y se contempla, en plena época realista, surgir una promoción de poetas que reavivan las viejas ascuas del lirismo popular.

Todo cuanto hemos expresado hasta aquí vale como un panorama previo, como un esquema vestibular. Penetremos ahora en las grandes épocas de la literatura gallega para tener una visión interna y comprensiva de las mismas.

Los poetas de los Cancioneros

Hubo una época, y no breve, de la historia literaria de España, en la cual la voz lírica que resonó por toda la Península fue la de la escuela galaicoportuguesa. Se cita al respecto aquella frase del Marqués de Santillana, escrita en su famosa carta al Condestable de Portugal: "Non ha mucho tiempo cualesquier dezidores e trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluzes o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa."(1)

---

1 Don Vicente García de Diego, anotador de la edición de Canciones y Decires del Marqués de Santillana, Ed. La Lectura, Madrid 1932, pág. XXVI, expresa que "la contextura del párrafo prueba que destas partes se refiere a Gallicia e Portugal, citados anteriormente, donde poetas de otras regiones, al residir en aquellas, se incorporaban a la escuela gallega, escribiendo todos en este idioma: además de que la afirmación, según lo entiende el P. Sarmiento, de que los poetas castellanos del siglo XIV compusiesen (todas sus obras) en gallego era enormidad demasiado grave para que la formulase un hombre tan culto como Santillana".

Esos dezidores eran los juglares o segreres que cantaban las obras compuestas por los alambicados trovadores o que pergeñaban por su cuenta y riesgo las canciones de su repertorio, interpretando las aspiraciones de la gente común, recogiendo los temas indígenas, infundiéndoles su acento personal y convirtiéndolas así en un expresivo resumen del espíritu popular.

La influencia galaicoportuguesa cubrió un siglo entero. Desde 1230 a 1330, coincidiendo con el esplendor de Santiago de Compostela, la poesía lírica peninsular se expresa en la dulce lengua del Noroeste. Las cortes y las ciudades reciben con júbilo a los juglares gallegos. En la monotonía de la vida medieval la llegada de un ministril significaba un acontecimiento grato: algo así como la frescura de un oasis en medio de un desierto de metal combatiente y plegaria temerosa. Los castillos y las romerías, las fiestas aldeanas y los torneos, se animaban con las melodías del canto juglaresco y los sones de los instrumentos que utilizaban los hombres —y aún mujeres— que ejercían este oficio.

¿Qué origen tiene esta lírica galaicoportuguesa? ¿Es un producto natural de la región o transparenta influencias identificables? ¿Es autóctona, en la relativa medida que puede serlo todo bien cultural, o transplantada?

Digamos de antemano que el problema general de la lírica hispánica debe ser rastreado más allá de los siglos XII y XIII. Hay que asomarse al inspirado manantial del lirismo árabe y mozárabe para descubrir las fuentes iniciales de este género. Los estudios de Julián Rivera y sus seguidores(2) sobre las composiciones estróficas llamadas *zéjel* y *muaxaha*, difundidas a partir del siglo IX desde Andalucía, demuestran que todo el lirismo europeo medieval abrevó en el pozo de la gracia y la belleza musulmanas crecidas bajo el signo ultracivilizado de El-Andalus. El amor *udrí* preislámico(3), de esencia platónica, se reflejará en los te-

---

[2] Julián Ribera: **El cancionero de Abencuzmán**, Madrid, 1912; A. R. Nykl: **Hispano-Arabic Poetry and its relations with Old Provenzal Trobedours**, Baltimore, 1946:

[3] El amor udrí nació en el período preislámico y deriva su nombre la tribu beduina de los Banu Udra o hijos de la virginidad.

mas trovadorescos de Provenza; la muerte por amor y el amor doliente y quejumbroso, también muy comunes en los sentimientos de los poetas árabes de España *meridional*, serán dos de los temas predilectos en la zona galaico-portuguesa.

A las perfumadas ráfagas de los vientos del sur se sumó en Galicia la frescura del mistral de Provenza. Pero los empréstitos culturales de la poesía cortesana occitánica tuvieron que ser adaptados al espíritu gallego. El mensaje que traían los juglares llegados por el Camino de Santiago para cantar las tensones y serventesios escritos por los trovadores de Provenza era demasiado artificioso para ser comprendido por el pueblo llano. Sobre la natural adaptación de lo foráneo a lo indígena dice don Ramón Menéndez Pidal que "el tecnicismo de la escuela gallego-portuguesa... era mucho más sencillo que el de la provenzal, con ser imitado de ésta en su mayor parte. El lenguaje poético era también más simple; no estaba tupido de alusiones especiales, designaciones alegóricas ni giros muy rebuscados."(4)

Los trovadores y juglares gallegos extraen del zumo popular de las romerías, de las ruedas joviales donde confraternizan y se entienden el chico y el mediano, una temática accesible a todas las clases sociales. Además dejan de lado los florilegios poéticos, las formas métricas complicadas, los sentimientos intelectualmente rebuscados y el aristocrático lenguaje rayano en el esoterismo de sus modelos provenzales. No deben, para ser comprendidos por todos, ir a buscar muy lejos: el *scopas* germánico de los suevos y el antepasado bardo céltico habían sembrado a los cuatro vientos las flores de sus cantos. Asentada en este humus aborigen, la lírica gallega posterior es fecundada por el polen islámico y favorecida por la maestría provenzal. Así perfeccionada, no sorprende su hegemonía en la Península Ibérica.

V. García Martí dice que Galicia canta y que Castilla cuenta, para diferenciar el acento lírico de aquella del tono épico de ésta.(5) La lírica galaico-portuguesa, servida por

---

4 Ramón Menéndez Pidal: **Poesía juglaresca y juglares**, Buenos Aires, 1949; pág. 129.

5 Victoriano García Martí: **Galicia, la esquina verde**. Madrid 1954; pág. 30.

una lengua menos recia que la castellana, tenía evidentes similitudes con la provenzal, que se expresaba en la delicada lengua de oc, y por ello se explica la estrecha vinculación existente entre ambas. En la formulación de la temática galaico portuguesa, además, actuó de modo coadyuvante la "materia de Bretaña" del ciclo del Rey Arturo. El ciclo bretón, como el carolingio, era de carácter épico. Pero la citada "materia de Bretaña", rica en amores ilícitos y apasionados caballeros, poseía rasgos propicios para ser desarrollados en un posterior tratamiento lírico. Y de este modo, bajo el signo itinerante de las peregrinaciones, se mezlclaron en el crisol gallego las aguas provenzales y bretonas con las del *regato* nativo, formado por la confluencia de las fuentes célticas, germanas y árabes.

La lírica galaico-portuguesa se halla coleccionada en tres grandes recopilaciones: *el Canzioncre portoghese Colocci-Brancuti*(6), *el Cancionero portuguez da Vaticana*(7) y el *Cancionero de Ajuda*(8). También en el *Cancionero de Martín Codax*(9) y en las primeras partes del *Cancionero de Baena*(10) se recogen las muestras sobrevivientes de esta poderosa vena lírica que contó con infinidad de expresiones hoy perdidas para siempre.

El cultivado rey Alfonso X el Sabio no pudo sustraerse al lenguaje poético de su tiempo y en él compuso las

---

6 Este cancionero fue editado en Halle en 1880 y se denomina de tal modo pues provenía de la colección de un humanista del siglo XVI llamado Angelo Colocci y se halló en la biblioteca del Marqués Brancuti de Caglia. Hoy pertenece a la Biblioteca Nacional de Lisboa.

7 Las poesías de este Cancionero estaban en la biblioteca del Vaticano y fueron editadas en Halle en 1873 y en Lisboa en 1878.

8 Fue encontrado en la biblioteca portuguesa de Ajuda y editado por Carolina Michaelis de Vasconcelos en Halle, en 1904.

9 Dicho cancionero se denomina **Las siete canciones de amor** y se editó en Madrid en 1914.

10 El Cancionero de Baena fue coleccionado por el judío converso Juan Alfonso de Baena, a pedido de Juan II, hacia el 1445. Los poemas de Macías O Namorado, Jerena y el Arcediano de Toro están en gallego. Con Alfonso Alvarez de Villasandino comienza la transición hacia el dominio idiomático del castellano.

Cántigas de Santa María dedicadas a loar la Virgen. Entre las 420 composiciones de las mismas figuran, pese al predominio de lo narrativo, muchas del género lírico, y en todas gravitá la artificiosa influencia métrica de lá poesía trovadoresca de Provenza.

En cambio, la gracia popular gallega resplandece en los *Cancioneros de la Vaticana* y en el *Colocci-Brancuti.* Aquí no hay afeites cortesanos en la expresión de los sentimientos ni retorcidas fórmulas estilísticas. Todo brota con naturalidad, con auténtica pureza.

Los asuntos tratados por la poesía lírica galaicoportuguesa se han clasificadodo en varios grupos.

Las *cántigas de ledino* son alegres, festivas, llenas de la derramada picardía de las romerías, pero sujetas por un moderado resorte interior que impide la bufonada o el disparate.

Las *cántigas de amor* reflejan los eternos sentimientos de los enamorados aunque a través del espectro melancólico del prisma gallego. El caballero fiel reprocha la inconstancia de su dama o la doncella campesina —en una lograda copia de la realidad cotidiana— se enoja con su madre que no la deja ir a las romerías.

Las canciones de amigo son una variante de las de amor. Inspiradas quizá en viejos modelos árabes(11) revelan la ansiedad, la desdicha, el júbilo temeroso y la nostalgia de la mujer que espera a su amado. O entonan un himno llano y sencillo al amor gozado en el seno de la naturaleza, sobre la hierba fina y bajo los árboles frutales florecidos. De pronto se mezclan incomprensibles onomatopeyas o jitanjáforas con el claro canto de amor; es el remoto pasado que asoma su sonrisa enigmática entre las intencionadas alusiones del poema:

> Eu, velida, non dormía, *lelia-doura*
> e meu amigo venía; *e-doy-lelia-doura*
> non dormía e cuidava,
> e meu amigo chegava.

---

(11) Ver lo que dice al respecto Angel González Palencia en la **Historia de la literatura española escrita en colaboración con Juan Hurtado de la Serna, Madrid 1949; pág. 31.**

E meu amigo venía
e d'amor tan ben dizía;
e meu amigo chegava
e d'amor tan ben cantava: *e-doy-lelia-doura*

Muito desici, amigo, *lelia-doura*
que vus tevesse conmigo... *e-doy-lelia-doura.*

En otro bellísimo poema de Pero Meogo se compara al amigo con un ciervo herido:

Tal vay o meu amigo
com amor que lh'eu ey,
como cervo ferido
de monteyro del Rey.

Tal vay o meu amado,
madre, com meu amor
como cervo ferido
de monteyro mayor.

Otras veces la enamorada lamenta la ausencia del amante preguntando por él a la naturaleza que la rodea:

Ay flores, ay flores do verde pino
se sabedes novas do meu amigo.
Ay Deus, e hu é?
Ay flores, ay flores do verde ramo.
se sabedes novas de meu amado.
Ay Deus, e hu é?
Se sabedes novas de meu amigo,
aquel que mentíu do que pos conmigo?..

Todas estas canciones simples e intensas trasuntan el acento del paisaje circundante: la noche cómplice, los bosques llenos de faunas sigilosas, los oscuros pinares batidos por el viento. ¡Y qué directa, accesible y popular expresividad! Rondas, danzas, barcarolas, pastorelas, villanescas, vaqueras y monteras tienen la resonancia del canto de la gente aldeana, de los ganaderos montañeses, de los pescado-

res del litoral atlántico. En ellas se vuelca la voz de un pueblo que hace brotar su poesía a despecho de los sinsabores de una vida laboriosa y expoliada, tal como la flor del cactus se abre sobre las espinas de la sed.

Hay finalmente un grupo de cántigas que no reflejan los pesares y delicias del amor colmado o insatisfecho. Por lo contrario, estalla en ellas el resentimiento clasista de los explotados contra los poderosos. Su mecanismo generador parte de una protesta social tácita pero sin que la misma atine a diferenciar los intereses del pueblo de los de la nobleza o el clero. Se aplica entonces a revelar las miserias de los señores, las necedades de los hidalgos, la liviandad de cascos de las damas principales, la avaricia de las dignidades eclesiásticas y los defectos o desmesuras de los propios juglares. Son las *cántigas de escarnio y maldecir*, donde las finuras irónicas del serventesio provenzal dan paso a la artillería gruesa del *populus minuto* que se burla soezmente de los barones feudales y sus espesas miserias. Para Menéndez Pidal(12) hay en el constante sarcasmo de este cancionero un "tono plebeyo, cínico y tabernario"; sin embargo no debe extrañar que a renglón seguido de las penas y dulzuras del amor el gallego suelte, con la flecha poética de la ironía, su desencantada opinión sobre las jerarquías aristocráticas. De igual modo pero con otros argumentos protestó el indígena montañés contra la oligarquía céltica asentada en las rías.

Melancolía, fraternidad cósmica con la naturaleza, amor transido de nostalgia e ironía punzante van juntos en el equipaje espiritual del gallego de todos los tiempos. Y estos mismos dones, contradictorios y complementarios a la vez, se reiteran en el renacimiento del lirismo gallego en el siglo XIX.

El renacimiento romántico

Existen culturas que conservan una íntima vinculación con sus pautas fundacionales madurativas. La cultura gallega es una de ellas. El viejo legado de la prehistoria céltica y

[12] Citado en el libro nombrado en la llamada [11], pág. 90.

precéltica culmina definitivamente en la Edad Media, durante los siglos XII y XIII. Por ese entonces Santiago recibe el doble tributo de la Europa nórdica y mediterránea, logra una síntesis de los elementos mozárabes con los germánicos y consagra la fusión del sur musulmán con el Occidente latino y cristiano. El gótico —que además de ser un estilo artístico es una concepción del mundo— apenas si roza la epidermis cultural gallega. Y el Renacimiento, activo, fáustico, pragmático, pagano al estilo grecolatino, es un episodio ajeno a los ideales de Galicia.

Radiada de la mancomunada construcción de España bajo la hegemonía castellana, abrazada a su sueño románico de Compostela, marginalizada geográfica y espiritualmente de una Europa que se disputaban Carlos V, Francisco I y Enrique VIII, Galicia hila el capullo de su nostalgia con la mente obsesionada por la perdida grandeza. A partir del siglo XIV parece que dejara de latir el corazón gallego. Se acentúan las características campesinas de su cultura y las pervivencias de un variado folklore le sirven de palitivo contra la velocidad del cambio social y el predominio de los valores cosmopolitas de gran civilización urbana que despierta.

Pasan así largos siglos. De cuando en cuando Galicia sacude su letargo y reclama ante el creciente predominio castellano por sus avasallados fueros regionales. El último intento segregacionista tiene lugar en 1846. Con el fusilamiento de los mártires del Carral terminan las rebeliones políticas gallegas. Pero, secretamente, impensadamente quizá, y a modo de compensación, se elabora el gran desquite. Diez años después de la muerte del Comandante Solís y sus esforzados camaradas revolucionarios se realiza el banquete de Conxo. Y lo que no pudieron las armas lo lograrán las letras. El pueblo, sintetizado en la conjunción de lo académico y lo tradicional, de los estudiantes y de los obreros, decide reabrir las polvorientas páginas del cancionero gallego. Los escritores escuchan la voz del imperativo étnico y rehabilitan, bajo nuevas formas, el mensaje del antiguo lirismo. Rosalía de Castro, Curros Enríquez y Eduardo González Pondal forman la tríada de poetas renovadores. Para cantar al regionalismo y al universalismo de Galicia recurren al idioma gallego. Consideran, con razón, que en el alientan posibili-

dades expresivas superiores a la del castellano para interpretar el paisaje y la sensibilidad humana del terruño.

Respaldando la proclama de Conxo, hay un acontecimiento de resonancia europea que arriba tardía pero virulentamente a las playas gallegas. Se trata del movimiento romántico que no sólo afecta a las letras sino que acarrea una revolución en los espíritus. El romanticismo, entre otras cosas, intenta una recuperación poética del pasado medieval y de los valores de la sabiduría popular. Vuelve sus ojos al encanto nostálgico de las ruinas, restaura las concepciones regionales del mundo y de la vida, inaugura la teoría del *Völkgeist,* rompe, los moldes clásicos con juvenil escándalo. Por toda Europa cunde entonces un renovado interés por las lenguas y dialectos vernáculos, dado que en ellos se conservaba el legado ancestral de la sabiduría y sensibilidad populares.

Galicia no puede evadirse de este soplo renovador, de este círculo mágico. Más aún, cuando la oleada romántica llega encuentra un campo propicio. La Galicia románica saluda como a un amanecer a la Europa romántica y halla en la efusión del sentimentalismo algo enfermizo del medio siglo XIX una imagen intensificada e internacionalizada de su propio ser.

La vieja sangre de la lírica galaicoportuguesa comienza a latir en los poemas llenos de dolor y ternura de Rosalía, en las protestas sociales de Curros Enríquez, en el viento marino que sacude los versos de Pondal. Ya habían florecido, a modo de precursores en el anuncio de la nueva sensibilidad, el delicado lirismo del poeta Nicomedes Pastor Díaz y los incomparables paisajes bercianos del novelista Gil Carrasco. Ambos habían escrito en español, pero tanto en la temática del primero como en la estilística del segundo se prefiguraba lo que luego desarrollaría, cronológicamente en pleno post-romanticismo, la generación de líricos reivindicadores del idioma gallego.

V. García Martí(13) hace corresponder cada una de las figuras del terno poético formado por Eduardo Pondal, Ro-

13 Victoriano García Martí: **Op. cit. págs. 58-59.**

salía de Castro y Curros Enríquez con tres zona geográficas y culturales de Galicia.

Pondal es la voz del norte, de la zona céltica, de la región que recibe el embate frontal del Océano y la furia adyacente del Cantábrico. Allí la vegetación costanera se inclina y gime bajo las ráfagas huracanadas; los oscuros acantilados de granito combaten incansablemente con un mar de zoológica violencia; toda la naturaleza vibra y se estremece en un escenario desolado. Este drama, personificado por la pasión desatada de los elementos físicos, se refleja en la poesía de Pondal. En sus versos flotan, sobre la "*agreste soledade*", las "*brétomas*" que rodean los "*pungentes recordos saudosos*" de las rocas nacidas en eras lejanas; el "*fero Oceano*" golpea sin piedad el pecho atlético del "*escarpado cabo*"; y en el apocalipsis de la tempestad chillan las gaviotas y los pinos se inclinan, como penitentes, sobre la tierra herida por el rayo.(14) Pondal, identificado idealmente con los lejanos bardos célticos, siente que su espíritu vibra al unísono con la naturaleza salvaje:

Algo de vago e fero
do meu ser no profundo
eu levo, com'as brétomas
dos curutos escuros;
e unha ruda e salvage
incrinación dos seres vagamundos.
Algo do rudo vento
qu'azouta o cabo Ougal;
do salvage miñato
que leva o vento soán;
e con nobre ufanía
o esquivo mato registrando vai;
algo das vagas brétomas,
algo das uces altas,
algo dos libres corzos
e das feras bandadas
dos corvos vagamundos
qu'e espallan de Xallas pol-as gándras

---

[14] Eduardo Pondal: **Queixumes dos pinos.** Buenos Aires, 1940.

Rosalía de Castro corresponde a la zona media o cristiana, región de rías tranquilas y gentes aliadas a la naturaleza antes que oprimidas por ella. En la obra de la insigne lírica escrita en gallego —*Cantares gallegos* y *Follas novas*— se resumen y decantan todos los caracteres del espíritu regional. El evangélico amor por los humildes, la evocación saudosa de la tierra natal, la tristeza de un alma que contempla la vida como un tránsito agobiante, el duro destino de los emigrantes gallegos que salen hacia Castilla o el Nuevo Mundo, son los temas que se reiteran una y otra vez en sus poemas intensos y sencillos. Estos poemas están aureolados por una desolada ternura o heridos por el estoque de la ironía. Y en todos, con distintas inflexiones pero con igual insistencia, aflora el sempiterno treno de la *morriña*.

Rosalía se queja del duro espíritu castellano, del centralismo, de los malos tratos que recibe el gallego en las altas tierras de la meseta. Desde Madrid rememora en su cotidiana nostalgia los paisajes húmedos y las costumbres campesinas de su perdido paraíso galaico. Pero no hay alegría, melancólica siquiera, en su recreación del terruño. Renuncia previa a toda plenitud vital, tristeza metódica y sentido desesperanzado de la existencia son el triple y unitario *leit motiv* de su canto.

Veamos dos ejemplos para confirmar lo anteriormente dicho. Sobre el sentimiento de desamparo y soledad de Rosalía, *Campanas de Bastabales* proporciona una expresiva muestra:

Campanas de Bastabales,
cando vos oyo tocar
mórrome de soidades.

Cando vos oyo tocar
campaniñas, campaniñas,
sin querer torno a chorar.

Cando de lonxe vos oyo,
penso que por min chamades
e das entrañas me doyo.

Dóyome de dor ferida
qu'antes tiña vida enteira
y oxe teño media vida.

Sólo media me deixaron
os que d'aló me trouxeron
os que d'aló me roubaron.

Non me roubaran, traidores,
¡ay!, uns amores toliños
¡ay!, uns toliños amores.

Qu'os amores xa fuxiron,
as soidades viñeron...
De pena me consumiron.

El odio a Castilla, quien antaño marginalizó históricamente a Galicia y hogaño trata mal a los gallegos que van a recoger las cosechas, exaspera muchas veces la poesía de Rosalía:

Premita Dios, castellanos,
castellanos que aboreço
qu'antes os gallegos morran
qu'ir a pedirvos sustento.

Pois tan mal coraçón tendes,
secos fillos do deserto,
que si amargo pan vos ganan,
dásesllo envolto en veneno.

Aló van, mal pocadiños,
todos d'esperanzas cheyos,
e volven, ¡ay!, sin ventura
con un caudal de despreços.

Van probes e tornan probes,
van sans e tornan enfermos,
qu'anqu'eles son como rosas,
tratádelos com'á negros.

Castellanos de Castilla,
tendes coraçon d'aceiro,
almas como as penas dura,
e sin entrañas o peito.

Fuera de esta muestra imprecatoria, resto de los cantares de maldecir y de escarnio, que se acentúa en *Follas novas*, Rosalía tiene un tono quejumbroso, suavemente irónico cuando es menester, siempre a ras de los sentimientos plañideros del pueblo lleno de diminutivos, de delicadezas idiomáticas, de *morriñas* pesarosas. En sus poemas el hombre aparece como una criatura desamparada, como un fugitivo por el mundo. La hermosura de la naturaleza no alcanza a redimirlo de su desventurado sino original, de su conciencia de la muerte. Rosalía entonces se evade del familiar universo de la lengua materna y escribe en español el manifiesto poético de su filosofía, el mensaje de su desolada cosmovisión. El subjetivismo y la hondura conceptual, los valores intuivos —esto es, líricos— y los discursivos se alían en el libro *En las orillas del Sar* para ofrecernos una clave decisiva de su personalidad universal y gallega a un tiempo. La región y el mundo, nuevamente en complementaria pareja, señalan el alfa y el omega de un sistema poético original, de un lirismo proyectado desde la patria chica a la pantalla mayor de la patria planetaria. En su tiempo muy pocos repararon en Rosalía. La alcanzaba la *capitis diminutio* que afectaba a su tierra. Pero la posteridad, sin ser todo lo justa que debiera, la va rescatando lentamente de la niebla inicial que envolvía su figura y su obra. En Galicia, Rosalía es la Santa, la encarnación mortal e inmortal a un tiempo del alma de un pueblo. En España se la comienza a comparar con Bécquer, a reivindicar sus perdurables valores. Y en los países de latinoamérica los gallegos peregrinos la llevan como su santo y seña nostálgico, como una insignia de amor y de *saudade* desplegada en el viento de la emigración.(15)

El tercer poeta es Curros Enríquez. Su zona originaria es la miñota, en la frontera con Portugal. Esta zona meri-

---

[15] La obra de Rosalía de Castro ha sido recogida y prologada por V. García Martí en una edición de Aguilar, Madrid 1952.

dional de Galicia está dominada por la *doxa* y por el *logos*, por la opinión y el razonamiento secularizado. Y siguiendo con las alusiones clásicas —¿no es también esta tierra una especie de Grecia septentrional?— podemos agregar que dicha zona no se halla alterada por la *hybris*, por la desmesura geográfica que acongoja el escenario cantado por Pondal, ni disfruta la *sophrosyne*, el templado equilibrio de las rías doradas que acogieron la infancia de Rosalía de Castro.

Curros Enriquez, poeta civil, temperamento enemigo de todas las injusticias humanas, se duele de la suerte de los humildes, fustiga la hipocresía social, arremete contra los mitos morales de su tiempo. Heredero del yambo colérico de los juglares es un revolucionario, pero, aclaremos, un revolucionario gallego, profundamente humano y humanitario. No puede, pese a su raciocinio progresista y a su acento trágico, evadirse del blando lirismo de las tradiciones terruñeras. "Curros es en esto el verdadero continuador de la tradición juglaresca gallega que llevó su dramatismo lírico, tan semejante a las baladas escocesas e inglesas y a los *lays* bretones, a los romances castellanos. Curros tenía esa magnífica combinación de lírica y dramática que años más tarde supo interpretar tan magistralmente el poeta andaluz Federico García Lorca para crear una de las poesías a la vez más cultas y populares de España y un teatro lleno de verdad poética y humana.

"El ímpetu poético vive en este mundo poético lírico-dramático, en ese aliento de agonía humana que hay en muchas de sus poesías. En ellas como en las baladas y en los *lays*, los dos de origen celta, hay un hondo dramatismo sentimental, una profunda tristeza humana; y también en algunos de sus poemas al igual que en las viejas baladas célticas, el hombre es perseguido por los demás seres humanos que le maltratan y por la naturaleza que descarga sobre él sus furias".(16)

Curros es un poeta desencantado. Pero su desencanto no es de raíz metafísica sino ética. Ve al mundo en su desnudez esencial. Sabe que el hombre es el lobo del hombre. Que los desamparados son exprimidos por los poderosos.

---

16 Emilio González López: **Galicia, su alma y su cultura.** Buenos Aires, 1954; pág. 135.

Que la hipocresía de los dignatarios se viste de solemnes palabras —patria, Dios, respeto, derecho, orden— para engañar a los espíritus simples. Que el pobre tiene por delante un destino desgraciado, sin posibles compensaciones terrenas, ni ultraterrenas que, si por ventura llegan, lo hacen demasiado tarde.

A pesar de su desilusionada imagen del género humano Curros siente los afectos familiares, cree en las facultades redentoras de la ternura cotidiana. Por eso cuando su hijo, el Ben Chegado, nace, le canta agradecido al sol que lo alumbra:

> Ouh, sol. Ti que atesouras
> a lus que esparxe a brétema sombría,
> ti, qu'os outeiros douras
> e inundas d'armonía
> o ceo, a terra, o mar, a tarde o día;
> pol-a xigante lomba
> érguete a ver o meu minino, quedo,
> cal namorada pomba
> que pol-a mañá cedo
> leva os fillos calor no pico ledo.
> Do mundo nos lumiales
> ouh, sol, sol inmortal meu neno espera
> teus rayos celestiales...
> Si cara a tí nacera
> non cara a note, cara a tí correra.
> Que cand'eu a esta vida
> abrín os ollos, triste note escura
> cubriume enloitecida,
> e d'esa noite impura
> ind'os crespós arrastro y-a trisura. (17)

También el paisaje gallego subyace en la poética de Curros Enríquez, dibujado en pocos rasgos enérgicos y expresionistas, como una estameña sobre la cual los hombres tejen su tapiz monótono de padecimientos y abdicaciones.

---

17 Curros Enríquez: **Aires da miña terra**. Buenos Aires; 1940.

Rosalía, la Santa, ha oscurecido el resplandor de Curros, el Rebelde. Sin negar en un solo instante los valores étnicos y poéticos de aquella sería bueno reivindicar peleadoramente el mensaje generoso de éste, su fervor social, su anuncio memoritorio del reino de la justicia por el cual, como ayer, hoy luchan y padecen los hombres de buena voluntad.

Después del surgimiento de estos tres grandes poetas post-románticos, acaecido en pleno realismo, el camino del renacimiento literario de Galicia queda abierto. En el siglo XX Ramón del Valle Inclán recoge la posta de aquellos, y nuevas generaciones de líricos menores tratan de perseverar en la actitud de rescate y revalorización del galleguismo. El ademán romántico tuvo su instante de vigencia y luego quedó estereotipado, congelado en su autocontemplación cual si fuera en una imagen ideal una y cien veces reflejada en un cuarto de espejos. Lo que se afirma en este itinerario, iniciado visiblemente en los Cancioneros, es una conducta poética constante, un lirismo efusivo, leal con el alma popular galaica. Tan consecuente es dicho lirismo que en las épocas de raciocinio y predominio de lo intelectual sobre lo sentimental se refugia en las ensayística y desde ella recrea, subjetivamente, los diversos aspectos de la vida en torno. En espera de alguna oportunidad propicia nos prometemos un estudio sobre el proceso ideológico del ensayo gallego. Ya lo habíamos esquematizado para este libro pero el complejo mundo del Padre Feijóo, la sensatez iluminadora del Padre Sarmiento, el entusiasmo barroco de Otero y Pedrayo, el rigor filosófico de Rof Carballo o García Sabell, exigen un tratamiento amplio, un vasto capítulo que hoy no incluímos para conservar dentro de límites accesibles las dimensiones del presente trabajo.

Capítulo VI

DIALOGO ENTRE LA IRONIA Y LA SAUDADE



EL ALMA GALLEGA

Este capítulo es el más abstracto del libro. Su temario se desarrolla en la atmósfera de las interpretaciones que, de tan desasida y alta, puede enrarecerse y hacerse irrespirable bajo el doble asedio de la sutileza y la generalización.

En el diálogo emprendido milenariamente entre la ironía y la saudade, que no hemos unido por capricho en un mismo rótulo, hay una tensión dialéctica, una polaridad que resume el alma de Galicia.

La ironía discurre en aquella parte del ser galaico donde prevalece lo intelectual y la saudade se desencadena en el dominio de lo sentimental. Por la ironía está ligado el gallego a los valores racionalistas de su medio ancestro mediterráneo y por la saudade, a su medio ancestro nórdico o, si se prefiere, céltico. Otra vez lo mediterráneo, todo claridad y perfil preciso, y lo atlántico, brumoso y cambiante, vuelven a desdoblarse en el contenido trascendente de una etnía forjada sobre un compromiso histórico de pueblos, geografías y culturas.

Pero antes de caracterizar el extremo intelectual y el acorde sentimental del alma gallega es menester que intentemos apresar los caracteres y declinaciones que tiene, en caso de existir, dicha alma colectiva.

El alma, en puridad, es de naturaleza personal. Ella es "la sede de las emociones, de los afectos o de los sentimientos"(1) mientras que el espíritu es el reino de la trascendencia y, según Dilthey, abarca la suma de objetivaciones y formas supraindividuales llenas de sentido que confirman —y esta vez, perdón, hay que citar a Hartmann— el *carrefour* donde confluyen la realidad humana y la realidad ideal, imperio de los valores absolutos.

Hablar del alma popular o del alma colectiva, por lo tanto, equivale a construír una imagen, un tropo, y no a caracterizar una realidad suprapersonal de índole psíquica.

---

1 José Ferrater Mora: **Diccionario de Filosofía**. Buenos Aires, 1951. Artículo Alma, pág. 44.

Hay, en cambio, una serie de rasgos históricamente seleccionados y enfatizados por el ambiente geoeconómico, por los géneros de vida y por los complejos culturales, en los cuales cada individuo reconoce —o cree reconocer— una imagen sintética de la sociedad global donde se articula.

Por comodidad, entonces, se forjó una terminología efectista pero poco precisa: carácter nacional, *esprit de corps*, espíritu popular (*Völkgeist*), alma colectiva, conciencia colectiva, genio de la raza y, últimamente, en un intento de otorgarle carácter antropológico, esto es científico, se habla de personalidad de base.(2)

Vamos a referirnos, pues, al alma gallega sabiendo de antemano que cometemos un exceso, que cedemos ante prenociones transportadas por el acarreo folklórico y pulidas por el trabajo literario. No todos los gallegos son pasivos, quejumbrosos, irónicos, ni en todos prospera la dolencia metafísica de la morriña. Pero hay un modo de ser genérico reconocido tradicionalmente, una conducta promedial que nos permite manejar una serie de datos notorios que sirven, a la postre, como pautas de conducta aceptadas por todos los gallegos, como un estilo de vida practicado por una comunidad. Al describir los caracteres del alma gallega nos estaremos refiriendo pues, *in petto*, por instintiva precaución etnológica, al pueblo gallego y a su modalidad cultural.

Algo más tranquilizados podemos preguntarnos ahora cuáles son los caracteres distintivos del alma gallega sabiendo de antemano que dicha "alma" encubre una serie de estratos más amplios y significativos que los abarcados por su geología psicológica.

De acuerdo a los padrones aceptados puede fijarse un repertorio provisional de rasgos: tolerancia, ternura, panteísmo, pasividad, ironía, sentimentalidad quejumbrosa y patetismo nostálgico. De su inmediato examen surgirán los ajustes, las vinculaciones y las rectificaciones que sean ne-

---

[2] Los conceptos fundamentales sobre la personalidad de base se encuentran en las obras de Abraham Kardiner y Ralph Linton. Consultar al respecto **Fronteras psicológicas de la sociedad**; México, 1955, donde se recogen estudios de ambos. Para un panorama general del tema, ver Mikel Dufrenne: **La personalité de base**; París, 1953.

nester para clarificar la niebla que rodea estos esquemas tan manoseados y subjetivizados.

Comencemos por la tolerancia, que algunos han querido confundir con uno de los síntomas de la senilidad, con las medias luces del ocaso cultural.

Ya establecimos en anteriores capítulos que la cultura gallega es muy antigua. Pero la antiguedad puede ser un condimento sin que sea un narcótico. Hay culturas de vejez venerable que mantienen vivos el culto al coraje y el código de la agresividad. Para que una cultura se avenga a convivir comprensivamente con otras requiere, además de ser un crisol de etnías primarias, que tenga conciencia de los aluviones de hombre e ideas que la propiciaron. Y esa condición se dió en Galicia intensamente. La hermandad precéltica con Irlanda y Bretaña, los contactos trascantábricos entre los celtas confinados en los finisterres y el trasiego de formas y niveles de vida operados durante las peregrinaciones a Santiago de Compostela le concedieron a la cultura gallega un reiterado aliento cosmopolita, una vocación internacionalista, una flexibilidad ecuménica.

Don Miguel de Unamuno dice que al llegar a Galicia respiró en Orense, pero sobre todo en La Coruña, "un aire social de tolerancia y de amplitud de criterio que contrasta con el hosco inquisitorialismo que nos sofoca en otras partes de España."(3)

Galicia fue en varios momentos de su historia el punto de cita de Europa. Tan conocida era, aún fuera del continente, que un cruzado inglés que iba para Tierra Santa escribió a un amigo de Suffolk, al enfrentar el faro de Hércules en La Coruña, que "es obra maravillosa construída en la antiguedad por Julio César para que sirviera de centro por el que pasaba todo lo referente a las recaudaciones y a los litigios de Inglaterra e Irlanda".(4) Esto da una idea del conocimiento que se tenía de la Galicia protohistórica y de sus relaciones internacionales en plena Edad Media.

---

[3] Miguel de Unamuno: **Por tierras de Portugal y de España.** Buenos Aires, 1946; pág. 169.

[4] Citado por Emilio González López: **Grandeza y decadencia del reino de Galicia.** Buenos Aires, 1957; pág. 28.

Sus contactos con otros pueblos de distinta idiosincrasia permitieron a Galicia aceptar sin extrañeza ni provincialismo las costumbres distintas a las suyas.. Supo encontrar las constantes del hombre bajo las variables de lo nacional. Un sazonado relativismo cultural le hizo comprender que el etnocentrismo no es una actitud racional y que tras el fiero orgullo localista se oculta muchas veces una tan desamparada como atropelladora ignorancia. La tolerancia enseñó así un arte de vivir y de convivir, originó una infusa sabiduría de raigambre popular y esencia democrática. No hay inhumanidad ni deshumanización en el gallego. Por lo contrario, su espíritu rezuma humanidad como humedad la tierra. Esta humanidad profunda, visceral, lo hace indulgente con los defectos ajenos, ironiza suavemente sus juicios, viste de clemencia sus opiniones. Es erróneo suponer que exista cansancio de vivir y postración en el alma gallega. Madurez no es cansancio: es la gota de miel de un fruto otoñal, la flor de una cultura abierta en un ambiente de comprensión y cordialidad. El gallego es un hombre cordial, aunque no de un modo vivo, activo, enérgico. Su cordialidad está hecha de perdón hacia las faltas ajenas, de conmiseración hacia las propias. Su sensibilidad para captar lo humano, lo falible, que brota de un corazón desencantado a fuerza de experimentado, le hace contemplar al mundo sin el optimismo de la *iuventus*, sin hacerse muchas ilusiones sobre la virtud de los mortales, pero dispuesto a comprender, a comprender siempre, interminablemente, como la lluvia que resbala sobre sus paisajes melancólicos.

La ternura es otro rasgo típico del alma gallega.

Quien desde la periferia, sin conocer para nada los caracteres espirituales del gallego, tenga solamente contacto con los giros idiomáticos —ya hablados, ya escritos— de este pueblo, se sorprenderá ante la presencia de reiterados diminutivos, de armonías solícitas, de dulces expresiones coloquiales. El idioma es la espuma que corona la ternura gallega. Pero dentro de la ola que la suscita tiembla la pasión recatada de toda una cultura.

La ternura participa en la aleación de sentimientos que se oponen, como un contrapeso, al rigor intelectual. Quizá por esto la mayoría de los hombres la escamotean. No les parece la

ternura un rasgo de masculinidad sino un atributo privativamente femenino. Los gallegos no tienen esta preocupación. En vez de esconderla en un socavón del alma la sacan a luz, la utilizan a título de moneda social: ya como caballo de Troya en las dificultades, ya como vehículo en la convivencia cotidiana.

Rof Carballo dice que la ternura gallega abre el hombre a una realidad que suele olvidar: "la persistencia, en el centro mismo de su vida, de su infancia como una nostalgia y como una realidad oculta".(5) La infancia pone al ser humano en contacto con la "vida sempiterna de la especie". A través de la ternura y su unión a la madre, el niño descubre, sin saberlo la ultimidad de la existencia. El hombre es poderosamente auténtico al realizarse merced a la ternura y entonces cobra una "radiante caridad hacia el prójimo"(6) Rof Carballo agrega que la ternura es una de las raíces de la bondad. "Pero no de la bondad entendida como rigidez moral o como embotamiento de pasiones, ni tampoco como empresa heroica o como un rebose natural de la plenitud del ser. No, la bondad que es ternura retenida o interiorizada, amplia versión del hombre hacia su prójimo, se caracteriza por una tranquila y contenida suavidad, por una seguridad cálida y firme (la de esa persona de la que decimos que 'siempre se la encuentra') que la sitúan, en las relaciones interhumanas, en el polo opuesto de la pasión sexual, por esencia transitoria e inconstante. También es una de las raíces de la objetividad auténtica, esto es, de aquella actitud ante las cosas que trata de conocerlas sin interpretarlas con violencia, dejándolas respetuosamente en su propia esencia" Por eso, concluye nuestro autor, en virtud "de esta vigencia en su espíritu de la ternura, quizá el hombre gallego esté mejor preparado que otros para esta labor de comprensión del alma ajena que exigen profesiones como las del psicólogo o la del político".(7).

La ternura puede derivar en infantilismo, pero esta

---

5 J. Rof Carballo: **Rosalía, ánima galaica.** En SIETE ENSAYOS SOBRE ROSALIA. Vigo, 1952; pág. 145.

6 **Id. Ibid; pág. 145.**

7 **Id. Ibid; pág. 147.**

trampa no hace caer al gallego maduro de humanidad, grávido de civilización. La ternura del alma gallega es un rasgo positivo: permite penetrar sin resistencias en el medio social y adaptarse a él al tiempo que se vencen sus prevenciones. De este modo la ternura actúa como una regla lesbia, plegándose a las sinuosidades del terreno. Y cuando se dispara el dardo inevitable de la ironía, la ternura cauteriza la herida con su caritatitva fragancia.

Vinculado con los dos rasgos descriptos está el de la civilidad. La civilidad es hija de la ciudad y hermana de la urbanitas. El alma gallega, civilizada desde sus raíces, sin ningún destello de barbarie y menos aún de salvajismo, posee una instintiva sabiduría coexistencial. El gallego es respetuoso, enemigo de la violencia. Tiene además modales suaves y acogedores. El más remoto montañés exhibe aptitudes que le permiten mimetizarse con cualquier grupo social. Sale de su aldea y cae como un viviente aerolito sobre una ciudad, y no le cuesta mucho adaptarse al nuevo ambiente cultural y humano.

La contrapartida de este exceso de civilización es el espíritu pleitista, también originado en la costumbre urbana de dirimir las diferencias con jueces y no con golpes. El gaucho y el *cow-boy* poseían un código ético y jurídico agresivo que recurría a la justicia por mano propia y, lo que es peor, por mano armada. El campesino gallego es, en cambio, un leguleyo. Como no cree en las virtudes dialécticas del garrotazo apela al Código Civil. Y frecuentemente abusa del mismo, movido por lo que pleito tiene de pura instancia legal, de puro juego civilista.

Correa-Calderón deplora este espíritu leguleyo, "enterrado en los corazones más sencillos". No atribuye tal espíritu, empero, a un exceso de civilidad sino a un asomo de codicia. "Es tan bella y grata Galicia que inclina el ánimo al ansia de posesión. Cuando nos hallamos ante uno de estos paisajes de una verde ternura, antes que espectadores pasajeros quisiéramos ser propietarios: decir 'Esto es mío' ".(8)

---

[8] Evaristo Correa-Calderón: **Indice de utopías gallegas.** Madrid, 1929; pág. 29.

Si esta "codicia del paisaje fomenta el más inmundo espíritu leguleyo" dicha leguleyería es propicia al caciquismo. Enemigo de la violencia, el campesino gallego con tal que no se le suba la contribución obedece "a un amo transitorio con alma y vida". "El caciquismo está metido en ellos mismos, hasta la médula, y hay un temor a ser libres, porque no podrían volar dsepués de varios siglos de encarcelamiento y de artículos del Código Civil".(9) Esta es la voz airada de un gallego impaciente y orgulloso. Oigámosla con respeto. El exceso de civismo, de acatamiento a los ordenamientos legales sin analizar antes los valores históricos —el derecho es un precipitado histórico de la justicia, decía un jurista italiano—, conduce a los extremos denunciados por Correa-Calderón. La civilidad mata la rebeldía. El reino de los leones es el desierto, expresaba Abenjaldún, aludiendo a los beduinos. En las ciudades, en cambio, prosperan los zorros, concluía el historiador berberisco, refiriéndose al mercader, al político y al sibarita. El zorro genial de Galicia ha sido Gelmírez. Pero hay por doquier muchas vulpejas aldeanas, llenas de marrullería aprendida en el Código Civil.

La ciudad y su influencia otorgan la pátina de la *urbanitas* pero engendran también el virus político. La *polis*, nodriza de la pulcra *politeia*, es a la vez la desaprensiva madrastra de la politiquería. Y la politiquería, enfermedad española, se acentúa en Galicia. El cacique es el azote del agro gallego. Mientras él habla, maniobra y promete el aldeano le entrega su voluntad en una delegación irremisible. No examina el hombre rural los superiores objetivos de la política. Con su acatamiento compra una ventaja, asegura su tranquilidad. Y sobre este fondo de renuncias y abdicaciones crece la hiedra de la palabra, la enredadera de la demagogia.

Otra de las plagas de la *polis* griega revitalizada en Galicia es la del espíritu particularista. Cada estado-ciudad griego era una célula casi autárquica, celosa y desconfiada de la *polis* rival, enquistada en su alvéolo geográfico y económico. De igual modo las regiones gallegas que se articulan en derredor de los pueblos y ciudades contemplan con hosti-

9 Id. Ibid.; pág. 31.

lidad a las regiones y ciudades vecinas. Prospera el patriotismo de campanario, el orgullo comarcano edificado sobre el desdén a la comarca aledaña. No hay en Galicia una gran ciudad centralizadora y tentacular. El equilibrio demográfico que existe entre sus pequeñas ciudades aisladas las unas de las otras por el relieve, acogidas por las rías o los valles maternos, provoca esta tensión que en vez de resolverse en un acorde de armonía recala en el aislamiento y la falta de solidarismo urbano.

La pasividad vital también figura en el repertorio del alma gallega. Pasividad viene a significar carencia de iniciativas, de activismo colectivo, de afán progresista. La pasividad hace contemplar el pasado como el único y perdido bien. Pero de paso convierte al presente en una materia neutra, en un tiempo desvalido, sin gravidez creadora que apunte hacia el futuro.

No obstante, bajo el reproche de la pasividad se encubren injusticias y hasta calumnias que secularmente se cargan al debe del gallego.

El gallego no es un mero espectador del mundo circundante, una criatura agobiada por el peso de la evocación nostálgica de un ayer sin retorno, por la dulzura aniquiladora del paisaje o por el legado ilustre de la cultura. Cierto es que nunca sintió el llamado de la guerra ni la inquietud de la aventura heroica. Pero su actividad cotidiana, su aplicación al trabajo le liberan de todo epíteto peyorativo en cuanto a su capacidad laboral. Eso sí: las grandes empresas gallegas se realizan fuera de Galicia. Donde el gallego no tenga en su derredor la queja colectiva de una sociedad que achaca al centralismo castellano o a la desventura histórica la postración de Galicia, entonces realiza admirables hazañas. América lo ejemplifica: el comercio, la banca, la industria, los transportes y otros resortes económicos rioplatenses tienen como protagonistas y principales usufructuarios a los gallegos.

De lo que puede hablarse, en términos generales, es de un cierto quietismo ante la existencia, de un acatamiento instintivo a los ritmos cósmicos. Pero en este caso, antes que pasividad conviene hablar de receptividad. Contrariamente al hombre fáustico y activista, el gallego es un ser consus-

tanciado con el pulso del mundo. No se opone a la Naturaleza con el Espíritu sino que lo instala en aquella. De ahí su devoción paisajística, en tanto que constructor de una geografía humana. De ahí que sea un *geurgo*, un fabricante de precipitados culturales que traslucen la impronta de lo histórico y se adecúan con fraternal complicidad al medio físico.

García Sabell ha captado muy bien el maridaje del hombre y el contorno gallegos. "El gallego tiende, por naturaleza, a establecer una relación con el mundc que es de tipo activo, pero no en el sentido de la acción directa, modificadora, material de lo dado, sino en el sentido de infiltración inconsciente de lo propia interioridad en lo objetivo. Hay un esfuerzo de subjetivización, de transfusión que pretende ignorarse a sí mismo y que supone, sin más, la tácita aceptación plástica de lo real". "...El alma gallega *supone*, da por válida, esa receptividad activa del mundo en relación con su íntimo ser. Es como un acuerdo bilateral entre los términos de la ecuación yo-realidad. El gallego no trata de esclavizar al mundo ni de ignorarlo (posiciones extremas), trata de hacerlo cómplice suyo, de conquistarlo para su causa y por eso ha de prestarle, irremisiblemente, sus íntimas propiedades, ha de verter su alma en el alma amorfa y maleable de lo real, ha de *yoizar* la tierra circundante. El gallego conjura el mundo y el primer acto de este proceso mágico consiste en la donación a las cosas y a los seres de la única personalidad disponible: la del que realiza el conjuro. Hay en este drama un diálogo fantasmal porque, en realidad, uno de los interlocutores es la imagen especular de sí mismo".(10)

Los anteriores planteamientos nos enfrentan a otro rasgo, muy llevado y traído por cierto, del alma galaica: el de su panteísmo, sobre el cual hablamos de paso en un capítulo anterior.

Mucho se menta el panteísmo cuando se trata de caracterizar al pueblo gallego. Lo que no se aclara lo suficiente es de qué panteísmo se trata.

El panteísmo, filosóficamente considerado, conceptúa que Dios y el mundo son una sola cosa, que Dios llena todos

10 Citado por Rof Carballo. Op. cit.; págs. 132-133.

los intersticios de su creación. Dentro del mismo hay dos direcciones. Una, la de Spinoza, el judío gallego emigrado a Holanda, dice que solamente Dios es real mientras que el mundo es una emanación temporaria de su divinidad. Otra, la de la izquierda hegeliana —representada por D'Holbach y Diderot entre otros—, afirma que sólo el mundo es real en tanto que Dios es la síntesis, la proyección de todo lo existente.

Paralelamente a este panteísmo hay otro, de carácter poético-religioso, que conceptúa a la Naturaleza como una entidad viviente a la cual se le rinde devoción popular. A tal tipo de panteísmo se refieren en sus teorías los escritores gallegos. Dicha actitud parecería definirse en los cultos célticos, atraviesa torrencialmente la herejía de Prisciliano, y hoy palpita en el alma colectiva gallega, sin distinción de clases sociales ni de dotes del intelecto.

El gallego, al deificar el mundo, al volcar las almas de los muertos en el vivo regazo de la tierra, al sentir la naturaleza llena de poderes, acata sumisamente la gran voz que brota de los paisajes animados. No se opone al contorno sino que colabora con él. Por ello, antes que industrial y técnico, es productor primario. Como agricultor, pastor o pescador se desliza por las pendientes que lo conducen a la matriz profunda de lo creado. Colabora con la obra genésica de la naturaleza; trabaja en los andenes de la vida ayudando a partearla.

Pero esta devota entrega del abelismo gallego al ser elemental del mundo, cuajado de ocultas y propicias deidades, impide que levante vuelo el ave de presa que distingue a las altas culturas. El industrial, el científico y el aventurero del espíritu se atrincheran frente a la naturaleza y emprenden una larga pulseada con ella. A los valores cósmicos contestan con los puramente humanos, con el instrumental forjado por el cainismo del pensamiento. No aceptan simplemente el mundo dado sino que crean otro u otros; en vez de escuchar amorosa y subyugadamente los ritmos naturales fraguan una segunda naturaleza y responden con la cibernética al principio de causalidad. Entre la piel de los paisajes y la suya el *homo faber* contemporáneo interpone el intrincado

tejido de la técnica, el fulgor eléctrico de los esclavos mecánicos, el universo amenazante de los ciclotrones.

El gallego, para encauzar favorablemente su actitud contemplativa no debe romper con su panteísmo consustancial. Debe aprovecharlo para emprender una potenciación del medio-ambiente familiar. Una nueva concepción económica, acorde con las exigencias de los tiempos, canalizará las prefiguraciones de esta hermandad entre el hombre y la tierra. La energía almacenada en los veloces cursos de agua transmutará su gratuidad estética en el caracol giratorio de las turbinas. Los recursos naturales renovables serán utilizados sin dispendio y rehabilitados cuando sea menester. Las industrias se establecerán donde las reservas del subsuelo proporcionen una abundante materia prima. La propiedad fragmentaria, una vez reagrupada y liberada de los cercados de piedra que prolongan en los cultivos la fatalidad del granito, podrá ser cultivada racionalmente y beneficiada por la mecanización de la agricultura. Y nada de esto impedirá que la naturaleza siga contando su mitología a los hombres que la escuchan desde tiempo inmemorial.

Otro de los caracteres del alma gallega es su propensión a la queja. Sobre esta modalidad quejumbrosa Rof Carballo ha proyectado la sombra del "complejo de Polícrates". Dicho complejo acosa al hombre que ha triunfado o que ha logrado algo grato en la vida. Le parece que debe pagar un precio por su buen éxito. No puede ser que la dicha sobrevenga y su advenimiento quede impune. Entonces se pone a cavilar que tienen que caer, que tras las horas doradas aguarda una compensadora y reivindicadora amargura que restablecerá el equilibrio.

Tal es lo que sucede con el gallego. Se queja siempre, con razón, o sin razón, como una gaita plañidera. Si ha llegado a la meta ansiada aguarda sin sorpresa pagar un usurario derecho de peaje. La vida es esto: un vaivén entre la plenitud y la desdicha. Pero los instantes de marea alta son fugitivos; tras la culminación gozosa sobreviene la bajamar, la playa sembrada de medusas muertas y conchillas vanas. Y se queja: con la desgracia encima o por las dudas. A veces la queja atraviesa toda una vida feliz como un *basso con-*

tinuo, como la monótona y reiterada predicción de una anti-profética Casandra.

Esta queja metódica —de otro origen, por cierto, que la duda metódica cartesiana— se justifica en la cotidiana axiología de la gente labriega. Pero en el gallego, el pesimismo del agricultor ha ganado el espíritu general de la cultura. El universitario, el obrero y el comerciante comparten por igual el "complejo de Polícrates". Piensan ellos que el destino de los mortales es menguado; que los instantes de felicidad son una breve sonrisa en un largo infortunio. Vivir, por lo tanto, es padecer, es acatar a cada paso el oscuro e inevitable imperio de la enfermedad, de la vejez, de la muerte. Surge nuevamente la constelación de valores pesimistas: el mucho comprender —consecuencia del mucho vivir a través de la vigilante conciencia de una cultura— ciega las fuentes de la alegría irresponsable y hacen al hombre filósofo a costa de su capacidad para disfrutar la euforia vital. Obsérvese que nosotros tentamos una explicación etnológica del "complejo de Polícrates" cuando en realidad los psicoanalistas gallegos lo fundamentan en otro mecanismo. Las culturas antiguas, como la gallega, soportan sobre sus doblegadas espaldas la maldición de la sabiduría, distinta a la de la erudición. La sabiduría acarrea, como decía el Eclesiastés, el pago de un tributo. El hombre se olvida de la risa. Sólo le queda, cuando mucho, una sonrisa punzante, en la cual confluyen una ironía dolorosa y una resignada aceptación de las flaquezas y miserias de sus semejantes.

Algunos de los rasgos anteriormente descriptos y otros, que de inmediato trataremos, han llevado a muchos autores a denunciar un trasfondo semítico en el alma gallega. Descartemos el semitismo arábigo, que sólo transportó al solar gallego formulaciones académicas pertenecientes a la alta cultura. Valgan como ejemplos el influjo de la lírica, de la arquitectura y alguna etimología (supuesta) de la voz saudade. Señalemos en cambio el semitismo hebreo, instalado firmemente y sin estridencias en toda Iberia. Y acentuemos la presencia semítica judaica evocando la aureola de pequeños y grandes comerciantes emboscada en derredor de los fastos cristianos de Santiago de Compostela.

Los judíos, los conversos y los gallegos tuvieron en otros siglos estrechos contactos sociales y culturales. En la judería de Santiago de Compostela, recuerda Correa-Calderón, de calles angostas y sombrías, se revive, aún en nuestros días, el mismo ambiente de los barrios hebreos de Africa del Norte. Está cerrada por puertas estrechas que no impidieron, en su tiempo, la circulación de un ajetreado hormiguero de mercaderes que cada mañana se dirigían a ofrecer *vieiras* a los peregrinos y a comerciar todo lo que fuera vendible y comprable.

Mediadores de productos y de ideas, los judíos tienen una decisiva influencia en la formación cultural y crematística del medioevo español. Financistas, diplomáticos, médicos insignes, literatos, filósofos, artesanos, espíritus secularizados y escépticos, los judíos son la levadura secreta de la grandeza y desventura españolas. Ellos aceptaron tareas por otros despreciadas y, adiestrados por siglos de infortunios y desarraigo, supieron ubicarse de inmediato en el terreno de las grandes abstracciones: el dinero, la inteligencia, los mecanismos del cuerpo y la mente, la dinámica de las ideas.

Galicia medieval estaba cuajada de judíos y juderías. Existían aljamas —esto es, comunidades religiosas y étnicas centradas en sinagogas— en Padrón, Lugo, Monforte, Santiago, Orense, Tuy, Pontevedra, Bayona, Monterrey, Celanova, Valdeorras, Allaniz y La Coruña.

Judíos puros, embozados y conversos circularon intensamente por las acequias de la demografía y la cultura regionales. Amores clandestinos difundieron el tipo antropológico a lo largo y a lo ancho de la comunidad galaica. Rosalía de Castro era de ascendencia judía, como todos los de Castro de Padrón, dato que me ha confirmado con interesantes comprobaciones el Dr. Carlos Quijano. Curros Enríquez también tenía judíos en su casta. Y al igual que estos ilustres descendientes de hebreos, melancólicos, irónicos, de fina y desolada inteligencia, de desencantada actitud ante la vida, pululan en Galicia —y hoy fuera de ella, también— los Carrasco, los Patiño, los Pereira, los Estévez, los Barrio, los Franco, los Soto, los Arias, los Méndez, los Morales. Algunos, pese a su cristiandad, tienen memoria del ancestro hebraico. Otros la han olvidado. Otros judíos, finalmente, re-

cuerdan, como uno de los episodios de su drama histórico, el antiguo hospedaje de antepasados en la tierra gallega.

El renombrado Baruch Spinoza, de Amsterdam, el ju dío pulidor de anteojos que formuló uno de los más grandes sistemas filosóficos de la edad moderna, había nacido en Galicia. Era natural del pueblo de Espino, de la parroquia de Vidiferre, sita en el Ayuntamiento de Oimbra, Orense. Allí se le conocía por Benito Espinosa.(11)

Gallego de nacimiento fue también el consagrado médico y filósofo judío Francisco Sánchez, nacido en Tuy o Braga, cuyo libro *Que nada se sabe* le valió el apodo de El Escéptico.(12)

¡Y cuántas familias nobles, de la más acendrada prosapia galaica, esconden el camafeo de la judería tras los blasonados escudos donde proclaman su cristiandad que, por opulenta, lo es doblemente!

Hay contribuciones —y no chicas— de las aljamas en la fundación de los ducados de Medina Sidonia, Maqueda, Camarasa, Ponce de León, Sástago y Osuna. Tristes judíos de finas manos, pulidas de tanto manejar monedas, trajinan en el pasado esplendor y la presente nostalgia de los condados de Alba, Benavente, Coruña, Monterrey y Villaverde. Tras el suntuoso orgullo de la nobleza galaica y española de otrora se embozan los representantes de una humanidad retraída y ardiente de judíos y conversos, tomándose una cumplida revancha que los rehabilita de los padecimientos, envidias, expulsiones y despojos sufridos a través de su peregrinaje por el mundo.

Pero como muy bien lo expresa Correa-Calderón, en Galicia queda de los judíos "algo más que documentos para una historia, que nombres de calles, que apellidos. Queda algo de su idiosincrasia y de sus características en muchos habitantes de las ciudades y villas gallegas .Ese color aceitu-

---

[11] Este dato, extraído del libro de Fernández Alonso, **Los judíos de Orense**, es proporcionado por E. Correa-Calderón en su ya nombrada obra.

[12] Consúltese la edición española del famoso **De multum nobili et prima, universali scientia quod nihil scitur** publicado por la Editorial Nova, Buenos Aires, 1944.

nado, cetrino, esa voz silbante y humilde, esos ojos amortiguados, pero fijos y brillantes en un momento dado, esos hombres detrás del mostrador de un pequeño comercio, nos recuerdan escenas y tipos de algún viejo *melaj*.

"Y sobre todo, esa falta de voluntad, esa cobardía para lo heroico, esas metódicas ambiciones comerciales sin aspirar a un porvenir más dorado, esa saudade de lo ignorado y esa esperanza de lo desconocido, la curiosidad y la ambición del viaje, todo hace pensar en una influencia muy intensa del espíritu judaico en Galicia."(13)

Finalmente debemos hablar de los dos grandes estilos del alma gallega. Como los rostros de los dioses Términos uno contempla los precisos límites de las cosas y otro la masa difusa de la niebla. Y de este modo la ironía se precisa como una fusta del intelecto, como un cincel del racionalismo escultórico, mientras que la saudade se evade por un sub terráneo río de sentimientos hacia los sótanos de la etnía galaica.

La ironía y el humorismo

Hemos ligado en una pareja a la ironía y al humorismo sabiendo de antemano que no manan de una misma fuente. Ambos son "el arma de los débiles" aunque la ironía surge de una operación intelectual y el humorismo es uno de los disfraces de la emotividad. Cierto es que la ironía y el humorismo transitan juntos por el alma gallega. Pero debemos darle a cada uno su cuota y ello justifica el siguiente ejercicio discriminatorio.

La ironía es el método utilizado por Sócrates en su búsqueda de la verdad, en su destrucción de los dogmatismos individuales y los prejuicios sociales. Sócrates proclamaba que su única sabiduría era la conciencia de su poco saber. "Sólo sé que no se nada" era su lema. Y entonces interrogaba a los que se creían sabios, pulverizándolos con su docta ignorancia.

---

13 E. Correa-Calderón: Op. cit.; pág. 279.

Esta ironía no va derecho a su objeto. Dibuja meandros como un río. Ataca por los flancos. Se maneja con preguntas antes que formular afirmaciones tajantes. Se sitúa lejos de las cosas y mediante una operación racional las desarticula, y las hace flotar, como piezas aisladas, en una atmósfera de cruel transparencia.

Esta ironía es hija de la reflexión; es la flor intelectual del ocio. Jankelevitch dice que tal proceso sólo es posible donde la urgencia vital afloja. Sócrates, el ciudadano secularizado de una sociedad esclavista, —olvidada por los que alaban la inexistente democracia helénica—, es el demiurgo de la filosofía de Occidente. Les enseña a los atenienses a preferir la ciudad al campo y, una vez atrapados para siempre por la ciudad, los ayuda a desechar sus errores. La ironía tiene doble filo. Por un lado libera, pero por el otro mina la fé. Es la partera del desencanto, la tutora de la insatisfacción. Es, sobre todas las cosas, el fruto crepuscular del árbol urbano.

Cuando la ironía se proyecta sobre la realidad efectúa un ejercicio discriminatorio. De un lado queda el yo cognoscente; del otro, el mundo. En cierto sentido este es el primar paso de la epistemología, del proceso del conocimiento. Pero también es la llave de la conciencia: "se puede llamar a la conciencia una ironía naciente, una sonrisa del espíritu." Por la ironía abrimos un hueco en el teatro de las cosas. El escenario es la vida y el espectador nuestro yo. "A la ironía se debe ese retroceder del espíritu para tomar distancias, para situar holgadamente los elementos del paisaje. 'El espíritu se despega de la vida'. A fuerza de preguntas, va tomando distancias. Por eso la ironía introduce en nuestro saber el relieve y el escalonamiento de la perspectiva. La ciencia de Sócrates es, ante todo, la ciencia del buen confinar, de las definiciones. Distinción y claridad ,he aquí sus dos calidades inseparables. Por eso la ironía todo lo destroza para ponerlo todo en su verdadero lugar. Además de la distancia tiene en cuenta la duración, la coexistencia. La conciencia irónica juguetea con el mundo, pero recordando siempre la alta misión de la conciencia. Toma la vida en serio, pero se burla de todos sus momentos fútiles. Separa la anéc-

dota efímera del tronco vivo perenne, como quien corta una flor sobrante".(14)

El ironista apunta a un blanco y pega en otro. De ahí que su pensamiento sea "alegórico". Pero si es cierto que trampea finamente no es por ello un hipócrita. En la hipocresía, expresa Kierkegaard, el mal se viste, como el lobo del cuento, con la piel de cordero de la bondad; en la ironía el bien se convierte en un *enfant terrible* que presume de malo.

No obstante sus virtudes Jankelevitch concluye definiendo a la ironía como "el arma de los débiles". No hace ataques frontales, a viva fuerza, sino que corroe por dentro. Y esto engendra al final un espíritu relativista, descreído. La ironía destruye la credulidad. Y cuando llena el vaso hasta el borde se derrama convertida en cinismo.

El gallego, relativista, urbanizado, civilizado en grado sumo, es un ser irónico. Durante los siglos del esplendor compostelano contempla los variados rostros del fanatismo. Familiarizado con el misterio del Apóstol considera a las turbas exaltadas que se disputan un lugar junto al mismo con una sonrisa escéptica. Aprende las sutiles artes del descreimiento en el diario *mester de juglaría* que hace malabarismos con las ideas ajenas, con las desmesuras de la fé. Toma distancia del mundo y ubica en su lugar exacto a los hombres y a las cosas. Pero al ironizar de contínuo cae herido por su propia ironía. Al despegarse de las realidades queda suspendido en lo alto como un móvil de Calder, sensible al más leve soplo de la inteligencia aunque despistado de sí mismo. Entonces, tras la embriaguez intelectual aparece la saciedad. Y la saciedad desemboca en el *taedium* que Casiano consideró *affinis tristitiae*, vecino de la tristeza.

El aburrimiento y la melancolía producen en el alma afectada por este "demonio del Mediodía" —el *daemonium meridianum*— un vértigo muy bien conocido por el hombre de Occidente y en particular por los gallegos. Sobreviene el *horror loci* ,el deseo de huír, de dejar el lugar donde se vive, de buscar otros horizontes, de emigrar, en fin.

---

14 Benjamín Jarnés: **Sobre la ironía.** En REVISTA DE OCCIDENTE Nº CLIII, Madrid, 1936; pág. 338.

El humorismo es otra vertiente del alma gallega. Está a mitad de camino entre la ironía intelectual y la sátira apasionada. Pero esta tríada tiene sus límites y particularidades, muy bien captadas por Ramón Pérez de Ayala:

"Ante la falta de seriedad de la mayor parte de los hombres, los hombres serios han adoptado diferentes posturas que pueden reducirse a tres. La primera, una especie de tolerancia intelectual, que proviene del comprender, y se traduce en una forma superior de sonrisa, tan cauta, que los hombres poco serios, por exceso de seriedad, ni se percatan siquiera y presumen que se les toma en serio. Es lo que se llama ironía. Segunda, una especie de simpatía sentimental y cordial hacia la falta de seriedad de los demás hombres, y un como deseo arrebatado de estrechar la hermandad humana, tomando en serio su falta de seriedad, y dejando de tomar en serio a sí propio. Es lo que se llama humorismo. Tercera, una especie de vehemencia intelectual por emplear la inteligencia propia en aquello en que los demás no la usan, o sea, en corregir la falsa o vana seriedad, reduciendo la infatuación personal a su justa medida y señalando las ficciones como tales ficciones. Es lo que se llama la sátira."(15)

El humor tiene mucho de ternura y de compasión. No es estridente; no se lamenta. Hace ver las debilidades humanas, de las cuales se conduele sin decirlo, a través de la ventana de una sonrisa. Pero esa ventana tiene un tenue cristal de lágrimas. El humorista no es un burlón; más bien es un melancólico "que ya está de vuelta de la violencia y de la tristeza."(16)

El humorismo es un recurso tardío en la historia cultural de los pueblos. Para ser humorista se necesita el contrapeso de una larga vida curada de toda impaciencia y de todo improperio. La vejez de la cultura gallega le ha permitido incubar esta ternura del ocaso. De igual modo los ir-

---

[15] Ramón Pérez de Ayala: **Las Máscaras.** Citado por Emilio González López: **Galicia, su alma y su cultura.** Buenos Aires, 1954; pág. 182.

[16] Wenceslao Fernández-Flores: **Antología del humorismo en la literatura universal.** Barcelona, 1957; pág. XII.

landeses, hermanos de sangre y de paisaje, son humoristas, no tanto por célticos cuanto por viejos.

Cervantes, el más grande humorista de todos los tiempos, era descendiente de gallegos. El tierno humor que circula como savia por el melancólico álamo del Quijote sólo se concibe en Galicia y no en Castilla. Castilla es dogmática, violenta, malhumorada. Tierra de guerreros y de místicos, inhumanos los unos y sobrehumanos los otros, está abrumada por el sentimiento trágico de la vida y carece del sentimiento, tan humano, del humorismo.

El humorismo, como la ironía, es un arma blanda, delicada. No golpea con la violencia sarcástica de Quevedo ni con el vigor dramático de Calderón. Es el recurso de Oscar Wilde o la vocación de Bernard Shaw, ambos irlandeses, y la vía normal de Julio Camba y W. Fernández Flores, ambos gallegos.

Por la ironía intelectual y el humorismo sentimental se define uno de los rostros del Jano gallego. El otro contempla el territorio misterioso de la saudade.

Mundo y trasmundo de la saudade

Mucho se ha escrito sobre la saudade, la soidade y la morriña. Es uno de los temas ancilares del ensayo gallego contemporáneo. Pero quien entre lleno de optimismo a la vastísima literatura que versa sobre la saudade no saldrá cargado de erudición sino de dudas.

Aunque la mayoría de los autores coinciden en calificar a la saudade como un mal metafísico, como una enfermedad del alma gallega, no hay dos opiniones coincidentes sobre aquella. Se confunden causas con consecuencias; se mezcla lo psíquico con lo ontológico; se encalla en el determinismo geográfico o en la psicopatología étnica.

No obstante la vaguedad de este tópico es posible un intento clarificador o, por lo menos, clasificador. Y para ponernos en estado de gracia antes de comenzar el largo viaje, comencemos por analizar el origen y el significado del término.

Existe una etimología que puede desecharse previamente. Se trata de la que hace derivar saudade de una voz árabe

(es imposible reproducir aqui la grafía por carencia de caracteres adecuados) que significa sangre espesa o humor negro. El término está demasiado emparentado con soledad y sus formas idiomáticas afines en portugués o gallego como para buscar fuentes en el árabe. Existe un sentimiento propio de los pueblos semíticos con iguales proyeciones anímicas, pero dejemos al *cafard* y sus similares la tarea de desentrañarlo.

En la Península Ibérica propiamente dicha tanto gallegos como portugueses reivindican para sí la prioridad en el uso del término. Hacia el 1438 el rey Dom Duarte escribía: "E porem me parece este nome de ssuydade tam proprio, que o latym nem otro linguagem que eu saibha non he pera tal sentido semelhante".(17) El crítico español Adolfo de Castro afirma por su parte que la voz surgió en el tiempo del establecimiento de los portugueses en el norte del Africa. Hacia el 1415 Don Juan I y sus hijos arrebatan a los moros la plaza de Ceuta. Los soldados portugueses que la ocuparon comenzaron a sentir añoranza de sus hogares y a ese mal de ausencias le llamaron *Ceudda*. Los conquistado- portugueses del siglo XV usaron con frecuencia el término. La saudade era la nostalgia del guerrero lusitano por los seres queridos y los paisajes dejados en su patria.

El padre Sarmiento, partidario de la tesis gallega, expresa: "Siempre que en el centro de Galicia se use voz gallega, y que se use en libros portugueses, esa voz pasó de Galicia a Portugal. Por esta razón las voces *mixiriqueiro, mágoa, saudade*, aunque se usan en Portugal, son primitivas gallegas."(18)

Karl Vossler se inclina a pensar que la lírica galaicoportuguesa recibió la voz provenzal *suavis* dotándola del agrio encanto de la saudade. Y agrega que solitario y saudoso son cosas distintas. El saudoso es un melancólico, un espíritu anclado en la nostalgia.(19)

---

[17] Dom Duarte: **Leal Conselheiro** (1438). Edición comentada y anotada por J. M. Piel, Lisboa, 1942; pág. 95.

[18] Fray Martín Sarmiento: **Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles.** (Onomástico etimológico de la lengua gallega). Madrid, 1775.

[19] Karl Vossler: **La soledad en la poesía española.** Madrid, 1941.

Es muy posible que la voz soledad haya influído en la génesis del término, pero el significado es otro. *Soedade, soidade y suidade* son tres formas antiguas de la voz que, digámoslo de paso, fue muy poco utilizada por el léxico de los post-románticos gallegos (que en Galicia son los románticos propiamente dichos) del siglo XIX. Recién en nuestro siglo ha prosperado toda una filología alrededor de la palabra, cada vez más requerida y analizada por la poesía y la prosa galaicas.

Es significativo que algunos escritores hayan supuesto que saudade tiene etimología hebrea. Así se aventuró a opinar Alejandro Herculano y, si bien esto no va más allá que del mero paralelismo, entre la *judenschmez* israelita y la saudades galaicoportuguesa puede establecerse una similitud sugestiva, siempre que la saudade sea nostalgia de una patria o tierra lejana y no otra cosa.

Un vasto sector de autores empareja el origen y la semántica de saudade y soledad. Rodríguez Marín así lo establece en su apéndice al Quijote anotado. Menéndez Pelayo las proclama hermanas. Díaz-Plaja la clasifica entre los tres tonos regionales de la soledad española: "Se siente la soledad como una dolencia. No es una cosa objetiva, social, externa. Sino una emoción, una subjetiva impresión; *ser cousa como achar menos*, se dice de la saudade; la soledad es la misma cosa. Galicia da su saudade (*Ausencia tem uma filha que se chama saudade*) con una blanda ternura lastimosa; Castilla su soledad enteriza y firme; Andalucía su queja sonora: la soledad se ha convertido en *soleá*."(20)

A pesar de las opiniones encontradas sobre su etimología y origen, la voz saudade es innegable como hecho lingüístico. Pero sobre este hecho recae la carga de distintos significados. La voz saudade configura así un *designatum*, según la Semántica, que soporta las connotaciones de un múltiple *denotatum*. Pero la palabra está aquí y entre nosotros, como un síntoma y un desafío del alma gallega.

Para penetrar en el mundo y el trasmundo de la saudade, en lo que es y en lo que aparenta ser, en lo que expresa y en lo que sugiere, haremos un esquema previo.

---

[20] Guillermo Díaz-Plaja: **Hacia un concepto de la literatura española. Buenos Aires, 1942.**

Este esquema se desarrollará a lo largo del siguiente itinerario: 1) fenomenología de la saudade; 2) ubicación filosófica de la saudade; 3) teorías sobre la saudade. Las teorías, a su vez, se ordenarán de este modo: biológicas, psicológicas, psicoanalíticas, étnicas, sociológicas, geográficas, metafísicas y literarias.

Empecemos con la fenomenología de la saudade.

Advirtamos de antemano que aquí se otorga al término fenomenología un sentido metodológico y no sistemático. El método fenomenológico inaugurado por Husserl trata de aprehender las esencias a través de los hechos, mediante un tipo de intuición (*Wesenschau*) que permite ponerse en contacto con los significados ideales.

En este sentido, el análisis fenomenológico más aceptable y acertado de la saudade nos parece ser el de D. García Sabell.

Comienza expresando este distinguido ensayista que, previamente, debe rescatarse el tema del puro tratamiento literario.

La saudade es un hecho. Tras ella, transfigurada por la aureola del arte o esquematizada por la teoría, yace una realidad muy peculiar. Dicha realidad no cabe en el proceso de cosificación y cuantificación que conduce a la antecámara de la ciencia. Configura un extraño y laberíntico suceso, una "situación vital" brotada de la interación entre el hombre y el mundo. Este complejo drama humano de la saudade tiene múltiples caras. Es a un tiempo un hecho cultural, histórico, cognoscitivo y metafísico. Sus aspectos complementarios y a veces contradictorios confirman que en su *fiat* concurren varias esferas de la realidad. Tal convergencia lleva al convencimiento de que la saudade es una forma de vida, una *Labensformen* al modo sprangeriano.(21)

Lo que a nosotros realmente debe interesarnos, sean o no conocidas las causas del fenómeno y la significación del mismo, es que la saudade se da en forma de "padecer que roe en la interioridad del hombre". Entonces García Sabell se pregunta: "¿*Qué es* lo que sucede en el espíritu del ga-

---

[21] Consultar al respecto el famoso estudio de Eduardo Spranger: **Formas de vida**. Madrid, 1954.

llego cuando se cae enredado en la maraña de la saudade? ¿Esa vaga ansiedad, esa confusa nostalgia, ese estremecerse de las telas del corazón, en qué *consisten*?"

Como preámbulo a su análisis, García Sabell afirma que la saudade es una situación total, vivida y sentida con *todo el ser*, desde el umbral biológico a los más altos estratos espirituales. Se apodera del hombre como persona, unidad y totalidad a la vez; se instala en el aura de trascendencia que emana de toda la humana criatura.

La saudade obra por etapas, asciende por peldaños. En el primero la saudade es un aguzamiento de lo cotidiano, un sentimiento doloroso de la dimensión problemática de la vida. El hombre se disocia de su vida y la contempla; se convierte en "un espectador angustiado de sí mismo".

Comienza la operación extrañamiento. La vida propia cae como una cáscara. Y surgen de inmediato las vivencias de la saudade: la vaciedad y la desorientación. El hombre se siente perdido, desamparado, asaltado por el miedo, asqueado por la náusea del tedio. "La vida perpleja y ahuecada de contenido se ofrece entonces como una frágil y delicada miseria gobernanda por la anarquía, oscura y brutal, de las ciegas fuerzas físicas. El hombre en saudade es, inicialmente, un hombre sin amparo y confusamente amedrentado. Su vida se ha segregado y él ya casi se siente como un elemento inerte a merced de todos y de nadie."(22)

Resta todavía un ancla. Es la de la persona, no vulnerada por el extrañamiento y corroborada por la contemplación del proceso enajenatorio. Pero el segundo acto de la disgregación se avecina. La persona humana se raja como un vaso y empieza a perder su contenido. Si la vida es vana y desprovista de sentido, la persona que la soporta y contempla se volatiliza, se torna en algo desmedulado y contingente. La persona del saudoso de existencial se convierte en fáctica y la conciencia de existencialidad, entonces, huye a borbotones por la fisura abierta.

Viene ahora el tercer acto. En la descripta evasión no se filtra todo el yo personal sino una parte de él: la que ma-

---

[22] D. García-Sabell: **La saudade por dentro. En la SAUDADE, recopilación de ensayos sobre el tema publicados por Galaxia. Vigo, 1953; pág. 50.**

neja los garfios que se cierran sobre el mundo. El impacto de la despersonalización transforma al mundo en un ente irreal y a la persona en un fantasma. Asoma entonces el definitivo rostro del drama. La saudade se convierte en la nostalgia de la persona que se ha evadido en "la morriña de sí mismo". La saudade funciona ya en cualquier escenario. Hay saudade en las ciudades de América y en las rías de Galicia. No se trata de un problema de distancia geográfica sino de una perpetua carencia que se transporta consigo como el vacante caparazón de un caracol muerto .

Este sismo emocional, empero, no invalida las facultades lógico-críticas. Por lo contrario, en tal estado aquellas se afinan y exacerban. Cobran ante la fuga del protoplasma existencial "una fría y cruel destreza". Ya están montados los mecanismos de la ironía que entonces desenvaina, aguzado como una espina, *el ferrete* que pinchará los globos de la afectación y el engolamiento. Y ya también está montado el mecanismo del gallego integral: se aprieta el gatillo de la saudade y sale el proyectil de la ironía; se baja la palanca de la ironía y ascienden, patéticas y turbias, las aguas de la saudade.

En la definitiva y cuarta etapa el hombre se entrega voluntariamente a la saudade. Y al querer asomarse al mundo advierte que también lo pierde. Lo pierde y queda exangüe de todo significado porque el yo inicial y fundamental del gallego se había vertido, en un proceso milenariamente repetido, en el paisaje circundante. El gallego había animado previamente a la naturaleza con su propia intimidad. De esta manera coexistía con ella. La había humanizado y transferido sus percepciones y emociones. La naturaleza era algo viviente; se había convertido en un personaje. Pero una vez desatado el huracán de la saudade culmina con el extrañamiento del ambiente circundante. "La saudade no tiene nido material donde reposar. Se ha creado el vacío del mundo. Al final, la Naturaleza, descorporeizándose, perdiendo su figura, se queda en simple, aterrador espacio. La Naturaleza entonces produce vértigo porque ha evolucionado a otra dimensión simple y esquemática. Y el saudoso buscará otra, siempre otra distinta que, en el fondo, será la misma".(23)

23 Id. Ibid.; págs. 55-56.

Luego de esta descripción fenomenológica de la saudade debida a García Sabell, en la cual se introdujo el fino escalpelo del análisis existencial, debemos efectuar la categorización filosófica de la misma.

Ramón Piñeiro López ha realizado con lucidez esta tarea.(24) Su sistematización —muy docta— convence en la medida que se comparta el concepto preambular que utiliza para definir el sentimiento designado por la saudade.

En efecto, Piñeiro dice que el sentimiento que alude la voz saudade es el sentimiento de soledad. Sea cual fuere la vinculación etimológica que las ligue existe, para este autor, correspondencia semántica entre ambas. Por lo tanto saudade, suidade o soidade, intercambiables en el espacio y en el tiempo en cuanto a su uso, son tres variantes del sentimiento de soledad. La soledad es una situación del hombre y la saudade es un sentimiento de esa situación.

Como hay distintas formas de soledad también hay, correlativamente, distintos modos de saudade. Dos puntualizaciones fundamentales cabe hacer en este sentido: hay una soledad que el hombre vive en su actividad trascendente, originada en la objetividad, y hay una soledad que vive en sí, originada en la intimidad pura.

El primer tipo de soledad, la originada en la actividad trascendente, aparece cuando se rompe el eslabón que une el sujeto con el objeto. Surgen así la añoranza de un ser amado —ausente o muerto— o del bien perdido —la felicidad, la juventud, la dulzura maternal—; la nostalgia de la patria lejana o del paisaje nativo; y el ansia de felicidad ideal o de constante perfección.

Cada uno de estos modos de soledad provocados por la ausencia del objeto desemboca en una distinta forma de saudade: la saudade nostálgica, la saudade añorante y la saudade ansiosa. Las tres brotan ante la carencia de algo que se recuerda o desea.

El segundo tipo de soledad se desarrolla en la intimidad del sujeto. En ella el sentimiento actúa sin los andadores de la voluntad y el intelecto .Aquí el hombre siente su

---

24 Ramón Piñeiro López: **Pra unha filosofia da Saudade.** Ibid. págs. 13-19.

soledad ontológica, es decir, se siente a sí mismo. Y "este sentirse así mismo en la propia singularidad (soledad) original es sentir saudade".(25)

Caracterizadas de este modo las distintas saudades con referencia al mundo exterior y al interior, Piñeiro distingue la saudade de tres sentimientos afines pero distintos: la *morriña* gallega, la *Sehnsucht* alemana y la angustia heideggeriana.

Morriña y saudade se emplean a menudo en Galicia como sinónimos. No lo son, sin embargo. La *morriña* es un estado de depresión vital acompañado por un sentimiento de tristeza. Su polo positivo es la euforia, circundada por un sentimiento de alegría.

Pero la *morriña* puede ser el cimiento o la azotea de la saudade. La saudade, cuando atenacea el hombre, lo lleva, ya a entregarse a un impulso de trascendencia cuya meta es la procura del ser, ya a inmovilizarse en un pantano íntimo cuyo desenlace es el hundimiento en la *morriña* o melancolía.

En otras ocasiones, la *morriña* producida por causas orgánicas, psíquicas o morales provoca un ensimismado buceo en el seno de la tristeza hasta llegar a la anémona de la saudade, abierta en el fondo submarino del alma.

No autoriza este doble proceso, empero, a confundir *morriña* con saudade. La *morriña* se distingue por su tristeza depresiva; la saudade, por su carencia de significación psicológica. El anverso de la *morriña*, como vimos, era la euforia gozosa; el de la saudade, es el éxtasis místico, la contemplación del Ser.

La identificación de la saudade con la *Sehnsucht* fue sugerida por el pensador gallego José Luis Varela.(26)

La *Sehnsucht* según la definición del filósofo alemán Fichte es una actividad que procura un objeto desconocido, un objeto vedado a las posibilidades cognoscitivas del yo pero que se siente como necesidad.

Piñeiro rechaza la proposición de Varela. La saudade es un sentirse a sí mismo en el centro de la propia soledad

---

[25] Id. **Ibid.**; pág. 16.

[26] José Luis Varela: **Rosalía o la Saudade. Madrid, 1950.**

ontológica. La saudade es un anhelo de trascendencia, una aspiración a algo desconocido que está fuera del ego.

Mientras que la saudade es una inmersión pasiva en la pura intimidad del ser del hombre, la *Sehnsucht* es una tensión dinámica, un salto con trampolín hacia la trascendencia pura.

Finalmente, la equiparación de la saudade con la angustia —en el sentido que Heidegger otorga al término—, propuesta por Celestino F. de la Vega(27), suscita en Piñeiro un fino análisis y una meditada crítica del intento asimilativo.

En la angustia, dice Piñeiro, la situación original correspondiente es encontrarse como ser-en-el-mundo. La autorealización del ser-en-el-mundo supone un futuro en blanco, hueco, abierto a las posibilidades. Este futuro semeja un abismo invisible. La angustia es, entonces, el sentimiento producido por ese vacío inicial que se dilata frente a la existencia que se debe realizar aún. Y la angustia volverá a ser el sentimiento de anticipación de ese otro gran vacío final que se abre tras la existencia realizada. Ante la perspectiva de un futuro vacante, baldío, surge el sentimiento de la angustia. Si este futuro tuviera algún contenido, entonces la angustia alternaría con la esperanza. De aquí que la angustia sea un sentimiento atrapado por la temporalidad. Es, en definitiva, el sentimiento de la temporalidad.

Para Piñeiro la saudade es un sentimiento distinto y fenómenológicamente anterior a la angustia. Se trata de un sentimiento perteneciente a un plano más radical. Es el sentimiento de la singularidad del propio ser. Mientras que la angustia traduce la temporalidad del ser, la saudade define la singularidad del ser. Y aquí viene entonces la diferencia decisiva: la singularidad es la relación ontológica entre el ser del hombre y el Ser; la temporalidad es un *modo de ser*, del ser del hombre, del Ser singularizado.

Piñeiro, después de esta ejemplar caracterización de la saudade arriba a conclusiones filosóficas muy significativas. El ser del hombre tiene un sentido ontológico positivo pues a

---

[27] Celestino de la Vega: **Campanas de Bastabales.** En SIETE ENSAYOS SOBRE ROSALIA. Vigo, 1952; págs. 85-92.

través del cernidor sentimental y singularizador de la saudade desemboca en la libertad esencial. O sea, en definitiva, que la saudade provoca y estimula la realización de la libertad.

Efectuadas ya la descripción fenomenológica y la filiación filosófica de la saudade vamos a internarnos ahora en la oscura selva de las interpretaciones, en los sargazos de las teorías. Conservaremos en este punto una prescindente objetividad. Las expondremos, sin aprobarlas ni negarlas, de acuerdo a la clasificación adelantada en las anteriores páginas.

Comencemos con las teorías biológicas.

Javier Andrade Cimadevila(28) dice que el hombre atlántico, sumergido en las constantes nieblas que se ciernen sobre la costa occidental europea, tiene un déficit de luz. Un déficit físico, que se traduce en una desvitalización orgánica, y un déficit psíquico, que se manifiesta en una especie de heliotropismo positivo. Este heliotropismo, esta "sed de luz" solar, ha creado dos Atlántidas entre los gallegos, irlandeses y bretones. Una es la Atlántida exiliada, que se desgaja de su tierra en busca de cielos luminosos y altos, engrosando así la caravana de la emigración. Otra es la Atlántida sedentaria que, como no puede desplazarse, se sensibiliza —esto es, se convierte en saudosa— "abstrayéndose del paisaje en torno".(29)

Hay dos saudades, pues, y dos melancolías correspondientes La del alma-mariposa que vuela tras la luz y la del alma-planta que hunde su raíz en la tierra pero que abre su flor en el aire del ser ensimismado.

Las teorías psicológicas son más abundantes.

---

[28] Javier Andrade Cimadevila: **Etnobiología atlántica.** Citado por Salvador Lorenzana en un trabajo que desde ya recomendamos y que mucho nos ha servido para orientarnos en el laberinto de la saudade. El ensayo se llama **Teorías interpretativas da saudade** y figura en el libro **La Saudade** publicado por Galaxia, Vigo, 1953; págs. 157-198.

[29] Id. Ibid.

Para Juan Vicente Viqueira la saudade nace del lirismo consustancial al alma gallega.(30) El lirismo es la exaltación de la subjetividad, la constante irrupción de la intimidad sobre las cosas. Un lirismo de este tipo, salido de cauçe, "se transforma en sentimentalidad, fuente de saudade, *morriña* y deleite en el ensueño."

Vicente Risco(31) cree también que la saudade es la expresión última del lirismo galaicoportugués. La saudade es, por lo tanto, el lirismo propio de una psique atlántica, amante de las grises pinceladas de las nieblas antes que de los contornos definidos por la luz. Este lirismo anímico atraviesa como un hilo todas las cuentas de las expresiones poéticas: es épico en Camoens, madrigalesco en los juglares, místico en Fray Agustín da Cruz, trágico en Anthero de Quental, filosófico en Leonardo Coimbra. Y lo establecido para la historia literaria de Portugal vale para Galicia, su hermana atlántica. El prestigioso lirismo de la gran tradición poética gallega y el lirismo humilde pero intenso del pueblo son el perpetuo combustible de la lámpara de la saudade, siempre encendida y siempre velada por la pantalla de brumas que vienen del mar.

Las teorías psicoanalíticas de la saudade se han abierto paso recientemente. Son menos simplistas, más difíciles de comprender por el lector común, más arduas de enunciar que las otras.

Una de las más brillantes es la de nuestro conocido y tantas veces citado Rof Carballo.(32) Sus disquisiciones alrededor del Anima galaica, su teoría del masoquismo gallego y su explicación de la morriña, hacen aparecer a la tierra como a la Madre y al *homo galaicus* como al hijo que en la saudade (*o morriña*, esto es, muerte pequeña) provocan la confluencia de tres componentes: versión hacia la madre, anhelo de seguridad primigenia y nostalgia de la unidad última.

La *morriña* es provocada por la ausencia de la patria. Dicha ausencia evoca en la interioridad del ser la separación

---

[30] Juan Vicente Viqueira: **Alma gallega**. Ensayos y poesías. Ed. Nós. La Coruña, 1930.

[31] Vicente Risco: **Un libro de Teixeira de Pascoaes**. En ALI NOSA TERRA. La Coruña, 1920.

[32] J. Rof Carballo: **Op. cit.**

y alejamiento de la madre "como la primera concreción que el hombre vive o sufre de su desamparo, de su carácter de *apátrida en el mundo*" (Kunz). De este modo se supera la desnuda explicación psicológica como una proyección del vínculo madre-niño. La *morriña* penetra en su totalidad a la existencia humana para hacerla girar, como un molino, con el viento vivencial del desamparo cósmico. Pero la *morriña* es ambivalente. "Al hablar de la *morriña* sólo se tiene presente su fuerza centrífuga, la sístole que acerca a la Tierra el corazón que de ella se ha alejado. Se olvida el movimiento diastólico que la *morriña* implica: la tendencia a salir de la tierra. Los economistas y los sociólogos nos dirán cuáles son las causas materiales de la emigración. Aquí nos interesa únicamente que el fenómeno de la emigración ocurre sobre un propicio suelo emocional: la paradójica apetencia del hombre saudoso por extrañarse, por alejarse de aquello que va enseguida a reconocer que le es terriblemente necesario, de la tierra cuya lejanía le va a hacer morir de *morriña*. Es equivocado pensar que el alejamiento del gallego nace sólo de un exceso de natalidad. Este, efectivamente, influye, pero no sólo como factor económico sino como factor emocional. La Madre Tierra ha de protejer y amparar a demasiados hijos. Los hermanos son siempre concurrentes en el cariño maternal; son la primera aparición del prójimo en la vida del hombre. No se ha parado la debida atención en que la primera aparición del prójimo en la vida del hombre nos presenta al 'otro' como un *enemigo*, como un competidor, bajo el disfraz de un hermano. Si la primera emoción del hombre fue el sentirse amparado maternalmente, la segunda nace del miedo a perder este amparo por la aparición del rival, del competidor. Hay un subestrato afectivo, emocional, en esta realidad económica de que el gallego emigra porque no puede vivir. A veces su marcha no le sirve para vivir mejor que sus hermanos y él no lo ignora .Si analizásemos la motivación profunda que ha determinado el alejamiento de Galicia de muchos de sus hijos, encontraríamos, eso sí muy recubierta de razonamientos y disculpas, ésta: la emigración es, emocionalmente, una reacción frente a la pérdida simbólica del cariño materno. Entendiendo siempre por

'madre' el arquetipo en el que se funden la madre real y la Madre Tierra."(33)

Las teorías étnicas de la saudade apuntan hacia otra realidad, más difusa y poética a la vez. Según ellas los pueblos célticos —irlandeses, galenses, bretones y gallegos— son esencialmente saudosos. El espíritu celta vaga en busca de un bien perdido para siempre, ya en la *morriña* gallega, ya en la saudade portuguesa, ya en la *hiraeth* galense, ya en el *Longing* británico. Fiona MacLeod habla entonces de la "búsqueda de una tierra de arcoiris", de "una vaga tierra de la mocedad". Stephen Reckert evoca la incapacidad política y económica de los celtas que, sumada al influjo intimista e intimidador del mar brumoso y a la dramática situación de los Finisterres, habría provocado una sentimental tendencia a la ensoñación introspectiva.(34) Evaristo Correa-Calderón dice que la saudade es "la delicada melancolía de los celtas, gentes dolientes que parecen vivir en perpetuo exilio, como desterrados asimismo de una patria ideal, de una tierra que sólo las más arrebatadas hipótesis alcanzan a imaginar".(35) Detrás de todas estas historias de patrias perdidas se esconde —el lector ya lo habrá adivinado— el común denominador obsesivo de la Atlántida, aquel continente engullido por el mar según el relato platónico. Pero no entremos en el laberinto de las "arrebatadas hipótesis"; para confusiones y equívocos nos basta con todo lo que se ha dicho sobre la saudade.

Insiste en el carácter céltico de la saudade Plácido Castro, aunque es menos vago que los autores citados. Castro se preocupa en buscarle un sentido, o un sinsentido: "Lo fundamental en la saudade es el deseo mismo, y no el objeto que deseamos. Pensamos más en la saudade que en Galicia; hemos incluído a la tierra entre los infinitos motivos de nuestra saudade, pero lo que en realidad nos seduce no es la patria, sino la saudade misma, sin que esto signifique que nues-

---

33 Id. Ibid.; págs. 129-130.

34 Stephen Reckert: **Galicia, Occidente de Romania y Sur de Celtia.** Charla pronunciada en el programa gallego de la B.B.C. de Londres el 9 de junio de 1947.

35 Evaristo Correa-Calderón: **Teoría de la Atlántida.** Madrid, 1959; págs. 114-115.

tro amor a la tierra sea menos hondo que el de otros pueblos. Precisamente porque en la saudade de la tierra predomina el deseo, les parece a los gallegos, aún cuando se hallen en Galicia, que están en cierto modo ausentes, y siguen anhelando una unión más íntima con su tierra, buscan algo en ella que no es material, procuran un anhelo imposible de satisfacer".(36) Estos sentimientos son un legado de la etnía céltica. Los pueblos célticos iban por el mundo dominados por una oscura pasión, por un anhelo de lo imposible. De esta hipótesis parte Castro para reconocer en los nietos de aquellos antiguos celtas idénticos caracteres espirituales. "No es sorprendente que un sentimiento tan indefinido y tan variado como la saudade, tenga con frecuencia una forma vaga, el deseo puro, el deseo por el placer de desear, el anhelo de no se sabe qué... De este confuso anhelo de no se sabe qué, es fácil el paso a la forma más característicamente celta del deseo, la saudade de lo imposible, la saudade pura que no puede verse nunca satisfecha, y que es por eso quizá la más atrayente.

La saudade es el cauce artístico más afín a la psicología racial que los poetas de los países célticos han utilizado para la expresión de sus sentimientos. Cauce bien adecuado, porque el arte es, al fin y al cabo, una forma de saudade: el anhelo de crear algo más bello de lo que existe, la no conformidad con la realidad, la aspiración hacia la belleza. En el caso de los poetas gallegos, y en general de los célticos, su psicología les ha llevado a acentuar el acto de desear, más aún que el mismo objeto de su deseo, y por eso su obra se define por ese amor a 'lo lejano en la lejanía', y está saturada de saudade".(37)

Dentro de las teorías sociológicas de la saudade citaremos la de Francisco Elías de Tejada Spinola. No porque lo sea estrictamente, sino porque su autor la formula en vista de "una posible sociología existencialista".(38) De este modo,

---

[36] Plácido Castro: **La saudade y el arte de los pueblos célticos**: Cit. por Salvador Lorenzana; **Op. cit.**, pág. 173.

[37] Id: **Un tema de Galicia: la Saudade y la Poesía.** Ibid.: pág. 174.

[38] F. Elías de Tejada: **La saudade desde una posible sociología existencialista.** En LA SAUDADE, págs. 99-117.

en la primera parte de su trabajo se refiere, muy inteligentemente por cierto, a las tres maneras de considerar la naturaleza —panteística, artificial y personificadamente —y en la segunda procura demostrar que la saudade es "el pánico ante el infinito" personificado por la inmensidad desconocida del mar.

Este cambio de frente conceptual nos permite trasladarnos ya al campo de las teorías geográficas y comenzar la larga lista con esta despistada sociología del espíritu céltico.

La saudade, dice de Tejada, es un sentimiento de frontera, de confín. Es semejante al *dor* rumano, también una emoción de frontera erguida sobre las "puertas aduaneras" de la civilización que se enfrentaba a los pueblos bárbaros. Ambas son "angustias indecibles" que a fuerza de reiterarse se convierten en la segunda naturaleza de válacos y portugueses, de gallegos y moldavos. La diferencia estriba en que el temblor rumano nace ante la estepa que envía sus hordas ecuestres al asalto de las ciudades postradas por el virus de un cultura feminoide y decadente, mientras que el temblor del gallego proviene del mar acechante y misterioso. El *dor* rumano es el sobrecogimiento provocado por la agresividad de los hombres; la saudade galaicoportuguesa es el sobrecogimiento provocado por la agresividad de las cosas. La saudade, en definitiva, es "la angustia colectiva provocada en los celtas del noroeste peninsular por la personificación de los elementos naturales cuando el diálogo con ellos se planteó en términos de desigualdad para los hombres; es la secuela existencial auténtica de un agente exterior actuando sobre la psicología del existir banal, pero cuyas consecuencias repercuten en la raíz del yo, dada la unidad indisoluble del ser humano como ser existente y consistente".(39)

Es muy difícil que un rumano acepte la explicación que proporciona sobre el *dor* el ensayista español. Cuando un rumano con formación académica como Mircea Eliade, el gran historiador de las religiones y de la "dialéctica de las hierofanías", nos explica que es el *dor*, parecería que un gallego nos estuviese exponiendo una teoría ortodoxa de la saudade. El *dor*, según Eliade, expresa un estado de alma in-

---

39 Id. Ibid.; pág. 111.

definible del hombre insatisfecho con el presente. Este hombre no pude vivir el instante absoluto pues sólo escucha los reclamos del pasado, de un lejano lugar, de un vago paisaje. El *dor* no es el desamparado engendro de la soledad sino un estado agravado por la propia soledad a causa de la ausencia del ser que se ama. Esta ausencia impide que se cumpla un destino, que la vida se viva con toda su plenitud. El *dor* "no es siempre *nostalgia de alguna cosa*. Se sufre el *dor* independientemente de cualquier cosa exterior y precisa. El ser entero sufre de *dor;* es un destierro del alma, una honda melancolía que quizá revela la condición del hombre en el Cosmos. En este caso el *dor* alcanza una validez metafísica e incluso religiosa".(40)

Luis Tobío dice que los gallegos hablan mucho de la tierra y poco de la casta. La tierra es una constante, una realidad tangible. La casta es algo que se renueva y huye, una oleada de hombres que vienen y van con el viento de las generaciones.

Tobío está entre nosotros, los uruguayos, hace ya bastante tiempo. Es una de las poderosas mentalidades gallegas peregrinas por el mundo que, no obstante la distancia, siguen unidas por una empecinada raíz al solar nativo. El Dr. Tobío, escritor formado en las más exigentes disciplinas culturales de Europa, desconfía del simple determinismo geográfico pues sabe que en el siglo XX los dispositivos de la civilización priman sobre las imposiciones de la naturaleza. Pero siente en alma propia la succión del remolino de la nostalgia. Es esa tierra gallega enfrentada al Atlántico, envuelta por la bruma e incrustada como una lanza —la del Finisterre— en el gran mar resonante, la responsable del sentimiento de la saudade. Querer eludirlo es negar la patria lejana. La saudade ha nacido del medio físico. Pero puede ser un hecho coadyuvante la persistencia, en el fondo de la conciencia colectiva, de la memoria de un deambular prehistórico que haya impresionado la sensibilidad popular. Tal vez corra por las napas subterráneas de la mente galaica el recuerdo de una antigua emigración de Oriente a Occidente, detenida por la infranqueable barrera del Océano.

---

[40] Mircea Eliade: **Dor, nostalgia, rumana.** En EL ESPAÑOL Nº 27. Madrid, 1943.

La saudade engendra quietismo, contemplación. Es un preventivo contra el activismo contemporáneo, contra el *neg-otio* que aniquila la dorada crisálida desde donde el alma ociosa siente el pulso del mundo. La saudade restaura el equilibrio perdido entre el alma prometeica, anterior a los hechos, y la acción epimeteica del esclavo de los mismos. Rescata, en definitiva, la armonía humana. Sería entonces muy recomendable usar la saudade como un antídoto contra la mordedura del áspid de la acción que "adormenta moitas cousas maravelosas que o home leva en sí."(41) La saudade se convertiría así en salud del alma, en generosa medicina restitutiva del *tempo* interior, de la cadencia creadora del espíritu.

Los estudiosos gallegos dicen que quien se refirió a las vinculaciones entre paisaje y saudade por vez primera fue Angel Fole .En uno de sus trabajos dicho autor expresa que la contemplación de la belleza del paisaje provoca amor y prestigio ideal. El gallego, más que ningún otro pueblo, proyecta al paisaje materno la ternura del hogar y lo considera como un regazo donde se puede descansar de las luchas y penas cotidianas. Esta proyección se debe a la calidad y al requerimiento del propio paisaje. "Su encanto *crepuscular y musical* infunde en nuestra alma el ensueño, origina la soledad contemplativa donde comienza la saudade."(42)

Augusto Casas establece una variante. El paisaje es para el gallego la huella de los dioses, el latido del corazón cósmico. El paisaje vive, vibra, siente. Sobre la tierra vegetal, que es una especie de arca donde se guardan las innumerables muertes de los hombres, se levanta el edificio de la inmortalidad, desplegada como un velamen de árboles, de rocas y de nubes. Lo perecedero de la especie *homo* se convierte en eterno merced a las renovadas alusiones del paisaje. La saudade, entonces, "no es otra cosa que el sentimiento de esa perennidad, de esa supervivencia mística".(43).

---

41 Luis Tobio: **Arredor da Saudade**. En LA SAUDADE, pág. 69.

42 Angel Fole: **Rostro y entraña de nuestro ser**. Presencia de Curros y Doña Emilia. Colección Grial. Nº 3, Vigo, 1952.

43 Augusto Casas: **Prólogo a las poesías gallegas de Rosalía de Castro**. Barcelona, 1946.

Entre las teorías metafísicas debe ser citada en primer lugar la de Roberto Novoa Santos. Según este autor hay tres tipos de saudade entre los gallegos, de los cuales el más original es el último. La primera saudade es la del pasado. Recuerda la fragancia del tiempo que ha corrido como un arroyo por debajo del puente de nuestra vida. Se complace en evocar los perdidos paraísos de la juventud del yo individual o de la colectividad racial. La segunda saudade es la morriña. La siente el emigrante como una agridulce herida. Es el ansia de retornar a la tierra amada, a los amigos, al viejo hogar que permanece en el recuerdo con su flor de humo abierta en el paisaje. La tercera saudade es la del porvenir, ya transpasada por el éxtasis del misticismo. Se expresa en la intención creadora de la muerte que invita a devolver a la tierra todo lo que de ella hemos recibido, incluso nuestro cuerpo y nuestra alma. La saudade última y trascendente se convierte así en el deseo de morir, de reintegrarnos al seno de la tierra, para resucitar en la gracia del paisaje gallego.(44)

Para otros autores la saudade es el anhelo de lejanía. Pero no un anhelo preciso que tiende hacia un objetivo ideal. Antes que ideal la meta de este sentimiento es irreal. Se trata de algo no determinado, vago, brumoso como los litorales atlánticos en invierno. Es un ansia sin asidero, colocada al margen del tiempo y del espacio. Jaime Quintanilla, luego de señalar que el deseo engendra entre los castellanos tres matices representados por el Idealismo, la Fé y el Misticismo, dice refiriéndose al pueblo gallego, y no a la raza como él escribe: "El deseo, en nuestra raza, engendra estas tres clases de sentimientos: la *Morriña*, la Saudade y el Lirismo. La *morriña* es el ansia de una lejanía concreta. Y esta lejanía concreta es la Tierra, nuestra tierra. La saudade es el ansia de una lejanía imprecisa. El lirismo es la saudade exaltada."(45) Hay otras y más rigurosas teorías metafísicas. Tendríamos que volver a las de García Sabell, Piñeiro y Rof Carballo para considerar los aspectos estrictamente metafísicos de las

---

[44] Roberto Novoa Santos: **El instinto de la muerte.** Madrid, 1927.

[45] Jaime Quintanilla: **O Saudosismo e o Idealismo.** En A NOSA TERRA.. La Coruña, 1921.

mismas. Pero lo ofrecido ya, con ser sólo preliminar, alcanza para formarnos un concepto de este sutil y arriesgado camino entre abstracciones.

Finalmente tenemos las teorías literarias. Las llamamos así porque han sido formuladas por escritores y porque buscan en las expresiones de los propios escritores la pista secreta de la saudade. Su paradigma es el Saudosismo del poeta portugués Teixeira de Pascoaes quien, durante toda su vida y a lo largo de muchos libros, procuró penetrar en el espíritu regional de la literatura lusitana.

El Saudosismo es un fenómeno privativo de los pueblos portugués y gallego, los cuales forman una tradicional unidad espiritual. En la Saudade portuguesa se funde la *morriña* gallega que no es como el *homesick* o el *mal du pays* un sentimiento padecido por algunos hombres sino por toda una etnía. Hablar de aquella equivale, por lo tanto, mentar a ésta.

Según Teixeira de Pascoaes la saudade nace del ayuntamiento del Deseo carnal o pagano con el Dolor espiritual o cristiano. Por ello participa a la vez de la tristeza y la alegría, de la luz y la sombra, de la vida y la muerte. Proyectada sobre la Naturaleza, la saudade "es la propia alma universal donde se realiza la unidad de todo cuanto existe".(46) El deseo que alimenta una de las vertientes de la saudade es de origen ario; el dolor, es de origen semita. Digamos de paso que arias y semíticas son las lenguas y no las razas, como confunde Pascoaes. Jugando con las fuentes y combinando las variantes el poeta portugués forja entonces todo un vago y lírico universo que tiene más validez en su mente que en la realidad. El dolor es espiritualizado por el deseo y el deseo materializa al dolor. La saudade, iluminada por el resplandor del deseo greco-romano, se transforma en esperanza; herida por el dolor judaico se transmuta en recuerdo. Ya las compuertas están abiertas. El Saudosismo fluye incontenible por ellas. Y con él corren las exageraciones, los subjetivismos y la fantasía de un poeta que

---

46 Teixeira de Pascoaes: **O esprito lusitano, ou o Saudosismo. Porto, 1912.**

vierte sobre el mundo de la saudade las riquezas y resonancias de su propio mundo interior.

Aquí termina nuestro camino. Como el del Quijote, ha sido más interesante que la posada. Pero también se desea, al cabo de sus vueltas y revueltas hallar un asidero, un retazo de tierra firme donde se pueda descansar de tanto frenesí imaginativo, de tanta teoría atrayente y turbadora. Pese al largo trayecto recorrido no sabemos aún que es la saudade. Sabemos en cambio que existe y desvela a los pensadores galaicoportugueses, quienes procuran explicarla e interpretarla. Tratemos de contentarnos entonces, sin irreverencias, con este flaco consuelo.

Capítulo VII

LOS GALLEGOS EN EL URUGUAY



Causas y consecuencias de la emigración gallega

Hay temas que duelen como heridas. Y uno de estos, dentro de Galicia y en el ámbito de la Galicia peregrina, es el de la emigración. Galicia se desangra demográficamente. Cientos de miles, millones de gallegos han dejado su tierra para dispersarse por el mundo. Han formado una Galicia ultramarina en la América atlántica sin constituir por ello un imperio colonial, sino todo lo contrario. Tan considerable es la emigración de Galicia que el gallego se ha transformado, desde hace mucho, en el representante plenipotenciario de la España popular, la del trabajo, que, en definitiva, es la verdadera España. En América, actualmente, decir gallego equivale a decir español. No hay en este calificativo, como se ha creído, una sombra de desprecio, sino un reconocimiento a la realidad del éxodo transatlántico.

La emigración gallega es un fenómeno determinado por causas múltiples, unas básicas y otras concurrentes.

Desde muy antiguo la superpoblada Galicia dispersó el excedente de sus hijos por otras tierras. Sin contar los desplazamientos transcantábricos de los primitivos pobladores del noroeste ibérico que, según las leyendas de Irlanda, fueron los pobladores iniciales del verde Eirín. en el Imperio Romano ya se advierte la pululación andariega de los gallegos por los cuatro puntos cardinales del *Mare Nostrum*. Durante la Edad Media se repite el hecho y los gallegos se derraman, desde su colmada marmita humana, por toda la España y la Europa de cultura latina. Y finalmente, en esta última centuria, impulsada por los cambios de estructura social y económica, la emigración gallega alcanza caracteres de hemorragia. En efecto, cifras no acrecentadas por los datos de las migraciones internas en España ni por el embarque subrepticio de polizones, arrojan para los cincuenta primeros años del siglo XX la suma de 1.300.000 gallegos desgajados por las migraciones transcontinentales.

El éxodo transatlántico gallego ha sido analizado desde todos los ángulos y en todos los tonos por los ensayistas, pe-

riodistas y poetas gallegos. Rosalía de Castro y Curros Enríquez, en este sentido, nos han legado versos admirables. Particularmente Curros, en el poema *O gaiteiro* resume el drama colectivo del éxodo irrestañable de Galicia en estos versos tantas veces citados:

> Tocaba... e cando tocaba
> o vento que do roncón
> pol-o canuto fungaba,
> dixera que se queixaba
> da gallega emigración.
> Dixeran que esmorecida
> de door a Patria nosa,
> azoutada, escarnecida,
> chamaba, outra Nay Chorosa
> os fillos da sua vida...

La patética voz de los poetas sólo acierta a llorar, a lamentar. Pero el lamento no alcanza. La Rosalía "chorou por todos e pra sempre". Es necesario explicar, señalar las causas y buscar los remedios para detener esta evasión de hombres jóvenes, fuertes y tenaces. Deben entrar en la liza el economista, el sociólogo y el político leal para determinar la inserción de Galicia en la coyuntura española. Y las soluciones sociales, económicas y políticas tendrán que ser planificadas, como lo pedía Mannheim, en un clima de libertad y justicia, de respeto a la suma de los derechos humanos.

Y ahora comencemos a preguntar y responder, en una tentativa de ordenar racionalmente las vicisitudes del hecho migratorio.

¿A qué razón o razones se debe la incontenible salida de los gallegos hacia los países de ultramar?

La más importante de las causas es la presión demográfica provocada por el excedente de población que no puede hallar sustento adecuado por las limitaciones que impone la economía gallega. No alcanzan la ganadería, la agricultura y la pesca de Galicia para sustentar al pueblo. Los salarios son bajos. La voracidad fiscal aprieta a todos por igual pero al rico sólo lo molesta mientras que al pobre lo

asfixia. Roto el equilibrio entre los rendimientos de la tierra y las necesidades del hombre, el hilo se corta por lo más fino. Como no se ha podido hasta ahora acrecentar la producción de la tierra, el elemento dinámico y semoviente tiene que abandonarla. Y el hombre emigra. América es la meta anhelada. Allí hay buenos salarios, posibilidades comerciales, oportunidades para ascender en la escala social, y en el caso de algunos países privilegiados, una firme garantía democrática. Los pobres pueden llegar a ser ricos. El espectro del hambre y la tuberculosis se esfuma del otro lado del Océano, que ayer espantaba a los celtas, y cobra la forma tangible de un vellocino de oro. Cada gallego se convierte en un Jasón y, sin reparar que es un argonauta de tercera clase, larga amarras. El mortal más enamorado de su terruño que jamás pueda existir se expatria voluntariamente para lograr el sustento para sí y los suyos. Y de este modo se desatan los episodios sucesivos de una tragedia que se inicia en Galicia y no se sabe donde termina.

Todos los gallegos residentes en América que tienen plena conciencia del problema, no obstante haber sido muchos de ellos favorecidos por la fortuna, hablan de frenar la emigración. Y son acompañados por los gallegos residentes en Galicia que comprenden los efectos y la magnitud de esta sangría. Pero la emigración gallega no podrá detenerse mientras no puedan ser fijados al solar nativos los peregrinos que hoy buscan sustento en lejanas tierras. Hay que mejorar la agricultura y liquidar el manifundio. Le deben crear industrias que ocupen y remuneren bien a una abundante mano de obra. La tan alabada hidroelectrificación de Galicia, a la que aludimos en el capítulo I, en la actualidad sirve para alimentar las usinas de Almería y Valladolid no obstante la pérdida del 8 o/o de energía cada 100 kmts. de distancia recorrida. Moure Mariño se queja, y con razón, del tratamiento de "despenseros del resto de los españoles" que se da a los gallegos puesto que colaboran en la riqueza nacional, sin recibir beneficios regionales, con el 25% de la madera y el 20% de la producción de energía eléctrica.(1)

1 Luis Moure-Mariño: **Congreso de Emigración.** En LA VOZ DE GALICIA. **La Coruña, 23 de agosto de 1959.**

A esto podría agregarse que Galicia, apenas el 6% de la superficie territorial de España, produce el 15% de la renta agrícola del país, favoreciéndolo con el 25% de la producción de patatas, el 45% del maíz, el 25% de las alubias y el 40% del centeno.

Pero esto no es todo. El capítulo de cargos y deficiencias no achacables a Galicia es largo y severo. El día que los minerales de Galicia, muy abundantes como se reconoce en las actuales prospecciones geológicas, dejen de ser exportados y se industrialicen *in situ* aprovechando los brazos vacantes que el minifundio expulsa de sus abarrotadas celdillas; el día que la energía hidroeléctrica gallega se aplique a la efectiva transformación, elaboración y refinamiento de los recursos del suelo y del subsuelo; el día que una orla de ciudades fabriles levante hacia el cielo las nieblas laboriosas de la industria; el día que el pulpo fiscalista afloje sus tentáculos y deje de chupar a los contribuyentes sin otros bienes que los de su trabajo, entonces se detendrá la sangría migratoria. Mientras esto no suceda todo lo demás será quejumbrosa e inefectiva literatura.

La emigración gallega, además de reconocer esta principal causa económica, ha sido impulsada por otros factores coadyuvantes.

En 1956 el Marqués de Santa Cruz, al fundarse el Instituto Español de Emigración dijo que "la emigración española ha sido la clave segura de nuestra balanza de pagos, compensando el déficit crónico de nuestra balanza comercial, por lo que las remesas de los emigrantes han podido ser llamadas con razón el *Plan Marshall* de nuestra economía".

El descongestionamiento logrado en Galicia merced a la exportación de gente trabajadora al exterior ha equivalido a una aplicación de sanguijuelas. Y si bien esta terapéutica ha redundado en favor de España por el envío de remesas (300 millones de pesetas anuales como promedio) que el emigrante efectúa con puntualidad jamás traicionada, el remedio, con todo lo heroico que tiene, no deja de ser una herejía. Alvaro Cunqueiro recuerda al efecto una opinión canadiense muy autorizada. En un congreso sobre inmigración realizado en Quebec en 1957 los economistas y sociólo-

gos de aquel país convinieron que la inmigración de un obrero calificado significaba una aportación gratuita a la economía canadiense de 12.000 dólares y que un agricultor de menos de 30 años equivalía a la mitad de dicha suma. Entonces, aplicando el mismo razonamiento, pero a la inversa, al caso de los gallegos emigrantes, Cunqueiro dice que "quizá aquí en Galicia fabriquemos bastante más barato. Pongamos que vale criar y poner en forma un obrero especializado 150.000 pesetas, y un labriego 100.000. Desde 1951 a 1957, según estadísticas del Instituto Español de Emigración que recoge Valentín Paz-Andrade en su espléndido libro *Galicia como tarea*, han emigrado 177.256 gallegos. Multipliquemos por una media de 125.000 pesetas, PUESTO EL GALLEGO TERMINADO A BORDO. El resultado es de 22.157:000.000 pesetas... Quiero pedirle perdón a la pobre gente de mi país, a la gente de mi lengua y de mi sangre por haber hecho esta multiplicación, POR HABER PUESTO PRECIO A LA CARNE HUMANA..."(2) El lector dado a las comparaciones puede efectuar, sin mayores sobresaltos intelectuales, una muy provechosa entre lo expresado en términos de utilitaria economía por el Marqués de Santa Cruz y lo dicho con dolorido acento por Alvaro Cunqueiro.

Otras causas inciden desde antaño en el estímulo de la emigración. En una documentada e inteligente conferencia dictada por el Doctor Luis Tobío en el Centro Coruñés de Montevideo(3) el destacado escritor gallego demostró las responsabilidades históricas del régimen centralista español en lo que tiene que ver con la postración económica y administrativa de Galicia. El centralismo ahogó las instituciones tradicionales, populares y democráticas de Galicia sustituyéndolas por un sistema ajeno a las mismas, afectado por vicios burocráticos y autocráticos que subordinaron el desarrollo regional a las exigencias del Leviatán estatal asentado en Madrid.

---

[2] Alvaro Cunqueiro: **Emigración.** En LA VOZ DE GALICIA, La Coruña, 4 de octubre de 1959.

[3] Luis Tobío: **Emigración e Galeguismo.** Conferencia pronunciada en el Centro Coruñés de Montevideo el 27 de octubre de 1959.

Además de las causas económicas, financieras y políticas que se aliaron para provocar el clima migratorio se hallan, emboscados detrás de los arbustos que flanquean el camino del exilio, los cómplices locales de la emigración.

Estos laderos son el agente de embarques y el cacique político.

El agente de embarques se encargaba, en un pasado no remoto por cierto, de ponderar las excelencias de la prosperidad americana. Encandilaba a los mozos con el resplandor de la quimera dorada y mediante hipotecas con pacto de retroventa perfeccionaba una trampa financiera, una estafa material y moral. Las leyes se eludían mediante compromisos leoninos: el emigrado y sus familiares no cumplían con las cuotas de amortización y el agente veía así crecer año tras año una fortuna amasada con las penurias ajenas.

El cacique político de principios de siglo, por su parte, buscaba acatamientos sin reservas para imponer su albedrío que, en el fondo, suponía también una operación comercial y un *accesit* en pequeña escala a las voluptuosidades del poder. Los mozos poco sumisos eran un obstáculo en su sinuosa ruta de marrullerías y acomodos. Aquellos, a pesar de su aldeanismo, tenían la lengua suelta y el ademán pronto. Para sacarlos del medio y continuar imperando sobre la timidez conservadora y adquiescente de los campesinos, herederos de la repugnante humildad fomentada por siglos de servilismo feudal, había que abrir las puertas a la emigración. Y por esas puertas abiertas de par en par se marchaban los mozos ariscos, cargados de *coños* tajantes y oscuras rebeldías. El cacique y el agente de embarques se entendían. Y con la tácita colaboración que les prestaba una economía pauperizada se las arreglaban para dejar a Galicia sin su savia juvenil, sin su muchachada emprendedora y valiente.

Paralelamente a las causas consignadas se alinean otras de menor entidad pero de persistente incidencia. La evasión a las obligaciones del servicio militar fue una de ellas, sobre todo durante el largo período de la guerra contra los patriotas moros de Africa del Norte que cometían el imperdonable delito, a los ojos del Occidente cristiano, de defender su tierra y su cultura musulmanas contra los trasnochados afanes imperialistas de un imperio en bancarrota.

Algunos autores aluden al afán migratorio de los celtas heredado por la etnía galaica. Este *Wanderlust* sería la razón colectiva de la inquietud del gallego que, en busca de una perdida patria, se atreve a cruzar el Atlántico para perseguir sin suerte la estatua invisible de un sueño. A la saudade que lo embarga por esa patria ideal sucede entonces la morriña por la patria real y el asedio de la nostalgia se cierra como un lazo sobre el alma del peregrino. Para confirmar esta teoría se recurre al socorrido comodín de los irlandeses, también hermanos célticos, por igual movedizos y desarraigados. Pero se olvida que los irlandeses emigran menos impulsados por el celtismo que por el hambre, común denominador que comparte el gallego.

Finalmente los psicoanalistas y los filósofos nos brindan muy seductoras hipótesis, ya expuestas en el capítulo anterior, que no nos conforman del todo por pertenecer a la superestructura condicionada de un proceso eminentemente económico. A veces la *mauvaise conscience* adopta el pomposo ropaje de las ideas para disimular las asimetrías y taras de la realidad social. Esto mueve a ciertos espíritus timoratos o hipócritas a relegarla al fondo, escamoteándola del primer plano con un telón de palabras.

El análisis demográfico propiamente dicho de la emigración gallega revela una serie de hechos penosamente significativos.

Los que emigran son los jóvenes pertenecientes a la población activa, apta para el trabajo. Se quedan los viejos, los poco audaces, los enfermos. Hay una selección biológica y psicológica positiva para el país recipiente y negativa para Galicia. Los muchachos animosos, fuertes, capaces y seguros de su voluntad de abrirse paso en la vida se van. Lían sus escasos petates, atraviesan llorando el cerco de lágrimas que le pone la familia y se largan para el Nuevo Mundo. Las estadísticas también demuestran que emigran más hombres que mujeres. En los momentos de emigración masiva las faenas rurales quedaron casi exclusivamente en manos de las magníficas hembras gallegas. La resonancia poética de este forzoso matriarcado se puede encontrar en los inolvidables versos de Rosalía de Castro. Pero la realidad social y sexual

exhibe en la natalidad ilegítima y otras postraciones morales el anverso lamentable de la moneda.

Ante este cúmulo de males que aquejan sin dar respiro a Galicia se ha pretendido podar las ramas sin llegar a la verdadera medicina de extirpar las raíces enfermas del árbol económico.

Los llamados Congresos de Emigración Española (leer *in mente* Gallega) al reconocer una trágica realidad sin demostrar deseos de arrancarla de cuajo no han hecho otra cosa que envilecerla.

Sean calificadas las cosas con su nombre. El problema no estriba en atender al inmigrante en América, que ésta es generosa y ofrece a todos sus leyes sociales sin preguntar la nacionalidad del beneficiario. Además los gallegos emigrados, al margen de los poderes oficiales de aquende y allende el Atlántico, han organizado sus servicios de ayuda mutua, sus sistemas de crédito familiar y habilitaciones laborales, sus bolsas de trabajo y sus peñas recreativas. El verdadero problema se resuelve evitando que el gallego salga de España. Si al mismo se le ofrecen oportunidades en su patria será inútil que cante la sirena del fervor aventurero. Ya saben los emigrantes que hoy no se viene a nuestro continente a "hacer la América" sino a buscar un sitio en al mesa y un lugar bajo el sol. Ante esta alternativa modesta nadie dejará de preferir las solicitudes y encantos de la *terra-nai*. Pero para transformar la economía gallega no alcanza con los Congresos de Emigración. Esto es navegar a favor de la corriente. Y es ya hora de que se comience a navegar aguas arriba y se estimule el desarrollo integral de Galicia. Porque si los gallegos no salieran de su solar materno y en él trabajaran y prosperaran, quien ganaría al final sería la propia España.

LAS ETAPAS DE LA INMIGRACIÓN GALLEGA EN EL URUGUAY

Hemos contemplado el fenómeno de las migraciones gallegas desde el trampolín. Veámoslo ahora desde la piscina. La óptica europea del problema es una y la americana es otra. Europa, al comenzar la etapa de la industrialización en gran escala envió sus excedentes humanos al Nuevo Mun-

do. América, para sembrar sus campos, construir sus ciudades e instalar sus industrias, reclamó mano de obra abundante y barata. El signo europeo fue la plétora demográfica; el americano, la carencia de hombres. Durante muchos lustros en ciertas zonas de Europa gobernar consistió en buscar salida a las legiones de emigrantes; en América, correlativamente, todavía resuena con total vigencia el aforismo de Alberdi "gobernar es poblar".

Las márgenes del ancho Rio de la Plata fueron, en América del Sur, la zona escogida por las inmigraciones europeas de cultura latina. Buenos Aires y Montevideo crecieron rápidamente gracias a los contingentes de italianos, españoles y franceses que desembarcaron en sus puertos. El fenómeno demográfico tuvo toda suerte de repercusiones económicas, sociales, políticas y culturales. Se inauguró así un mundo aluvional, amasado con hombres marginales pero de cepa blanca, distinto al del Pacífico americano, donde la vieja población criolla se cocinaba lentamente en su propia salsa, y distinto también al del Atlántico tropical, donde el trasplante africano negreaba con su travieso tizón las genealogías ilustres.

En el cielo humano rioplatense brillaron las tres marías del tango, el compadrito y el conventillo para iluminar a las turbas desarraigadas que venían del campo americano a mezclarse, al socaire de las orillas proletarias, con los viajeros de tercera clase llegados de Génova, Nápoles, Vigo y Burdeos. La fragua de los arrabales bonaerenses y montevideanos fundió en un solo haz a los "cabecitas negras" de tierra adentro, a los "tanos" gesticulantes, a los "gaitas" quejumbrosos y a los vascos arrevesados nutriendo así a las naciones argentina y uruguaya con un caudal demográfico fecundo, dinámico en su movilidad vertical, intensamente dotado para la convivencia y la asimilación.

Visto el fenómeno inmigratorio desde el ángulo histórico uruguayo pueden reconocerse tres etapas en el mismo. Vamos a esquematizarlas situando en cada una de ellas el contingente gallego a los efectos de analizar las características temporales y sociales que sucesivamente lo distinguieron.

Durante la etapa colonizadora, cuyo apogeo en el tardío Rio de la Plata está señalado por el siglo XVIII, el lema

era explotar las riquezas y consolidar las conquistas. No había en nuestra región minas de oro y plata. El horizonte económico ofrecía una perspectiva mediocre. La austeridad, la pobreza, la gris monotonía de las grandes aldeas adormiladas junto al río como mar, definían los rasgos de una vida que no colmaba las aspiraciones indianas de pronto enriquecimiento. Los grandes señores y las casas de escudo en puerta se hallaban en Lima, en Potosí, en México, tierras de metales y de indios explotados. En Buenos Aires y Montevideo el comercio acuñaba hombres prácticos, pequeños capitalistas, incipientes burgueses. La ganadería acaparaba los pocos núcleos humanos que salpicaban el desierto verde. La agricultura aguardaba aún su hora, su destino pampeano de granero de cereales orientado hacia la Europa atlántica. En el Uruguay la agricultura no ofrecía favorables perspectivas. El subsuelo poco propicio y la gran propiedad se encargarían de perpetuar por muchos decenios el imperio de la oveja y la vaca, el diálogo entre la lana y la carne.

Para tener una visión completa del poblamiento de nuestro país es menester comenzar por los orígenes. Cuando llegaron al Uruguay los españoles éste estaba ocupado por tribus de indios cazadores que, en número de dos mil más o menos, nomadizaban en sus vastas praderas. La ocupación inicial se efectúa en dos momentos. El primero es el de la conquista violenta que, en guerra sin cuartel con los indómitos charrúas, funda San Salvador (1527), San Juan (1552)y San Gabriel (1573). Estos fuertes son sucesivamente borrados del mapa, a poco de su implantación, por la furia aborigen. El segundo momento es el de la conquista pacífica. Después del fracaso de la espada se recurre a la cruz. Poblados ya nuestros campos con la fabulosa descendencia del ganado vacuno mandado desembarcar por orden de Hernandarias en 1611 y 1617, los franciscanos instalan las Reducciones Sorianas en el Bajo Uruguay (1624) y los jesuitas inician su controvertida experiencia de las Misiones del Alto Uruguay (1625). Los franciscanos no tienen suerte. Los indios guaraníes traídos del norte prefieren las correrías tras los ganados cimarrones a la sumisión de la agricultura y se dispersan prontamente en un escenario sin límites. Los jesuitas, mucho más tarde, serán expul-

sados de sus colonias puerilizadoras por el poder réal de Carlos III.

Abandonada nuestra tierra a su suerte, pues a los españoles no le interesaba una comarca tan pobre y hostil, debe aguardarse la etapa del poblamiento geopolítico planeado y realizado por Portugal con la fundación de Colonia del Sacramento en 1680. Los portugueses no salen de su reducto fortificado; desde el mismo estimulan el contrabando y vigilan los movimientos de los españoles. Cuando en 1724 intentan fundar un nuevo núcleo en el actual emplazamiento de Montevideo recién los españoles se despiertan de su letargo y levantan en 1726 las primeras viviendas de nuestra capital.

El poblamiento espontáneo del campo oriental es emprendido por los americanos —y no por los ibéricos —que veían en el ganado una modesta pero segura fuente de subsistencia. Además, buscaban en nuestra despoblada Banda un burladero de la mano férrea del español asentado en Buenos Aires.

Hombres llegados desde Cuyo, Chile, Paraguay, la Mesopotamia argentina, Santa Fé, Córdoba y de la propia pampa se instalan en las cuchillas uruguayas para explotar la riqueza corambrera. Se amanceban con las indias y comienza el mestizaje en gran escala. Aparecen los antepasados del gaucho. Las tropelías, las violencias y la libertad sin trabas se mezclan contradictoria y vehementemente en la campaña oriental que, desde ese tiempo, comienza a ser la "Tierra Purpúrea".

El poblamiento represivo abre su ciclo con la fundación de Montevideo. Nuestra ciudad nace con signo negativo: contra las demasías contrabandísticas de los portugueses y contra las anárquicas actividades de los criollos corambreros. Por su parte, la fundación de Montevideo en 1726 entraña el comienzo de dos movimientos demográficos con precipitados de distinto tipo. Una vez consolidada la plaza fuerte y creada su jurisdicción empieza la siembra de pueblos en la zona de influencia. Surgen así, en esta etapa centrípeta y realizada bajo un designio políticamente dirigido, una serie de poblaciones en las cuales, por vez primera, tienen participación los gallegos. Montevideo había sido pobla-

da por canarios, malos agricultores y gentes con poca iniciativa. La aureola urbanizada de la plaza fuerte, llamada por sus habitantes con el significativo mote de El Presidio, tendrá en los asturianos y gallegos un sensible empuje demográfico y laboral. De este modo van brotando los humildes núcleos cívicos de las Piedras (1780), San Juan Bautista* (1782), San José de Mayo (1783), que sumaba a los gallegos y asturianos un buen contingente de familias extraídas de la maragatería leonesa, Minas (1784), Rocha 1793), etcétera.

Los gallegos de la oleada inicial no llegan espontáneamente. Son traídos por las autoridades coloniales, conscientes ya del problema de la plétora demográfica planteado en el noroeste español y sabedores también de su denuedo en las labores agrícolas. Vienen, por lo tanto, a labrar la tierra, a inaugurar, frente a la ganadería extensiva practicada por el criollo, una modalidad económica que repugnaba a los arrogantes señores ecuestres de la penillanura uruguaya.

El poblamiento de la zona exterior a la jurisdicción de Montevideo, la Banda Oriental propiamente dicha, fue centrífugo realizado sin previsiones de futuro y en total desacuerdo con el ritmo económico de la naciente capitalidad. Este hecho que gravitará por mucho tiempo en la evolución (o involución) de una vasta zona del campo uruguayo, ha sido muy bien estudiado en un excelente trabajo por el Dr. Felipe Ferreiro.(4)

Tenemos ya un panorama sucinto aunque bastante completo de la primera etapa demográfica de la nación oriental. En el siglo XVIII la corona española se decidió poblar, para poner una valla al portugués y para efectuar una tímida *mise en valeur* agraria, los campos del futuro Uruguay. Ya había gastado el material heroico de Castilla y Extremadura. Pero tiene a mano a los gallegos y los envía a los pueblos minúsculos, a las huertas y chacras que comienzan a prosperar no obstante el doble embate de la soledad geográfica y la saña matreril. Y estos gallegos, silenciosamente, se ponen a la obra. Colocan los cimientos de la sociabilidad y preparan el camino de la inmigración masiva

*Hoy es la ciudad de Santa Lucía.

(4) Felipe Ferreiro: **Orígenes uruguayos. Montevideo, 1937.**

que se precipitará a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La segunda etapa de la inmigración gallega se cumple bajo otro santo y seña. La palabra de orden ya no es poblar América, designio del poder español y de los primeros gobiernos republicanos, sino "hacerse la América", propósito del europeo voluntariamente exiliado. Se abre el período del vellocino de oro, de la carrera hacia la prosperidad. Comienzan los desembarcos innumerables de españoles —gallegos en su mayoría abrumadora—, italianos y vascos franceses. Vienen al amparo de las facilidades que brindan las autoridades bonaerenses y montevideanas para desbravar los campos, para construir las ciudades y quedarse en ellas, para establecer el pequeño comercio que con el tiempo se hará grande, para trabajar en las artesanías y en las industrias livianas. No reina en el Rio de la Plata, por cierto, un clima político sosegado y benigno. Las revoluciones están a la orden del día. Pero las ciudades sufren menos, salvo los dos momentos de la federalización de Buenos Aires durante Rosas y el sitio de Montevideo por Oribe y las fuerzas rosistas. Las juveniles nacionalidades estaban pagando tributo, más que a las rivalidades facciosas y al apetito de los caudillos, a las intromisiones de los imperialismos económicos europeos deseosos de captar aliados en los partidos políticos nacientes.

A pesar del salto y del sobresalto, de los clarines tocando a degüello en las cuchillas y de los pronunciamientos cuarteleros en las ciudades, las masas trabajadoras llegadas de ultramar prosperan y las fortunas crecen bajo la férula del ahorro, el agio y otras deidades protectoras de una burguesía recién amanecida.

Los datos demográficos son muy expresivos al respecto. Cuando se producen los movimientos independentistas en América la población es escasa. Hacia 1825 el Uruguay tenía alrededor de 74.000 habitantes y la Argentina algo más de 600.000. Veinticinco años después, pese a las luchas intestinas, la población se duplica: Uruguay llega a los 132.000 habitantes y Argentina a los 1.100.000. Esta época señala el comienzo de la inmigración en masa. A partir de 1850 se ope-

ra un desplazamiento tan espectacular de hombres en búsqueda de trabajo y riqueza que hacia 1900 las cifras revelan una población uruguaya multiplicada por siete y una argentina multiplicada por cuatro. Nuestro país alcanza a 91 .000 almas y la nación vecina llega a 4.800.000. Cincuenta años más tarde el cómputo establece niveles prodigiosos. La inicial población de 1825, a lo largo de un siglo y cuarto, se multiplica por 34 en el Uruguay y por 29 en la Argentina. Las cifras respectivas de 2.500.000 y 17.500.000 así lo atestiguan.

Pero el fenómeno debe ser contemplado de cerca para aquilatarlo en su verdadera magnitud. Hay que hacer discriminaciones en cuanto a la nacionalidad de los inmigrantes y a su entidad numérica en las grandes ciudades.

En Montevideo la contribución europea en general y española (gallega) en particular fue menor que en la tentacular urbe porteña. El continuo estado de anarquía impuesto por las guerras civiles y la capacidad limitada de absorción de la República, entregada a la ganadería latifundista en un territorio de subsuelo rocoso, restaba entusiasmo a los inmigrantes. Sin embargo, quien consulte las imperfectas estadísticas de nuestro país después de la Guerra Grande comprobará como la Nueva Troya se convertía paulatinamente en una nueva Tierra Prometida para los excedentes europeos del área cultural latina.

Durante el año 1859 desembarcaron en Montevideo 988 españoles, 931 italianos y 882 franceses que, sin duda, provenían del "país vasco". En 1867 las cifras revelan con expresisividad los progresos inmigratorios: de Italia llegan 7.000 personas. España continental y las Islas Canarias nos envían 3.700 y de Francia arriban 1.670 vascos más.

Hacia el año 1872, luego de las cruentas purgas de las revoluciones que despoblaban los campos de elementos criollos y que postraban periódicamente la riqueza ganadera, la República poseía 420.000 habitantes de los cuales 103.000 eran extranjeros. Los españoles mantenían aún su principalía, aunque muy pronto iban a ser destronados por los italianos. En efecto, por ese entonces los inmigrantes españoles de Galicia, las Canarias, Cataluña y las Baleares sumaban 37.000 contra 32.000 italianos y 17.700 vascos franceses.

Doce años más tarde los italianos ganan la delantera. Cuando Nicolás Granada levantó en 1884 el censo de Montevideo, de los 164.000 habitantes que tenía la ciudad, 33.000 eran italianos, 22.000 españoles y 7.300 vascos franceses. Finalmente, el censo de 1908, el último realizado en el país que desde ese entonces vuela a oscuras en materia de estadísticas, arroja las siguientes cifras: el 83% de la población está integrado por 861.464 nativos que en considerable proporción tienen padres y abuelos de origen europeo, y el 17% restante por 181.222 extranjeros. De estos extranjeros 62.357 son italianos, 54.888 españoles, 48.321 franceses y, entre los demás grupos se destaca el de los brasileños que, en número de 27.789, ocupan la zona de estancias situada al norte del río Negro y representan un rebrote de la cuña riograndense que lusitanizó a partir del siglo XVIII las zonas meridionales del Uruguay.

Veamos ahora los caracteres del inmigrante gallego de esta tanda que desembarcó sus contingentes entre 1850 y la última guerra mundial.

El síntoma inicial a tener en cuenta es que comienza la radicación urbana. El gallego, campesino por excelencia, no va al campo uruguayo. En el campo, para empezar, la vida es insegura. En segundo lugar, en América, la explotación ganadera y latifundista no requiere mucho personal. Pocos peones atienden miles de hectáreas donde los animales, basados en la ley del juego biológico, se multiplican sin que intervenga el cuidado o el trabajo humanos. Entonces se produce un hecho paradójico. El gallego, emigrante salido del campo, cumple un éxodo rural transatlántico. Abandona sus pequeñas parcelas y sin conocer las ciudades gallegas se encuentra de buenas a primeras en la ciudad americana que, a menudo, ciega y desconcierta al simple aldeano. Pese a su tacto secular, a su civilidad innata, el gallego se siente inicialmente perdido en las grandes urbes. Como no es un trabajador especializado y no tiene organizado aún un sistema de llamadas que signifiquen un destino laboral seguro, su comienzo es difícil. Debe hacer las labores más pesadas, someterse a las más inicuas explotaciones, transar con la *capitis diminutio* del jornal miserable. Los hombres originarios de las rías y con experiencia marina se convierten en prácticos del río.

Otros se dedican a la pesca. Los más se transforman en estibadores, en mozos de cordel, en empleados de comercio. Los menos, dueños de algún modesto capital, se deciden a instalar un pequeño negocio. Cuando los trabajos son sin continuidad y las changas no alcanzan para el diario sustento, se pasan días, semanas y aún meses amargos.

Las mujeres gallegas, aunque venidas en menores proporciones que el hombre, buscan en el trabajo domiciliario el seguro puente de su aclimatación. Ingresan a los hogares rioplatenses sin pretensiones monetarias previas. Se instalan en ellos como empleadas domésticas, con todo lo que entraña de fidelidad, responsabilidad y abnegación dicho oficio. En la mayoría de los casos se les considera como un miembro más de la familia. Son honestas y leales. Velan por la salud física y espiritual de los hijos de los patrones. Cuidan como suyos los intereses del hogar. Se convierten en verdaderas amas de llaves, en guardianas del honor gentilicio, en trasmisoras de la religión al viejo estilo gallego.

La empleada doméstica trabaja muchos años en una sola casa pero no toda la vida. Venida muy joven, ahorra al cabo de un decenio sus buenos pesos. Inicia un formal noviazgo con el galleguito repartidor del almacén o con el mozo de un café. Domingo a domingo visitan el Parque Rodó, que esos días adquiere el aspecto de una gran romería aunque sin las estridencias de las gaitas y el crepitar de las *muñueiras*. Como el galleguito no tiene vicios y se dedica afanosamente a juntar dinero entre ambos reunen un pequeño capital. Se casan y se instalan con un modesto comercio. Los patrones despiden con lágrimas a la "gallega" esforzada que en el hogar uruguayo, a cambio de su trabajo y su nobleza llana, adquirió roce social, convirtiéndose de una aldeana sin ilustración pero con cultura en una ciudadana hábil y bien ubicada en el mundo de las relaciones humanas.

Aunque existe en la etapa estudiada un primario desamparo los gallegos se ayudan entre sí. Fundan instituciones de socorros mutuos y lentamente inauguran, sin formalismos las bases de una difusa pero efectiva bolsa de trabajo. La mayoría, gente aldeana, apenas sabe leer y escribir. Pero en América alcanza con saber contar y hacer sumas con un lá-

piz mocho a la luz de una lamparilla mortecina. Surgen las sedes sociales, marcadas muchas veces por el separatismo lucense, coruñés, orensano o pontevedrés. Aparecen los centros culturales. A medida que los modestos gallegos de las primeras promociones de emigrantes prosperan, crecen los capitales y los antiguos proletarios ingresan a la clase media. Muchos quedan abajo pues la lucha por la vida siempre cobra su tributo. Pero otros saltan del ruedo de la burguesía a los dorados escaños de la clase alta. La ciudad es el reino del dinero, como tan bien lo expresara Spengler, y en este reino el gallego comienza a desenvolverse con su secular eficacia para las operaciones urbanas, plenas de abstracciones.

Y así llegamos a la tercera etapa, que se abre después de la última guerra mundial. En un breve y terrible lapso el mundo entero se ha transformado. España, sin haber intervenido directamente en la lucha armada, que bastante tuvo con su cruenta y esterilizadora guerra civil, sufrió de rebote las consecuencias de la contienda. Y América del Sur también. La mentalidad aldeana del gallego de las anteriores etapas ha dado paso al cálculo racionalista, al desencanto existencial. Los inmigrantes actuales vienen avisados; saben cual es su *plafond* de vuelo. Ha terminado ya el tiempo de las fortunas rápidas, de los vellocinos de oro. Ahora se busca un lugar bajo el sol. Se ahorra, pero no tanto. La juventud se ha rebelado contra las viejas sumisiones del servicio doméstico y del salario irrisorio. Las mujeres aspiran a colocarse como obreras en las fábricas. Los hombres tienen información sobre el mercado de trabajo ofrecido por la industria del transporte urbano y la vasta red de bares. No se procede ya como antaño: se estudian las posibilidades laborales y se plantean exigencias previas para evitar el salto en falso. La colectividad gallega se ha organizado y en cada uno de los pisos de la escala social tiene instalada sus instituciones de cooperación y fomento, de ayuda y habilitación, de crédito y solidaridad. El pueblo gallego reencuentra en América sus antiguas estructuras democráticas, su sentido de previsión ancestral que en la madre patria se encarna en un hórreo y que en el Uruguay se traduce en las sociedades mutualistas y el Banco de Galicia.

Presencia de los gallegos en el desarrollo nacional

La cultura rioplatense, y por ende la uruguaya, es un estuario y no un manantial. Cuando con orgullo agresivo los argentinos y uruguayos hablamos de "lo nuestro" olvidamos —o queremos olvidar— que la pretendida autenticidad del criollismo, considerado sartreanamente aquí y ahora, tiene antecedentes indígenas, europeos y africanos. Del mismo modo, con ingenua xenofobia, suponemos a la tradición nacional como algo cerrado y esotérico, que sólo nosotros entendemos e interpretamos, cuando en realidad se trata de un edificio abierto, de una amalgama de obras y pensamientos que es original sólo en la medida de las proporciones que se combinan los distintos legados. El intransferible gaucho, por ejemplo, tiene el mismo estilo ecuestre del *xenete* (jinete) berberisco del Africa del Norte; ha heredado del indio el chiripá, el poncho, el mate amargo, las boleadoras y las botas de potro, emparentadas con las ojotas altiplánicas; canta cuartetas derivadas del viejo romancero español o espinelas (décimas) renacentistas al compás de la guitarra que antes de ser ibérica fue árabe y antes aún helénica (cítara, kitar, guitarra, tal es el proceso del vocablo); es aficionado a las riñas de gallos como los minoicos de Creta; juega a la taba y come asado como los griegos de los tiempos homéricos; monta a caballo como el caballero medieval, que tenía la espada pendiente del lado izquierdo y por el flanco izquierdo, en consecuencia, debía estribar para no trabarse con la inmensa tizona; su legendaria daga, cuyo nombre deriva del alto alemán *dagen* (puñal), es a su vez nieta del *scramasax* de los antiguos germanos. Y así podemos seguir la genealogía de los legados culturales que, en definitiva, es la genealogía del desencanto. Pero no nos desconsolemos demasiado ante esta realidad etnológica. Toda cultura de tercer grado —como la nuestra—, está vestida con retazos de diversos colores, apuntalada con empréstitos olvidados por el pueblo atento al ayer pero no al trasanteayer. Los núcleos sociales que más se precian de la pureza de su sangre o de la inalterabilidad de sus costumbres —pensemos en el caso de los vascos— han tenido, también, en un pasado próximo

o remoto, contactos físicos y mentales con otras razas y otras etnías.

En el Río de la Plata pueden seguirse de cerca las huellas de las herencias que han condicionado el proceso formativo y fijador de nuestra peculiaridad espiritual. Esto nos permite consultar documentos llenos de inmediato dramatismo, hurgar en la memoria de los hombres viejos que pueblan nuestras patrias jóvenes, manejar trasuntos materiales que subrayan los paisajes con la dialéctica de la coetaneidad. Cabe en este punto recordar una paradoja de Jorge Luis Borges quien dice que solamente los países nuevos tienen pasado, es decir, recuerdo autobiográfico del ayer, historia viva. El rioplatense "siente" el tiempo porque "aquí somos hermanos de él".(5)

¿Cuántos elementos culturales que presentamos a los turistas apresurados como "típicos" de la nacionalidad celosa de sus tradiciones son rasgos transmitidos por los canarios, los vascos, los gallegos, los italianos, los portugueses, los brasileños, los libaneses y los judíos? Recibimos el caballo del español, el fútbol del inglés, la polenta del italiano, el bandoneón del alemán, el compadrito de los barrios bajos de Nápoles y Génova, el pericón de las contradanzas madrileñas del siglo XVIII, la quiniela ha derivado su nombre de un juego de pelota vasca, y con estos y otros ingredientes hemos fabricado nuestra heráldica regional.

Las avalanchas humanas volcadas en nuestras costas asimilaron con rapidez los valores nacionales en vigencia pero nos entregaron, en trueque, sus propias concepciones del mundo y de la vida, modificando así el austero perfil primitivo de la orientalidad. No nos engañemos, pues. La cultura uruguaya contemporánea no ha surgido de la narcisista contemplación de un rostro indiano en las leonadas aguas del río como mar, sino de la americanización de culturas o subculturas transatlánticas. Pretendemos ser los retoños de un charrúa indomable, de un gaucho avasallado y de un compadrito esquinero pero en la realidad antropológica, mezclada con las frustraciones guarangas de la inseguridad vi-

[5] Jorge Luis Borges: Evaristo Carriego. Buenos Aires, 1955; pág. 21.

tal, cada uno de nosotros lleva a cuestas la dulzura nostálgica de un gallego, la exuberancia mediterránea de un italiano o la tosudez cantábrica de un vasco. Rastrear nuestra ascendencia anímica y cultural constituye, en consecuencia, una tarea pertinente y una complementación de la historia oficial, basada en la espectacularidad del mero hecho político.

La inmigración gallega creó entre nosotros padrones culturales y económicos de incisivos rasgos. Contribuyó a edificar nuestra —hasta ahora— caudalosa clase media. El embanderamiento del gallego en particular y el español en general en el nacionalismo y del italiano en el coloradismo ofreció al sociólogo la definición de dos actitudes políticas basadas en distintos estilos de vida que aún no hemos estudiado suficientemente. La estructuración de muchas organizaciones nacionales de ayuda mutua no se explicarían sin la presencia de un instinto solidario institucionalizado en organizaciones esencialmente anti-individualistas. Este solidarismo es típico del gallego. ¿Y qué pensar de la influencia de la saudade galaica en nuestra tristeza criolla, en nuestra nostalgia de un paraíso perdido, en nuestro culto al tango y a Gardel?

Precisamente, antes que nuestros escritores y científicos sociales se preocuparan por el fenómeno inmigratorio, fueron dos géneros populares, el tango y el sainete, los detectores de la presencia del gallego en la escena rioplatense. El seguro instinto colectivo ubicó y definió al gallego, lo rodeó de elementos caricaturescos, jugó burlonamente con su primaria torpeza y su idioma.

Pese a la familiaridad que tenemos con el mismo, el gallego es aún un desconocido. Los estereotipos que nos hemos forjado los uruguayos y derramamos traviesamente en la broma cotidiana, en la "cachada" radiofónica, en las comparaciones poco afables, están determinados por una xenofobia en tono menor que minimiza y ridiculiza los valores adjetivos del gallego. Hemos partido de un tipo groseramente esquematizado: un campesino pobre, generalmente analfabeto, de rústicos modales, de torpe expresión idiomática que se instala en las urbes rioplatenses con el exclusivo propósito de "hacerse la América", de juntar dinero avaramente, de lucrar a toda costa. Pasamos por alto todo lo no-

sitivo, olvidamos todas las virtudes; sólo lo negativo nos interesa en tanto que el gallego es un competidor del trabajador uruguayo y una hormiga ahorrativa que molesta a las imprevisoras cigarras del criollismo manirroto. Apoyados en este esquema desmesurado y parcial calificamos toda una zona de España y al tipo humano que la puebla, falseando los valores y distorsionando los conceptos.

Felizmente el juicio peyorativo no va más allá de una generación. A los hijos del inmigrante se les considera plenamente uruguayos porque se han integrado sin reparos a la dinámica cultural de las ciudades rioplatenses. La descendencia del gallego se acriolla con rapidez. Hay un mimetismo costumbrista tan acentuado en esta plástica etnía que mientras los padres tratan de confundirse con el pueblo que los rodea los hijos se crían ya como efectivos representantes de dicho pueblo. De este modo los descendientes de gallegos participan en el juego satírico de la mentalidad criolla, mezcla de la picardía socarrona del gaucho y la "avivada" sobradora del orillero, para burlarse con ternura de la humildad chambona de sus "viejos".

De los hogares intachables de los gallegos, laboriosos, sacrificados, lúcidos en sus objetivos económicos, salieron bandadas de muchachos con disciplina de trabajo, con ansias de escalar en el comercio, en la política o en las profesiones liberales, un sitial que los redimiera de una infancia espartana y una juventud frugal. Médicos, abogados, arquitectos, artistas, intelectuales, hombres de pensamiento y de acción fueron acuñados en el ambiente de familias muy modestas, apenas letradas, pero firmes en su voluntad progresista, en su desprecio a los vicios criollos, en su propósito de hacer de los hijos "personas de provecho".

El gallego inauguró nuevas escalas estimativas en un país de aristócratas ecuestres venidos a menos, en una ciudad acompasada aún por las largas siestas heredadas del coloniaje. Contribuyó a formar el espíritu urbano merced a su extraño salto de la aldea europea al mostrador de América. Tras su destajo cotidiano, cumplido de sol a sol, y dibujándose sobre su derrumbada noche sin sueños, comienza a precisarse el doble astral del dinero, el fantasma plutocrático de la *civitas* americana.

Muchos de los aspectos de Montevideo actual no podrían concebirse sin la contarpartida del espíritu de empresa que caracteriza a los gallegos. El transporte urbano está servido en gran parte por la C.U.T.C.S.A. La industria del ómnibus sostiene a cientos de familias de recientes y antiguos inmigrantes gallegos. La cotidiana sociología de la plataforma y del pasillo de esos pequeños mundos itinerantes que son los autobuses está nutrida por la pintoresca figura del guarda gallego en afanosa lidia con el pasajero presuroso, con el "punga" escurridizo, con la matrona prepotente, con los escolares alborotadores. A poco de hallarse en el Nuevo Mundo el galleguito cae como una víctima propiciatoria en el remolino de los viajes de ida y vuelta, de los mediodías y atardeceres abarrotados. Su voz quejumbrosa resuena con insistencia a lo largo del pasillo tratando de estibar al insumiso y sacrificado contingente de montevideanos que se hacina en los ómnibus. Y al compás de la campanilla, contando monedas, recibiendo pisotones, el inmigrante se hace ducho en la estrategia urbana, afronta la vida que ya no le ofrece la oportunidad de hacerse velozmente la América sino de mantener su hogar a costa de fatigosas tareas. El segundo paso ascendente es el de conductor de ómnibus. El tercero será el de patrón, el de dueño de media unidad y luego de una, dos, tres o más unidades. Pero esta carrera necesita tiempo. Requiere jornadas sudorosas, madrugadas frías, somnolientas travesías nocturnas. Y siempre el trabajo, el duro trabajo, el trabajo sin pausas y sin recompensas tempranas.

Los gallegos se han especializado en la administración y organización de bares. Hay alrededor de cinco mil bares en Montevideo, explotados por gallegos en su mayoría. Detrás del mostrador o entre las mesas los gallegos adquieren otra perspectiva, la sedentaria, de la sociedad urbana. El "mozo" de café gallego es un resignado receptor de las bromas de los parroquianos achispados y también el confidente de las ruedas de muchachones noveleros o de viejos reminiscentes que evocan los buenos tiempos de antaño. Ajetreado en el pequeño mundo de su negocio, subiendo las escaleras de las oficinas, esquivando a los bravucones nocturnos de los sábados, el "mozo" inscribe en la panoplia de la ciu-

dad la insignia de su trabajo sin cuartel, de su tolerancia conciliadora, de su voluntad denodada.

En el comercio almacenero abundan también los gallegos, aunque los armenios les disputan la primacía. Los gallegos, además, son casi los virtuales dueños de la industria papelera, de las fábricas de pintura, de muchos sectores de la industria farmacéutica, de la metalurgia. Son además los propulsores de la industria quesera en su aspecto comercial. En este caso aparecen ya la burguesía y el capitalismo gallegos, que, a su modo, han contribuido al desarrollo de nuestra economía, hoy enfrentada como toda la economía mundial a profundos cambios de estructura y de objetivos.

En el inventario de las instituciones de previsión social y ayuda mutua deben anotarse el joven pero ya prestigioso "Banco de Galicia", la "Casa de Galicia" que reúne más de 43.000 asociados, las grandes mutualistas "Sociedad Española de Socorros Mutuos" y "España". El "Centro Gallego", sede de cultura tradicional y académica, es una entidad social de larga y fecunda trayectoria. Y alimentando el espíritu local transplantado a estas tierras desarrollan una intensa actividad el "Centro Coruñés", la "Casa Compostelana", el "Centro Orensano", el "Centro Pontevedrés", el Centro "Hijos del Valle Miñor" establecido significativamente en la calle Eduardo Pondal, el Centro "Hijos del Ayuntamiento del Puerto del Son", la Sociedad "Hijos de Galicia", el grupo "Alma Gallega", el "Centro de San Miguel de Oya", etc.

Los gallegos no sólo han traído consigo sus romerías y sus gaitas. Han llegado con su inquietud cultural superior, su vocación humanística. Esta lejana orilla atlántica está bañada por el mismo Océano que penetra en las rías gallegas y golpea sus espigones graníticos. Cercada por las alusiones y postergaciones de los largos viajes, envuelta en nieblas nostálgicas, enferma de saudade y poseída por el furor sagrado del trabajo, la gente gallega hace del Uruguay su segunda patria y la engrandece. Nuestras penas son las suyas. Sus esperanzas son las nuestras. Sus hijos y nuestros hijos comparten alegrías y desdichas bajo un mismo cielo. Hombro con hombro los gallegos y los uruguayos construyen un país, edifican un destino colectivo, golpean en las

puertas del futuro. Galicia fue tierra de libertades forales, de instituciones autonómicas. El Uruguay, nación de hombres libres que aguardan aún más altas libertades, les ofrece a los gallegos sus tradiciones democráticas y los invita para que, a nuestro lado, las perfeccionen. Un mundo nuevo está naciendo. Debemos ayudarlo a surgir sumando todo lo aprovechable de las grandes empresas españolas de otrora a las grandes empresas que América debe realizar en un inmediato porvenir. El trabajo es uno de los pilares. La dignidad humana, sin distingos de clases sociales, es otro. Y la justicia para todos habrá de ser el natural corolario de la lucha de un continente que aguarda liberarse del temor, de la ignorancia, de la prepotencia económica e ideológica. Los gallegos tienen un puesto de avanzada en esta obra. Y sabrán cumplir su deber con eficacia porque no se les considera extranjeros en una tierra que, siendo nuestra, también les pertenece.



INDICE



INDICE

Capítulo V

CONSTANTES LITERARIAS DEL LIRISMO GALLEGO

Capítulo VI

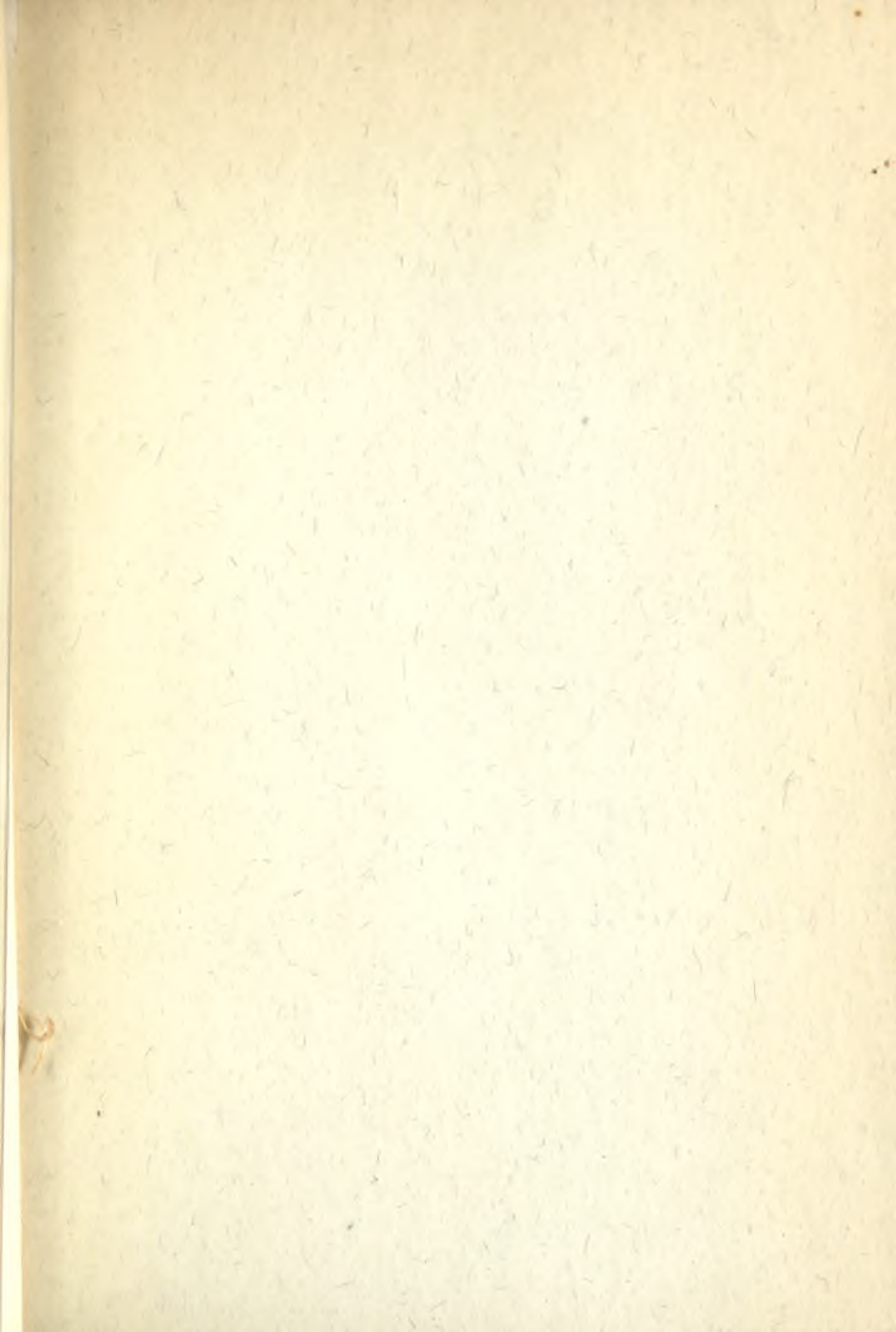
DIALOGO ENTRE LA IRONIA Y LA SAUDADE

Capítulo VII

LOS GALLEGOS EN EL URUGUAY

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos "EL SIGLO ILUSTRADO" S. A. (en formación) Yi 1276, el día 25 de Julio de 1961.








EDICIONES
BG